31761 06741016 7

UNA EN OTRA.

CON MAL Ó CON BIEN.

Á LOS TUYOS TENTEN.

POR

FERNAN CABALLERO.

MADRID: 1856.

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

OBRAS COMPLETAS

DE

FERNAN CABALLERO.

UNA EN OTRA,

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

FERNAN CABALLERO.

MADRID: 1856.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.

JUN
1
1987

Á LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

DOÑA JOSEFA MARIN DE PEREZ SEOANE,

CONDESA DE VALLE, ETC.

En testimonio de gratitud por haber acogido con tanta benevolencia mi primer ensayo, favoreciéndole con sus elogios, y revelándome en su alma todas las simpatías que deseaba encontrar en las rectas y puras.

FERNAN CABALLERO.

PRÓLOGO

Lectora amable, benigno lector: Sírvanse ustedes prestarme atencion por unos instantes. Aunque traigo con ustedes tres pretensiones, de las dos primeras pronto salimos.

¿Van ustedes á leer las dos novelitas de Fernan Caballero, comprendidas en este volúmen? Pues háganme el obsequio de omitir por ahora la lectura del prólogo; despues hablaremos.

Pongamos aquí unas cuantas líneas de puntos, en primer lugar para gastar papel, y en segundo para indicar el tiempo que se ha de invertir en leer una y otra novela.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Enterados ya de ambas, ¿quieren ustedes concederme la segunda súplica? Es esta. Ya que no leyeron ántes el prólogo, no lo lean despues.

La lectora amable se conviene sin dificultad, confesando paladinamente que jamás habia leido prólogo de novela ninguna.

—Porque, mire usted: las novelas me gustan; pero como los prólogos no forman parte de la novela....

Si fueran como unos cuentecillos breves, que sirviesen de introduccion á la novela principal, entónces no digo que no pasaria la vista por ellos.

Y tambien me enteraria de un prólogo donde se me diesen noticias del autor, de las cuales apareciese que éra jóven, soltero, buen mozo, y héroe de varias aventuras, parecidas á las que iba á leer.

Pero ¿qué falta me hace un prólogo en que se me diga que la obra es buena, de sana doctrina, y que va dirigida á tal ó cual fin? Déjeseme verlo, y decirlo si me parece, y si no, lo contrario.

Beso á usted la mano, señor prologuista.

—Señorita, á los piés de usted.

El lector benigno se me acerca entre tanto, con la frente arrugada, contraidos los labios por un espíritu de benignidad que da miedo.

—Hombre, ¿sabe usted lo que se me ocurre? Que maldita la necesidad que hay de novelas.

—Algo más necesario es el pan, y puede no obstante suplirse con tortas.

—¿Para qué se escribe esta clase de libros?

—Para que se lean, supongo yo.

—Y ¿qué fruto puede sacarse de tal lectura?

—Y ¿qué perjuicios causa?

—Desde luégo se pierde tiempo, que se pudiera emplear mejor.

—Y peor tambien. Cuando toma usted un sorbete, cuando merienda, cuando pasea, cuando va á ver una parada, ¿no podría emplear más ventajosamente aquel dinero y aquellas horas?

—Amigo, esta carne pícara necesita ciertos placeres que la bondad del Señor le permite: el cuerpo necesita descanso.

—Tambien lo necesita el espíritu.

—Y luégo, el hombre es por su naturaleza curioso, aficionado á ver, á oir, á comparar; á saber, en una palabra.

—Para dar pasto á esa curiosidad, se escriben novelas; para satisfacerla, se leen.

—Para eso se escribirá y se leerá la historia, que refiere ó debe referir la verdad; pero ¡las novelas!.... ¿Qué son en resúmen? Una coleccion de mentiras.

—Una representacion de la verdad, una coleccion de cuadros históricos.

—A ver, á ver: eso necesita comento.

—¿Tiene usted por suceso histórico la destruccion de Numancia?

—Como nadie lo ha puesto en duda....

—¿Culparia usted á un pintor que lo figurase en un cuadro?

—¿Por qué le habia de culpar? ¿No es una accion lícita?

—Sin embargo, el pintor habría de mentír irremisiblemente, porque nadie le puede proporcionar los retratos de los numantinos que murieron allí. El general, el sacerdote, la madre, la doncella, los niños, cuantas figuras introdujera en su lienzo, serian otras tantas figuras de capricho, otras tantas mentiras. Y por eso ¿dejaria de ser verdad, como dice el buen P. Isla, que

> Numancia, horror de Roma fementida,
> Más quiso ser quemada que vencida?

El novelista hace lo que el pintor.

—Pero ese pintor se fundaba en un hecho cierto, y el novelista finge el hecho, y además las figuras. ¿O querrá usted decirme que la accion de *Una en otra* es verdad?

—Cabalito: eso es. Las novelas de Fernan Caballero, y ésta particularmente, sólo son novelas (es decir relaciones fingidas) porque los acontecimientos descritos en ellas no se han verificado todos en el mismo órden, ni con intervencion de las mismas personas, ni en los propios lugares donde se dice; pero todos han sucedido: de las personas introducidas en *Una en otra*, unas viven, otras vivieron, muchas vivirán siempre. Usted mismo, señor lector, ¿no ha oido en alguna diligencia una conversacion como la que da principio á la obra? ¿No se ha encontrado usted en alguna partida de campo, exactamente igual, ó parecida por lo ménos, á la que se describe en la carta quinta?

—Sí, señor, eso sí: más diré. Conozco á dos sujetos, que son pintiparados la segunda edicion de D. Júdas Tadeo Barbo y D. Pedro de Torres.

—Pues yo pudiera enseñarle á usted desde ese balcon la casa donde vive una preciosa jóven, que hubiera podido servir de modelo para dibujar la figura de Casta, si los lances de sus amores, terminados con un feliz casamiento, no hubiesen ocurrido despues de escrita la novela de Fernan Caballero.

—Lo creo muy bien, porque las aventuras amorosas de Casta y Barea nada tienen de extra-

ño: habrán sucedido y se repetirán millares de veces. Pero ese Diego Mena, que conoce al matador de su padre, no habiéndole visto sino una vez, y veinte años ántes, y cuando el tal Mena era todavía un niño....

—Pues eso es histórico, mi querido lector.

—¿Y aquel Márcos Ruiz, que mata á su pobre mujer por unos celos tan infundados....

—Histórico tambien.

—Entónces no extrañaré que sean igualmente personajes históricos el Tio Antonio y la Tia Juana, porque en efecto están presentados en el libro con todas las apariencias de la verdad.

—Como que no hay cosa más parecida á lo verdadero que la verdad propia. ¿Querrá usted creer que tambien es histórico el hecho que forma el rápido y oportuno desenlace de la novela?

—¿Lo de la mina? Demasiado sabido es. Tiempo há que oí hablar en Madrid (y áun no sé si los periódicos publicaron el nombre) de un buen eclesiástico, á quien habia enriquecido, lo mismo que á otros compañeros suyos, la fecundidad pasmosa de una mina, de la cual en un principio nadie hacía caso. Con todo, me parece que no convendria mucho divulgar semejantes acontecimientos, por no fomentar esa aficion funesta á las minas que tantos caudales ha consumido.

—No hay peligro en ello, porque nuestro autor únicamente dice que en negocios de minas *alguna vez se acierta*. Esto, que es innegable, no autoriza las quiméricas esperanzas de millares de millares de personas, que creen firmemente en abriendo un pozo, que van á salir de allí rios de metal preciosísimo. Quedamos pues en que las novelas que representan fielmente cuadros de la vida real, merecen los honores de la lectura, porque son como historias en mosáico, hechas de fragmentos de historia.

—Algo más que eso necesitan para que su lectura no ofrezca peligro.

—Ciertamente que una coleccion de hechos muy verdaderos, pero muy repugnantes y escandalosos, constituirían un libro altamente perjudicial. Pero no están formados con materiales de esta especie los escritos de Fernan Caballero.

—Es verdad. Allí no se transige con el vicio de ninguna manera: las acciones buenas van revestidas de todo el brillo que debe circundar el trono de la virtud; el vicio y el crímen aparecen estigmatizados con los colores que más deformes pueden hacerlos. Pero hay otras cosas á que atender en una novela. ¿A qué viene, por ejemplo, el mezclar los sucesos de actualidad correspondientes á Casta y Barea, Don Júdas y Don Pedro

de Torres, con la historia anterior de Paz y de Luz, de sus amantes y de sus hijos?

—¿Son interesantes esos sucesos?

—Mucho: de lo más interesante del libro.

—Pues entónces, ¿qué daño le hacen? Interrumpida, parada de propósito á veces la accion de la novela con respecto á Javier y Casta, ¿no es natural, no es absolutamente preciso llenar con episodios entretenidos el vacío que resulta en la accion principal? En nuestro Quijote, en las novelas extranjeras mejores, en epopeyas como la Eneida y la Jerusalen, ¿no abultan, no valen los episodios tanto como la accion en que estriba la fábula? Si esta razon no satisface, considere usted la obra como si constara de dos novelas distintas; por eso el autor le ha dado el título de *Una en otra*. Una y otra son dos.

—La novela es una obra de arte, y por lo mismo debe cumplir con todas las condiciones de tal. Fernan Caballero prescinde á veces de estas condiciones; hace un libro ó cuaderno segun se le antoja, y solo atiende á conseguir que le lean con gusto.

—Ese es el arte verdadero, amigo mio; todo lo demas es conversacion.

—Pero, hombre, no sea usted tan obstinadamente apasionado del autor de *Una en otra*, que

no deje sin contestacion un reparo siquiera. En esta novela, que me gusta, que es buéna, y cuya lectura permitiré y aconsejaré á mi mujer y á mis hijos, hay algunos cabos sueltos, hay ciertas superfluidades que se hubieran podido atar y omitir. Aquel General carlista y su hijo, que aparecen en la diligencia con los personajes más granados de la novela, ¿para qué sirven? ¿qué papel desempeñan? ¿qué falta hacen para la accion principal ni para los episodios? Ni áun llegan á ser personajes de episodio siquiera.

—Usted se ha equivocado en la apreciacion que ha hecho de esas dos figuras. Usted ha creido que eran actores de la novela, y no son sino viajeros de una diligencia, donde siempre que uno camina se reune con algunas personas que jamás vuelve á ver. Describiendo Cervantes la familia de su *Ingenioso Hidalgo* en el primer capítulo de su obra inmortal, estampó estas palabras: «Tenía un ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocin como tomaba la podadera.» ¿Quiere usted decirme en qué aventura de Don Quijote vuelve á remanecer aquel pobre mozo?

—No ha faltado quien acuse á Cervantes de ese defecto.

—Tampoco ha faltado quien demuestre que no

lo es. Cervantes describia la casa de Don Quijote: naturalmente debió expresar las personas de que constaba. Fernan Caballero describe una diligencia; debió dar una idea de las personas que en ella se suelen juntar. ¿Es tan raro en España que en la berlina de una diligencia se reunan un diputado y dos militares?

—No Señor, no es raro; convengo con usted y retiro mi objecion, relativa á esos dos individuos; pero usted en cambio va á convenir conmigo en otras dos objeciones que no tienen respuesta. Yo estoy interesado en una empresa de diligencias, y soy gallego: figúrese usted ¡qué gracia me habrá hecho ver en la segunda página de *Una en otra* llamar á la diligencia de Sevilla *castillo feísimo*, y más adelante, en la segunda carta de Javier á Paul Valery, calificar sin ton y sin son á un pobre sirviente de *gallego ridículo*? ¡Caramba! ¿tan bonitos son los carros y galeras y demas trasportes, perezosos ó acelerados? ¿Tan elegantes eran los coches de colleras antiguos, que tardaban quince dias para caminar cien leguas, costando seis mil reales el viaje dichoso? Y ¿por qué ha de ser ridículo un criado gallego? El gallego, amo ó criado, no vale ménos que el andaluz.

—¿Tiene más que decir usted, lector benignísimo?

—No Señor, porque á la otra novelita de *Con mal ó con bien, á los tuyos te ten* no le hallo pero. Es un cuento que encanta.

—Y *Una en otra* ¿carece de ese mérito?

—No diré tal; pero el encanto se interrumpe más de una vez. No puedo atravesar el epíteto de *feísimo*, que me parece hasta calumnioso para mi coche, y me ofende en el alma la ridiculez atribuida á mi pobre paisano. Porque no es este el único libro de Fernan Caballero en que se nos ridiculiza.

—Pero, señor lector, ¿pierde una diligencia porque á un novelista le choque su aspecto? Sea ella diligente en primer lugar, para cumplir con su título; sea sólida y vaya bien servida, para que no vuelque por esos caminos; y désele á usted un ardite de lo demas: bonita ó fea, no le faltarán parroquianos. En cuanto al criado ó criados gallegos que introduce Fernan en sus obras, vea usted cuántos son, y dígame en conciencia si no habrá producido Galicia (como cualquier otro pais) un número bastante mayor de individuos extravagantes. Pues unos de esos pocos son los que pinta Fernan Caballero, respetando profundamente á todos los demas naturales de la provincia. Don Júdas Tadeo Barbo, que no es de Galicia, se presenta harto más ridículo que ningun

gallego de cuantos ha pintado Fernan. Si no tiene usted más reparos que hacerle.....

—Sí, señor, sí tendría; pero como todos vendrían á ser de la misma especie.....

—Ha hecho usted entónces el más completo elogio de la novela.

—¿Quiere usted ahora decirme cuál era la tercera pretension que tenia con los lectores de *Una en otra*?

—Que uno de ustedes me declarase su opinion acerca de este libro, para prolongar con ella mi prólogo: la mia está reducida á estas pocas palabras. *Una en otra* y *A los tuyos te ten,* por el argumento son interesantes, por el fin útiles, por todo muy dignas de leerse. Para que las novelas reuniesen la enseñanza con el recreo, deberían ser como éstas; y de ahí arriba, como los autores quisieran.

Juan Eugenio Hartzenbusch.

UNA EN OTRA.

Voyez la societé pour la peindre: c'est une galerie où vous trouverez de quoi couvrir votre album.

EMILE SOUVESTRE.

Observad la sociedad para pintarla: es una galería en la que hallaréis con que llenar vuestro prontuario.

A une epoque où toutes les empreintes s'effacent sous le double marteau de la civilisation et de l'incredulité, il est touchant et beau de voir une nation se conserver un caractère stable et des opinions immutables.

VICOMTE D' ARLINCOURT.

En una época en que toda huella de lo pasado desaparece bajo los golpes del doble martillo de la civilizacion y de la incredulidad, conmueve y admira el ver á una nacion conservar un carácter estable y opiniones inmutables.

La Religion y la guerra se mezclaron en los españoles mas que en ninguna otra nacion. Ellos fueron los que con incesantes combates echaron á los moros de su seno, y se les podria considerar como la vanguardia de la cristiandad europea. Conquistaron sus iglesias á los árabes; un acto de su culto era un trofeo para sus armas. Su fé triunfante se unia al sentimiento de honor, y daba á su carácter una imponente dignidad. Esta gravedad mezclada de imaginacion, y aun sus chistes y humoradas, que no quitaban nada á lo profundo de sus afecciones, se notan en la literatura española, toda compuesta de ficciones y poesías, cuyos objetos son la religion, el amor y los hechos guerreros. Diríase que en aquel tiempo en que fué descubierto el Nuevo Mundo, los tesoros de otro hemisferio enriquecian las imaginaciones, asi como el Estado; y que en el imperio de la poesía, asi como en el de Cárlos V, el sol no cesaba jamás de alumbrar el horizonte.

MAD. DE STAEL.

¡Lo que va de ayer á hoy!

CALDERON.

A fines de febrero del año 1844, salia de Madrid con direccion á Sevilla, una enorme Diligencia, rodando pesadamente al empuje de diez y ocho caballos de la bella raza andaluza, adecuada para llevar á la ligera y gallardamente su ginete, pero poco á propósito para arrastrar el feísimo castillo

ambulante llamado *Diligencia*, que es una de las preciosas creaciones modernas, una especie de falansterio móvil, ante el cual se extasía el vulgo.

La berlina estaba ocupada por un diputado y dos oficiales de graduacion. En el testero del interior, se hallaba una señora anciana con su hija; y junto á ésta, estaba sentado un señor de edad, chico y gordo, de ojos pequeños y vivarachos, nariz de loro, cara rubicunda y satisfecha.

En la delantera iban un caballero pobremente vestido de negro, de aire grave y sencillo, que se conocia era sacerdote, y dos jóvenes, de los cuales el uno parecia ser extranjero. Para dar á conocer estos personajes, bastará dejarlos hablar.

En España el carácter social es natural y lleno de cordialidad. No se conoce esa reserva altiva que enjendra la vanidad. Esto hace que se viva, como quien dice, transparentemente. En todas partes cada cual habla á su vecino sin conocerle, y sin comprender que esto pueda ser contra la dignidad de nadie. El no hacerlo, en lugar de inspirar consideracion, tendria por resultado hacer del que adoptase ese sistema, un paria impertinente y ridículo.

En el momento de partir, la señora anciana se persignó; el individuo sentado frente de ella abrochó su levita negra, y dijo á media voz algunas palabras latinas. Uno de los jóvenes encendió un

cigarro; el otro se quitó el sombrero y se puso un gorro griego, y el señor viejo y gordo dijo á la jóven:

—Apóyese Vd. sobre mí, señorita; no tema usted incomodarme: al contrario; soy viejo, pero los ojos siempre son niños. En mi juventud, prosiguió, cuando se venia á Madrid, era en un coche de colleras; se echaban quince dias: ahora se echan cuatro; pero se llega tan molido, que se necesitan ocho para descansar; de suerte que allá se vá. Eso sin contar que, si se tuviese una vecina como Vd., se desearia que el viaje no tuviese fin. ¿No es asi, señores?—¿Y adónde vá Vd., señora?

—Nosotras vamos primero á Sevilla y luego á Cádiz, respondió la señora anciana. Los médicos han mandado á mi hija los baños de mar. Tengo en Cádiz una hermana, casada con el tesorero de la Aduana: por eso he elegido ese puerto de mar, aunque mas distante de Madrid que otros.

—Y ¿qué es lo que tiene su hija de Vd?

—Ha crecido mucho, y en poco tiempo; lo cual le ha ocasionado una gran debilidad nerviosa, que, al decir de los médicos, podria terminar por una consuncion....

—¡Qué disparate! dijo el señor viejo, esas son tonteras de los médicos, que no saben ni dónde tienen las narices; ¡cásela Vd.! que eso es el *sánalo todo* de las muchachas, y la señorita... Vd. perdone, pero ¿cómo es su gracia de Vd?

—Casta, respondió secamente la jóven.

—¡Servidora de Vd! añadió la Madre.

—Pues, como iba diciendo, prosiguió el viejo, á Castita no le faltarán pretendientes; eso es seguro: y Vd. señora, ¿cómo se llama?

—Mónica Mendieta para servir á Vd.

—A Dios por muchos años. ¿Es Vd. viuda?

—¡Ay! ¡Si señor! mi marido era Contador de Rentas en Canarias, en donde murió poco há.

La señora sacó un pañuelo para enjugarse los ojos llenos de lágrimas.

—¡Dios tenga su alma! señora: el muerto al hoyo, y el vivo al bollo.

—¡Ay señor! eso es fácil decir, pero....

—¿Qué, qué? ¿va Vd. á llorar ahora por los difuntos? ¡pues tendria que ver! Vaya, no piense Vd, más en eso. Yo no me acuerdo de mi mujer (que tambien soy viudo) sino para mandarle decir misas. ¿No es verdad, Padre Cura, prosiguió dirigiéndose al caballero vestido de negro, (porque supongo sois sacerdote), ¿no es verdad que eso es lo mejor que hay que hacer?

—Ciertamente, respondió éste; sobre todo si las misas se mandan á decir con viva fé y tierno recuerdo.

—¡Hombre! dijo el señor gordo, ¡me parece Vd. cura romántico! ¿Vá Vd. á Sevilla?

—No señor, me quedo en Jaen, desde donde pasaré á **** cerca de Granada.

—¿Ha estado Vd. mucho tiempo en Madrid?

—Tres meses.

—Y ¿por qué vino Vd?

—Porque fuí desterrado de mi curato, y me formaron causa como carlino, por haber dicho en uno de mis sermones, que cualquiera que leyese libros prohibidos, estaba excomulgado y fuera del gremio de la Iglesia.

—¡En lo que hizo Vd. muy bien! observó doña Mónica.

—¡Muy mal! se apresuró en decir el señor gordo; ¿á qué santo comprometerse é ir á chocar con las gentes que escriben, hato de chisgarabís, sin un real en la faltriquera, y que á fuerza de insolencia mangonean tanto hoy dia? Ande Vd. y créame; diga su misa, y coma su olla en paz, y deje Vd. rodar al mundo.

—Pero señor, mi deber, mi conciencia....

—¡Qué conciencia, ni qué calabazas! ahora se parece Vd. con su conciencia á los otros con su filantropía. ¡Míreme Vd. á mí! no me meto en nada. No tengo opiniones, ni principios; de ello me vanaglorío. Las opiniones y los principios, ¡malditos sean! son los que han perdido á España. Asi, véame Vd. libre, alegre, gordo y tranquilo. Caballerito, ¿me dá Vd. el cigarro para encender el mio? siempre que el humo no incomode á la señorita Casta. ¿Eh?

—Me es indiferente que Vd. fume ó deje de fumar, contestó la jóven sin mirar al viejo galan.

—¡Buenos cigarros por cierto! ¿Cuánto han costado?

—Me los regaló un pariente mio, contestó el jóven.

—Baratos son; ¿vá Vd. á Cádiz?

—No señor, me quedo en Sevilla.

—¿Sevilla? quien no vió á Sevilla no vió maravilla, dice el refrán. ¿Va Vd. á ella por gusto?

—No señor, voy de fiscal á uno de los juzgados.

—Muy jóven es Vd. para ser fiscal; esto no es decir que no sea Vd. muy capaz de llenar bien sus deberes. ¿Tiene Vd. conocimientos en Sevilla?

—Soy de alli y conozco muchas gentes.

—Lo pregunto porque iba á decirle que si acaso necesita de aconsejarse con alguien, (como debe suceder), que lo haga Vd. con mi abogado, un famoso Licurgo que sabe mas que Merlin; hombre de bien, aunque abogado; rico, y viejo como Matusalen, D. Justo Barea.

—No dejaré de hacerlo, pues es mi tio abuelo.

—¿Qué? ¿Es Vd. aquel tunantillo de Javierillo, que tantas veces hice bailar sobre mis rodillas? ¡Caspitina, y cómo se va el tiempo! No; nosotros somos los que nos vamos; que es lo peor. ¿No enviaron á Vd. á la universidad de Santiago?

—Si señor; y obtuve de mi tio y tutor al salir de alli, licencia para hacer viaje á Francia.

—¿Y se la dió á Vd?

—Por supuesto.

—¡Buena tontería hizo mi amigo! Si no me engaño, tiene Vd. una hermana casada con un diputado, que está ahora en Madrid.

—Si señor.

—¡Ah! por eso ha logrado Vd. la fiscalía; ¡sí es sabido! me alegro. Su tio de Vd. ya no ejerce; y lo siento: porque aunque hacia valer sus puntadas, por cierto que era el mejor abogado de Sevilla.

Por largo tiempo siguió asi la conversacion. Varias veces el señor gordo se dirigió al jóven sentado enfrente de él; pero este miraba al campo por la portezuela, y parecia cuidarse poco de lo que se decia. Solo algunas palabras en francés habia dirigido al jóven Javier, con el que parecia estar en relaciones de amistad.

Al fin no pudiendo sacarle una palabra el señor gordo, se encaró directamente con él y le dijo:

—Señor, yo me llamo Judas Tadeo Barbo; soy un rico hacendado y labrador de Jerez, para servir á Vd. ¿Y Vd. quién es?

El francés no respondió.

—¿Acaso no me ha oido? dijo D. Judas á Javier Barea.

Este tradujo la pregunta á su amigo.

—¿Es el señor de la policía? respondió este con aire altivo.

Barea tradujo la respuesta á D. Judas.

—¡Yo de la policía! exclamó este. ¡De la poli-

cía! No, señor, prosiguió dirigiéndose al francés, y hablando recio, puesto que los españoles vulgares no pueden concebir que su idioma no se comprenda; y así instintivamente creen que no se les oye, y no que no se les entiende.—¡Yo de la policía! cuando todos los ladrones del término saben que tienen un refugio seguro en mi cortijo! Dígale Vd. por Dios, fiscal, mi querido Javier, que no soy de la policía. ¿Qué dirian en Jerez, en el Puerto, en Cádiz, donde todo el mundo me conoce, de semejante suposicion? Que pregunte en la feria de Mairena, donde un potro con mi marca se paga en 10,000 reales. Que pregunte en la plaza de toros de Madrid, Sevilla y Cádiz, donde mis toros se pagan á 5,000 reales, ¿quién es D. Judas Tadeo Barbo? ¡De la policía! ¿Tengo yo facha de ser de la policía, ni de tomar paga de nadie, ni del Gobierno? Diga Vd., ¿acaso en Francia tienen los empleados de la policía cincuenta talegas en sus arcas; veinte mil fanegas de trigo en sus graneros; mil botas de vino de Jerez en sus bodegas; diez mil cabezas de ganado etc?

Asi prosiguió D. Judas la enumeracion de su inmenso caudal, la que no produjo efecto alguno en los españoles; pero el extranjero mudó grandemente de maneras.

—Perdone Vd., señor, le dijo, era una chanza, y sentiria la creyese Vd. un epigrama. Yo no sabia con quien tenia la honra de hablar.

—Si es una chanza, anda con Dios! repuso don Judas apaciguado; á nadie le gustan las chanzas mas que á mí. Pero dígame Vd. Castita, ¿porqué se está Vd. riendo sin cesar, hace un cuarto de hora?

—¿No se puede una reir en la Diligencia, señor don *Judas Tadeo Barbo*? respondió Casta sin cesar de reir.

—¿Pero porqué se rie tanto la señorita? preguntó el francés á Barea, que hacia los mayores esfuerzos para contener la risa que se le iba pegando.

—Yo se lo diré á Vd., interrumpió D. Judas que comprendió la pregunta: sabrá Vd. que hay un pescado que tiene una cabeza muy grande y una barriga muy gorda, y se llama, por desgracia mia, Barbo, como yo. La señorita encuentra, pues, muy risible y muy gracioso que llevemos el mismo nombre. Pero, Castita, ¿no es *Barbo* un nombre como otro cualquiera? ¿Otra? ¡Dale! ¡Vamos andando! ¡Ria, ria Vd! que yo me alegro de tener un nombre que para Vd. equivale á un sainete. Vean Vds., prosiguió levantando los hombros, ¡las mugeres, las mugeres! rien y lloran con la misma facilidad. Asi es, que cuando mi muger (q. e. p. d.) me armaba una rifi-rafa sobre celos, y lloraba como un becerro, le hacia el mismo caso que á las golondrinas, y tocaba de suela. ¡Fiscal! ¡Fiscal! ¡no se case Vd! acuérdese Vd. que el Señor todo lo quiso sufrir, ménos el ser casado ni el ser viejo.

Dichoso Vd., Padre Cura, que se ve libre de las asechanzas de las hijas de Eva!—Dicen que es un hermoso pais el de Granada, rico y fértil.

—Rico, sobre todo, en minas, contestó el Cura.

—¡Minas!!... exclamó D. Judas, esas son *engaña tontos*.

—Perdone Vd., observó el Cura, lo que Vd. dice es una vulgaridad, que se repite cual axioma, como muchas otras. Vd. no puede ignorar el resultado de la mayor parte de las minas de nuestra provincia. En mi pueblo nos hemos unido cuatro socios, y con nuestros pobres recursos hemos llegado á un resultado inesperado. Tenemos ya el mas hermoso mineral; pero nuestros recursos se han agotado, y busco algunos accionistas, pues tengo evidencia de que con unos cuantos miles reales, es segura una enorme ganancia. Nuestra mina está bajo el amparo de Nuestra Señora de la *Esperanza*, y lleva su nombre.

—¿Esperanza? dijo D. Judas, yo he perdido cinco mil reales en una que se llamaba la *Positiva*, y juré que no me cogerian en otra.

En esto llegaron al parador, y se sentaron á comer. El testero de la mesa lo ocupaban el diputado y los dos oficiales de graduacion; D. Judas se sentó entre la madre y la hija; frente de ellos se pusieron los dos jóvenes, y el cura; á los pies estaban varias personas que venian en la rotonda. Entre estos se veia un impasible inglés, todo vestido de géneros

á cuadros, á la escocesa, y un jóven delgado, pequeño y pálido, que llevaba una larga barba y bigotes; su pelo largo y liso caia sobre sus orejas y sobre el cuello de su paletot. Este jóven afectaba una gravedad imperturbable, que contrastaba con su juventud, y un aire decidido y altivo, que hacia que se extrañase verle en compañía de algunos hombres visiblemente ordinarios y soeces. ¡Ah! exclamó al ver á D. Judas, con gravedad y calma. ¡Oh! D. Judas (Tadeo, y no Iscariote)! querido paisano mio; yo no sabia que viniéseis en ese interior egoista, que por espacio de horas me ha privado de tan buena vista.

—¿Vuelve Vd. á Jerez? respondió D. Judas; pues peor para Jerez!

—Siempre el mismo D. Judas Tadeo, y no Iscariote; siempre amable y fino como un erizo! ¡Vamos! ¡vamos! ¡que todos somos hijos de Dios!

—Y de nuestras obras, D. Pedro de Torres.

—Eso constituye la nobleza, D. Judas Tadeo, y no Iscariote; por eso yo soy hijo de la conquista de Jerez, y Vd....

—D. Judas se apresuró á interrumpirle.

—Lo sé, lo sé, dijo. Sé que sois de las primeras familias de Jerez; pero yo creia segun vuestras máximas que no debiais ponerle precio.

—Cierto es, que no le pongo precio ninguno, y que solo me acuerdo de quien soy, cuando veo á un D. Nadie echarla de orgulloso y de caballero.

En 1255 Fortun de Torres, uno de mis abuelos, defendió las murallas de Jerez contra los Reyes moros de Granada, Tarifa y Aljeciras. Vencido por el gran número, jamás quiso soltar la bandera que llevaba; los moros le cortaron las manos; pero él se abrazó con sus brazos sangrientos á la bandera, la apretó con las rodillas y los dientes, y solo despues de muerto pudieron arrancársela (1). En punto á nobleza esto es oro puro; lo demás es cobre sobredorado, Señor Barbo!

—¡Y es Vd... Vd. el exaltado, el republicano rabioso, dijo picado D. Judas, el que viene en un parador, en público, á hacer ostentacion de su árbol genealógico! ¡Curioso es esto por cierto!..... no se puede, amigo mio, repicar y andar en la procesion; es preciso herrar, ó quitar el banco. ¿O es acaso que os han dado en Madrid alguna cruz, ó alguna dignidad en palacio para convertiros?

Pedro de Torres, sin salirse de su flema, no respondió sino por un gesto de alto desprecio y asco á esa pregunta. Sepa Vd., dijo, que cada dia mas idólatra de la libertad y de la igualdad, vengo á fundar en Jerez un falansterio, segun los ha instituido el inmortal Fourier.

—¿Un qué?.... preguntó D. Judas.

—Un falansterio.... respondió Torres.

—¿Es acaso, prosiguió D. Judas, alguna nueva

(1) Histórico.

junta republicana, como la que ya otra vez habeis fundado, con esa *patulea* de quien erais el gefe?

—No; esta es una democracia pacífica, respondió Torres con calma.

—¿Vd. fundar algo de pacífico? Si lo viera no lo creyera.

—Si, si, D. Judas Tadeo y no Iscariote; estoy ahora por la armonía.

—Siempre lo habeis estado; mas cuando os veia en la ópera, creia que mas os llevaban á ella las cantarinas que no la música.

—No digo que no; pero ahora no se trata de eso, sino del falansterio. En él todo es comun y todo igualmente distribuido, casa, trabajo, mugeres, niños, dinero....

—¡Dinero!..... gritó D. Judas; vaya al demonio vuestro *falansterno*.

—Ya vereis, prosiguió Torres, sin dejarse interrumpir; este admirable resultado de la filantropía os entusiasmará, y prestaréisle mano.

—No prestaré nada, respondió D. Judas; nada pondré en él; ni los pies. Pero doña Mónica, ¿Vd. no come? Vamos, vamos, coma Vd; es preciso comer, aun para llorar á su marido. Estas berzas se quieren ir á la huerta. ¡Hé! muchacho ¿está el carbon muy caro aquí? Castita, beba Vd. una copita, por Dios: no bebe Vd. sino agua. No hay nada peor para el estómago. El agua acaba con los caminos reales; ¡mire Vd. qué no hará con los estómagos!

—¿A Vd. no le gusta el agua? dijo Mónica.

—Sí que le gusta, respondió Pedro de Torres, sería el primer labrador que no la quisiera. Un caminante halló junto de un rio á un labrador ahogado: este es, dijo, el primer labrador que veo harto de agua.

—Es cierto, dijo D. Judas, que aqui cada rayo de sol es una sanguijuela, que chupa tanto la tierra, que se necesita mucha lluvia en invierno para estancarle la sed; no sé lo que sucederá en las demas *peninsulas*, pero en la nuestra un invierno seco nos pierde.

Pedro de Torres, á pesar de su gravedad, soltó la carcajada.

Era evidente que D. Judas, oyendo siempre nombrar á España por Península, habia tomado Península por una palabra genérica, equivaliendo á pais; y así le dijo Torres.

—Señor Barbo, en la Península Francia llueve demasiado; en la Península Alemania nieva demasiado; en la Península Inglaterra hay muchas nieblas y poco sol; así pues, cada Península tiene su inconveniente.

—¿Conoces, dijo en voz baja el jóven francés á Javier Barea, á esos dos militares?

—Sí, respondió éste del mismo modo; los conozco de vista. El de mas edad es el general Peñafiel, que acaba de volver á España: viene de París donde se hallaba desde el convenio de Vergara, en el

que no quiso tomar parte; el otro es su hijo, el coronel don Fernando Peñafiel, que no se ha separado de su Padre.

—Jamás he visto, repuso el francés, dos hombres tan perfectamente bellos y tan exáctamente parecidos. Es curioso el observar, al mirarlos, lo que el uno ha sido, y lo que el otro será.

—¿Y á qué santo ha venido Vd. á favorecer á Madrid con su amena presencia? Señor D. Judas Tadeo, y no Iscariote, preguntó Pedro de Torres.

—¿A Vd. eso que le importa, ciudadano del globo? como se firmaba Vd. en sus malditas proclamas, respondió D. Judas encolerizado.

—Vamos, cachaza! no se enfade Vd., paisano apreciado. Comiendo del modo que Vd. come, y privado como Vd. está de la parte del cuerpo que separa la cabeza de los hombros, es peligroso.

—Dicen, repuso D. Judas, que las gracias son para una vez, y que repetidas pierden su chiste. Mire Vd. pues, D. Pedro de Torres, si desde diez años há que Vd. repite su sempiterno Judas Tadeo, y no Iscariote, habrá perdido esa gracia su chiste, caso que jamás lo hubiera tenido. ¿A qué se cansa Vd. en hacer esa distincion? Cada cual sabe que mi patrono S. Judas Tadeo, que se celebra el 28 de Octubre, es el apóstol hermano de Santiago, que predicó el cristianismo en la *Potamia*.

D. Judas hablaba de la Mesopotamia.

Todo el mundo se echó á reir, y D. Pedro de Torres dijo:

—¿En qué os ha ofendido Meso?

—¿Meso? repuso D. Judas en nada. ¿A qué viene esa pregunta?

—Entónces, ¿porqué le rayais del número de los vivos?

—¿Yo? vamos, está loco, dijo Judas sacudiendo la cabeza.

—¿Porqué, prosiguió Torres, le desterrais cruelmente? ¿Acaso tiene la desgracia de ser un honrado republicano como yo?

—¿Me quiere Vd. dejar en paz? repuso D. Judas con impaciencia. Os digo que no le conozco ni de vista. Pero yo os pregunto, ¿qué derecho teneis de darme dos nombres, uno afirmativo y otro negativo?

—El mismo que teneis vos, y no os contesto, de llamarme Pedro de Torres, y no el Cruel; ó Pedro de Torres, y no el Grande.

—¿El Grande? esclamó D. Judas, ¡tendria que ver! eso sería como si á mí me dijesen D. Judas el flaco, ¡ha, ha, ha, ha!

En un momento de silencio que siguió, el Cura tomó tímidamente la palabra, habló de su mina, de la cual hizo con sinceridad y buena fé los mayores elogios, celebró igualmente el mineral, y ofreció con pocos auxilios ponerla en breve en productos.

—El furor de las minas vá pasando, dijo sentenciosamente el diputado, que se ponia espejuelos para aparentar tener mas edad de la que tenia. Fray Gerundio ha hecho de su D. Frutos el D. Quijote de las minas.

—Estimado paisano, dijo Torres, ¿quereis que tomemos una accion á medias?

—Las medias son para los pies, contestó D. Judas; aborrezco las compañías tanto como las minas. Cinco mil reales perdí en la *Positiva* maldita. Una y no mas, Señor San Blas!

—Eso es, repuso Torres, porque es Vd. desconfiado como un ladron, y está Vd. apegado á su dinero, como todo aquel para el cual el dinero es cosa nueva: ¿quiere Vd. prestarme la suma, y yo tomo una accion?

—No presto nunca, dijo D. Judas; ni á mi Padre.

—¿Es ese el lema de vuestro blason? preguntó Pedro de Torres.

—No señor, contestó en cólera D. Judas; es una máxima de vuestro difunto Padre, que seria tan caballero como Vd. (aunque sin ser republicano lo pregonaba menos) y decia que quien prestaba á un amigo, perdia el dinero y el amigo.

—Omite Vd. decir, repuso Torres, generoso paisano, que si mi padre no *prestaba*, era porque *daba*. No obstante, el vuestro debia saberlo.

—Bien está, bien está, interrumpió D. Judas: pero el resultado es....

—El resultado es, prosiguió Torres acabando la frase, que hizo ingratos y empobreció: si eso es lo que Vd. quiere decir, yo le ahorro el trabajo, pues lo digo á boca llena.

—¡Estos de sangre azul, murmuró D. Judas, hacen gala hasta de su pobreza!

—Como una estátua griega de su desnudez, D. Judas, dijo Pedro de Torres con verdadera dignidad. Vd. sabe el refrán popular: «sirve á un rico empobrecido, y no sirvas á un pobre enriquecido.» El dinero de Vd. puede irse tan pronto como se vino, D. Judas, en llegando á otras manos; pero la mitad de mi mayorazgo que no he podido vender, pasa á mi posteridad.

—Entónces, señor, dijo D. Judas, ¿á qué trabaja Vd. tanto para acabar con los mayorazgos?

—Porque, repuso Torres volviendo á su tono fanfarron y sentencioso, porque los principios deben mirarse antes que los intereses privados; porque el bien general debe buscarse ántes que el individual: eso es lo que Vd. no entiende. Pero mirad á ese inglés; me está pareciendo entre todos con su imperturbable silencio y sus cuadros, una palabra borrada y rayada en todas direcciones.

En este entretanto Javier Barea, que estaba al lado del Cura, le decia:

—Señor Cura, del dinero que me fué enviado para mi viage, me queda lo suficiente para tomar una accion en vuestra mina; yo la quiero.

—Mucho me complace, respondió el Cura: dos me han tomado en Madrid unos amigos; otro creo poder afirmar que tomará una en Jaen; con la vuestra serán cuatro. Esto nos habilita para poder proseguir los trabajos.

Javier sacó su bolsillo y contó en oro los dos mil reales, precio de la accion.

—¡Javier, Javier, fiscal del demonio! ¿en qué piensa Vd? gritó D. Judas ¡dar asi el dinero sin recibir en cambio títulos, ni garantías, ni siquiera un recibo!

—Hace muy bien, dijo Casta.

—En efecto, dijo el Cura, el Sr. D. Judas tiene razon: yo entiendo poco de negocios de dinero: recoged el vuestro, señor fiscal. Yo os enviaré los títulos á Sevilla, y cuando Vd. los tenga, me mandará el dinero.

—¡No! respondió Javier Barea, suplico á Vd. se quede con él, y no hablemos mas de eso.

—El señor será un santo, murmuraba D. Judas, no digo que no; pero no es así como se hacen los negocios, Castita. Ademas las gentes se pueden morir....

—Si el señor Cura necesita un fiador, yo soy su fiador, dijo Pedro de Torres.

—Mas vale pagar sus deudas, observó D. Judas, que hacerse fiador de nadie.

—¿Os debo algo por ventura, señor gran Tacaño segundo? dijo Torres.

—¿A mí? No, gracias á Dios! respondió D. Judas. Todos los despilfarrados pródigos y gastadores llamaron siempre tacaños á la gente de órden y método: eso es sabido. Y mire Vd.; ahora que hablamos de eso, ¿piensa Vd. vender su cortijo del *Burro grande*, que está pegado al mio de *Pan y pasas*?

—No.

—Cuando Vd. piense en deshacerse de él, como de los otros, acuérdese Vd. de mí.

—Siempre me acuerdo de Vd. cuando se trata del *Burro grande*.

—Me alegro: desde ahora ofrezco á Vd. la mitad de su aprecio: es mucho para bienes amayorazgados.

—¡Gracias, generoso!

Torres sacó de su faltriquera su petaca, y ofreció cigarros á las personas sentádas en lo alto de la mesa, las que saludaron dando gracias. Dió á sus vecinos, y presentó la petaca al inglés, que abrió dos ojos grandes, ojos redondos como dos pesetas, haciendo un gesto negativo poco amable. Prosiguió Torres:

— ¡Un cigarro! D. Judas Tadeo, y no Iscariote.

—Gracias.

—¡Vamos! suplico á Vd. tome un cigarro habano, de la Vuelta de Abajo.

—No fumo sino papel.

—Tome Vd. mi cigarrillo y píquelo.

—Os he dicho gracias.

—¿Va Vd. á hacerme un desaire, paisano muy amado?

—¿Me quiere Vd. forzar á fumar? paisano cansado.

—Pido á Vd. que tome mi cigarro, que no es republicano, noble, ni gastador, como su amo.

—¡Tan! ¡tan! ¡tan! ¡tan! dijo D. Judas impaciente.

—Mire Vd. que soy terco: sea Vd. complaciente: tome Vd. el cigarro.

—¡Dále! ¡dále! ¡y qué chicharra!

Pedro de Torres puso el cigarro sobre un plato, y lo hizo pasar de mano en mano, hasta que llegado á Casta: puso esta el plato delante de don Judas.

—Este jóven, dijo el francés á media voz á su amigo Barea, es un raro conjunto de anomalías, con su cara juvenil y su gran barba de gastador viejo; su afectada gravedad y su natural humor chancero; sus bravatas y sus travesuras; su democracia y su aristocracia.

—Le conozco, respondió Javier Barea, es un buen muchacho, con pretensiones á ser un Robespierre; un cordero con pretensiones de tigre; un aturdido adocenado, que quiere copiar á D. Juan: todo esto es el resultado de malas compañías, de idéas mal dirigidas y peor digeridas.

—Paisano amable y galante, decia Pedro de Tor-

res, dejad de dar tormento á la oreja izquierda de esa señorita, y bebed conmigo á la prosperidad de mi falansterio.

—No bebo á tales tonteras, respondió D. Judas: bebo á la de Jerez, mi patria; pues han de saber Vds., señores, que un amigo mio que ha viajado mucho por el extranjero, me ha dicho: amigo Barbo, el mundo es una col, y Jerez el cogollo.

—Yo, dijo el diputado, brindo por nuestra España, por la paz, el comercio, y la agricultura!...

—¡Bien dicho! esclamó D. Judas, bebo con Vd.; pero os lo digo, que mientras consientan Vds. estos republicanos, con sus patuléas, falansternos y juntas secretas, y que dejen Vds. las puertas abiertas de par en par á los carlinos, no se logrará nada. ¿Cómo ha de andar un arado, si un buey tira á la derecha, y otro á la izquierda? Si me hicieran Ministro, pronto habria acabado con ellos: á los unos los encerraba todos en su falensterno, á los otros todos en la Cartuja de Jerez, que es grande. Me dijeron en Madrid que ha vuelto el General Peñafiel, y ese General tiene....

—Un hijo, le interrumpió el mas jóven de los dos militares, pronunciando lenta y enérgicamente cada palabra, un hijo que lleva una espada bien afilada para cortar la lengua á aquel que se atreva á hablar con poco respeto de su padre.

Tenedor y cuchillo cayeron de las manos temblorosas de D. Judas.

—Son el General Peñafiel y su hijo, le dijo al oido Doña Mónica. Se puede hablar de las cosas, D. Judas; pero no se debe jamás nombrar á las personas.

—Cierto, cierto, suspiró D. Judas, soy un pollino. ¡Mire Vd. yo, el mas pacífico de los hombres; sin opiniones ni principios! Las opiniones y principios han perdido la España. ¡Yo, ir á chocar con personas de tanta categoría! Debió Vd. avisarme, Doña Mónica, debió Vd. pisarme el pié, sin cuidarse de mis callos.

En esto el mayoral se presentó; se levantaron de la mesa, y ya cerca de la puerta, D. Judas se volvió atrás, y se guardó el cigarro ofrecido por D. Pedro de Torres, que habia quedado sobre el plato.

CARTA PRIMERA.

Paul Valery á Javier Barea.

Ya me tienes aqui en esta nueva Tebaida, aquí, en donde no desperdicio el tiempo, caudal precioso, cuyo valor no conoceis aun en vuestra España, que os mima como una madre rica.

Tengo bastante adelantados los trabajos preparatorios para la empresa de que he sido encargado por mis sócios los ingenieros.

Este pais es bonito; pero para mí es un sepulcro color de rosa, en el que estoy encerrado, y

desde el cual comunico con el resto del mundo, solo por cartas. Así, pues, mi querido amigo, te suplico que me escribas á menudo. Para hacerte más fuerza, te lo rogaré en la manera especial y expresiva vuestra, esto es, asegurándote que escribiendo tus cartas, haces dos obras de misericordia: la una, la de enseñar al que no sabe; la otra, la de consolar al triste.

Me he propuesto, en los ratos que me dejen libres mis quehaceres, el escribir algo sobre España; porque desde que me hallo en ella, he reconocido cuan inexactas son las ideas que de España tenemos, así como las descripciones que de ella nos han dado.

¡Cuánta razon tenia el novelista francés, que rehusó venir á España, diciendo que si venía, ya no podria describirla! De lo cual se deduce que estos escritores hacen de vuestra pátria un pais en parte fantástico, en parte edad media, que por tanto pertenece solo á la imaginacion; ó bien un pais vulgar, bárbaro, incivilizado, pais de transicion y sin fisonomía, que no es digno de estudiarlo ni de pintarlo. Mucho se engañan; y debemos sentir que Teófilo Gauthier, Mr. de Custine, y otros, cuyo gusto y voto hacen ley en Francia, no hayan visto á vuestro pais sino de paso, notando lo bastante para apreciarlo, pero no lo suficiente para conocerlo.

No obstante, hay abundante cosecha para la observacion; y basta alargar la mano para coger.

Por ejemplo, mi querido Javier, nuestro viaje, nuestras comidas en el parador, ¿no son por sí solos un cuadro, una pintura? Ese grosero enriquecido, que con toda su vulgaridad se coloca á sus anchas en un mundo dejado é indiferente, que se rie de él sin acogerle ni rechazarle, ese jóven noble, que sin convicciones, ni ambicion, *deroga* de su clase, se encanalla, se hace republicano por capricho, por ócio, por espíritu de contradiccion, por el placer de la rebeldía, y reune los dos orgullos, el aristocrático y el democrático, sin tener ni la dignidad del primero, ni la energía del segundo; esa jóven tan graciosa, sin coquetería; tan altiva, sin vanidad, sin afan alguno de hacerse valer; sin ser por eso desgraciadamente tímida, ni afectuosamente modesta. ¿No son igualmente tipos de raza los dos fieles y nobles realistas, tan llenos de dignidad en su desgracia? Ese cura tan sencillo y confiado; ese diputado tan nulo, erigiendo vulgaridades en sentencias, ¿no son *specimens* ó muestras bastante caracterizadas de vuestra sociedad actual? Tú mismo, que á todas las bellas cualidades que te son propias, unes la ilustracion de una educacion moderna, y la de los viajes, ¿no eres el tipo de los actuales jóvenes distinguidos, que no han viciado ni su corazon ni su entendimiento? Pero á pesar de esto, desde que estoy aquí en tan íntimo contacto con el pueblo, me he convencido de que en él es en quien reside toda

la poesía de la antigua España, de las crónicas y de los poetas. Las creencias del pueblo, su carácter, sus sentimientos, todo lleva el sello de la originalidad y de la poesía.

Su lenguaje, sobre todo, puede compararse á una guirnalda de flores. Comparaciones finísimas, refranes agudos y de profunda verdad, cuentos llenos de chiste ó de sublimidad, si son religiosos, coplas y cantos de la mas delicada poesía; de esto se compone casi siempre. El pueblo andaluz es elegante en su aire, en su vestir, en su lenguaje, en sus sentimientos.

Quisiera pintarlo tal cual lo veo, para que lo conocieran mis paisanos. Pero para esto, querido Javier, es preciso que me ayudes: sin eso, me seria imposible lograr el fin que me propongo. Tu Tio, ese abogado anciano, habrá visto tantos eventos grandes y chicos, que debe ser en este género una mina que puedes explotar. Los abogados saben el fondo de las cosas, como los confesores.

Habiendo tú dicho que deseas perfeccionar tu estilo francés, se te presenta una ocasion para llenar tu deseo. Hazme un relato circunstanciado de cuanto puedas sonsacarle á tu Tio, yo corregiré tus cartas. No omitas el mas mínimo detalle: mientras mas minuciosos sean tus relatos, mas te los agradeceré. De este modo iré formando mi coleccion, que llevaré conmigo á Francia.

No dejes de darme noticias de nuestros compa-

ñeros de viaje, si es que los vuelves á ver. Deseo que esto suceda, sobre todo en cuanto á tu *vis-á-vis*, (y dime como se dice esa expresion en español). Digo esto, porque me parece, querido Javier, que la graciosa Castita no te parecia á tí costal de paja, como decia D. Judas Tadeo cuando hablaba de ella.

Aguardo tus cartas con impaciencia, y cuento con tu condescendencia, como tú puedes contar con mi amistad.

P. Valery.

CARTA SEGUNDA.

Javier Barea á Paul Valery.

Mi querido Paul: por fin he recibido carta tuya, y por ella veo con gusto estás ya adelantando los trabajos preparatorios para tu puente.

Admito con gusto la proposicion que me haces: no porque halle ni placer, ni diversion en estudiar al pueblo, que tú miras con el entusiasmo que pudieras tener por una querida, realzando hasta las nubes sus méritos, y siendo ciego á sus faltas. Pero tengo dos razones harto mas fuertes para hacerlo: la una es complacerte, y la otra el perfeccionarme en el francés, ya que te brindas á ser mi maestro. Haciéndome de repente *contador* ó novelista, y eso

en una lengua extranjera, te daré bien á menudo pábulo á que te rias; en cambio, escríbeme en español, para que yo halle desquite.

Deberia empezar, mi querido Paul, por hacerte una descripcion de Sevilla la actual, que he hallado muy distinta de la Sevilla de mi infancia y de mis recuerdos. Difícil me seria decirte si ha ganado ó perdido. Tú, y las gentes en quienes la imaginacion predomina, y para quienes los sentimientos son jueces, estoy seguro dirías de ella lo que dirás de las iglesias viejas que veis encalar. El color local, la fisonomía nacional va desapareciendo, gracias á ese moderno Procusto que llaman civilizacion. Mas esta opinion no puede darse á luz sin ser sofocada desde luego, ante la de la generalidad imbuida del principio moderno del bienestar material que todo lo rige. Haciendo alguna reflexion sobre esto á un amigo mio, *hombre de luces*, (término consagrado), me miró un rato, y me dijo: «Hombre de Dios! no saque Vd. tales razones en una conversacion formal: pongalas Vd. en verso y las leeré con gusto.»

Una señora, amiga mia, me contaba que cuando estuvo aquí el Príncipe ruso Dolgorowsky, exclamó lleno de entusiasmo: ¡Oh! ¡qué lástima será que la España se *desnacionalice*!—¡Quiere Vd. creer, me dijo la señora, que todos estaban furiosos por ese dicho!—¡Vaya! decian: ese cosaco, ese moscovita desea hacer de nosotros los párias de la Europa! ¿quiere que sirvamos de diversion á los viajeros,

mientras que ellos están gozando de todas las ventajas de los progresos morales y materiales?—En vano quise probarles que ese dicho, en un hombre tan ilustrado, contenia el mas bello elogio; puesto que preferia y ensalzaba nuestra nacionalidad sobre todas las ventajas y adelantos de otros paises ménos estacionarios: nada les hizo fuerza, ni pudo aplacarlos.

Esto te pinta el estado de la sociedad actual. Moralmente estamos á la altura de todo; materialmente, estamos atrasados. Nos sucede como al jóven, cuyas facultades vivas y tempranas están del todo desenvueltas, cuando su cuerpo enervado por males, golpes y heridas, no ha podido aun llegar á todo su crecimiento y desarrollo.

Yo, mi querido amigo, que no soy poeta como tú, estoy en un medio entre los extremos; y te confieso no me disgusta un poco mas de bienestar, aunque sea á costa de unas pocas antiguallas. En este punto no estoy de acuerdo con mi Tio. Y no porque este sea poeta ni artista, como puedes inferir: sinó por la razon natural de que nada de lo que es moderno puede gustar al que es antiguo; porque á los ochenta años, la costumbre todo lo ha arraigado; y á esa edad, (en que todo lo de aqui abajo es recuerdo, y nada esperanza), lo pasado es el todo. Mi Tio anatematiza lo moderno en general, y en particular, á los abogados, diciendo que son sempiternos é incansables habladores, ambiciosos,

que abandonan los sagrados deberes de su ministerio, por asuntos que no son, ni serán, ni deben ser de su incumbencia, puesto que el pais no debe ser gobernado sino por hombres de grandes y arragaidos caudales, que son los que tienen un verdadero interés en la paz y bienestar de aquel. A estos, por su posicion, les es imposible la ambicion, que es hoy dia el único y vil resorte y agente que mueve el alto poder de España, caido al suelo, y que se disputan una turba ansiosa, no para colocarlo en su alto y sagrado puesto, sino para pegar con él á sus competidores y arrancarles su oro. Cuidado, querido Paul, que esto lo dice mi Tio, servilon de siete suelas, como aquí se dice: yo, por mí, estoy léjos de tal exageracion de idéas.

No obstante, mi fin no es hacerte una descripcion de Sevilla, que verás por tus ojos, y observarás mas imparcialmente que yo, que tan pronto me hallo conmovido por un recuerdo, y tan pronto enagenado por una útil y vistosa mejora.

Mi Tio, que ha tiempo ha dejado de ejercer la abogacía, se ha retirado á una casita que ha labrado cerca de San Juan de Acre, en un barrio muy retirado. Esta casa, que ha arreglado con *amore* para acabar sus dias en ella, es, como él mismo lo dice, un *neceser* inglés; es decir, que encierra en poco espacio y en chico, todos los *comforts* ó comodidades de una habitacion de Sevilla.

El pequeño patio está enlosado de mármol; la

cancela, labrada con mucho gusto. En medio murmulla una fuentecita, saliendo de la base de una pirámide del tamaño de un pilon de azúcar. Al rededor hay macetas, del tamaño de pocillos, con *pensamientos*, albahacas y resedá. Detrás de la casa se halla un huerto grande, que es para mi Tio su Eden, y para mi Tia su arca de Noé. Una hermosa parra forma un emparrado que coge el frente de la casa. Mi Tia hace unos sacos de malla, que su Esposo arma con alambres, para cubrir con ellos los hermosos racimos de uva, y libertarlos de los furiosos ataques de las encarnizadas abispas. De cuando en cuando se organizan exterminadoras cacerías, en las que tu amigo se ha visto precisado á tomar parte. Mi Tio, el Nemrod de las abispas, abre la marcha llevando una caña de un largo exorbitante; mi Tia le sigue con una vela encendida y provision de estopa. Un gallego ridículo cierra la marcha, llevando un enorme pison ó maza, por el estilo de la que se pone en manos de Hércules.

Llegados que son á algun racimillo, que no ha participado del honor del vestido de malla, y que, por consiguiente, se vé cubierto de un ejército enemigo y devastador, mi Tio enciende en la vela un puñado de estopa afianzada en la caña; el racimo se ve, cual Sodoma, envuelto en llamas, y el suelo se cubre de cadáveres y moribundos enemigos. Entónces el farruco con su maza les cae encima, como Sanson sobre los filistéos, como Santiago sobre los

moros: la mortandad es espantosa, y los héroes se retiran triunfantes á descansar sobre sus laureles.

En el huerto ves, aquí un cuadro de violetas, rodeado de coles, que parecen feísimos enanos custodiando princesas encantadas; allá magníficos naranjos, árbol aristocrático, con sus hojas de terciopelo y sus flores de armiño, bajo las cuales mi Tia extiende esteras de palma, para recoger las flores que caen, y venderlas en la botica. Enormes moreras formarían una cueva sombría y fresca á la noria, si el farruco no tuviese órden de despojarlas de hojas para los gusanos de seda de mi Tia. En la hermosa alberca, nadan pececitos colorados y amarillos, en amor y compaña con los rábanos y lechugas, que allí se refrescan para la hora de comer. Aquí verás un magnífico mirto, en el que canta un ruiseñor á duo con unos patos, que se asustaron al vernos llegar. Allí un laurel, sobre el cual silba un mirlo divinamente, mientras que debajo del árbol, una gallina publica á voces que ha puesto un huevo para la cena de mi Tio.

Cuando veo estos contrastes reunidos, no puedo menos de sonreir, pensando que describiéndote esta habitacion, acaso te habria descrito á la actual Sevilla mejor que lo habia hecho al principiar mi carta.

Mi Tio come á las dos, y hasta las cuatro duerme la siesta: á las cinco voy á verle, y me quedo allá hasta la hora del paséo. Le hago hablar cuanto pue-

do. Felizmente, el placer de contar, tan general en la edad avanzada, la necesidad de actividad de cabeza, la locuacidad que requiere todo abogado, le hacen no pararse en el interés vivo y minucioso con el cual le escucho y pregunto. Su memoria es tan fiel y exacta; cuenta con tanto fuego y escrupulosidad, que yo seguramente olvidaría, al escucharle, el paséo, á no ser.... ¿porqué no decírtelo, mi querido amigo? ¿porqué no te he de confesar que porque en el paseo veo á Casta, es por lo que no puedo dejar de concurrir á él? No puedes creer el bien que le han hecho el viaje y la estada en Sevilla. Su palidez enfermiza ha desaparecido; es elegante, graciosa: aquí ha llamado la atencion de todos, y no se habla sino de la linda madrileña.

Me han llevado á casa del administrador de *** en donde se reune una numerosa tertulia; se juega, se canta, se baila; pero sobre todo.... ella concurre allí!...

Por desgracia, ahí encontré tambien á nuestro compañero de viaje don Judas Tadeo: parece que tiene aqui algunos negocios, por lo cual debe aun permanecer unos dias. Este ente insufrible persigue á la pobre Casta, que no sabe cómo verse libre de él.

Al pasar por el café del Turco, ví á Pedro de Torres predicando sus doctrinas demagógicas, haciendo prosélitos, y pagando el gasto á todos los pillos que le rodean.

He visto en casa de la marquesa de*** al General Peñafiel y su hijo, festejados, obsequiados, y tratados con un respeto y alta consideracion, que causarian envidia á todos los magnates del poder. Me alegré aunque no soy de su opinion; porque nada hace mas bien al corazon, que los homenajes rendidos á la desgracia: es la mas bella y noble de las oposiciones!

CARTA TERCERA.

El mismo al mismo.

Muy grato me ha sido, querido Paul, el placer que me dices te ha causado mi carta; añades estar impaciente por recibir otra, en que empiece por fin á referirte los recuerdos de mi Tio. Asi, sin mas preámbulo, empezaré la taréa prometida.

Antes de ayer, habiendo caido la conversacion sobre la dicha y la desgracia, mi Tio me dijo.

Es singular cómo la desgracia se encarniza sobre ciertas familias, y las persigue de generacion en generacion. ¿Es acaso alguna culpa de un antepasado, que pesa sobre su descendencia? ¿Es predestinacion, es fatalidad? Defínelo como cristiano ó como pagano; ello es que la cosa existe. He conocido desde mi primera juventud una familia marcada

con este incomprensible sello de desgracia; he sido testigo, y á veces actor, en ese prolongado drama. Y conservo un recuerdo tan doloroso, una impresion tan destrozadora, que evito cuanto puedo pensar en ella.

Comprenderás, Paul, que hice á mi Tio las mas vivas instancias para que me comunicase esa historia de tan transcendental infortunio.

Instábale de tal suerte, que no me fué difícil lograr vencer su repugnancia, y decidirle á complacerme. En cuanto á mí, estaba tan contento de hallar la ocasion de cumplirte mi oferta, que mi Tio debió agradecer el extraordinario interés con que me puse á escucharle.

Yo era muy jóven,—asi empezó mi Tio,—apénas tendria veinte años, cuando mi Padre, que era amigo de cacerías, me llevó consigo á Dos Hermanas, pueblecito, que como sabes, está á dos leguas de aquí. Fuimos á parar á la hacienda de uno de sus amigos, y me envió al punto á avisar á un cazador de profesion, que los acompañaba siempre, y dirigia la cacería.

Yo conocia mucho á aquel hombre, porque venia muy á menudo á casa, en Sevilla, con su muger, á la que mi madre queria mucho.

Tio Antonio Ortega, era un hombrecito flaco, que hablaba poco, se movia con despacio, pero era incansable y hacia ocho leguas en un dia sin cansarse. Se notaba en él una especie de paralizacion

moral y física, que formaban el mas vivo contraste con la viveza, la petulancia y la locuacidad de su muger. Tia Juana era pequeña y delgada, y tenia el corazon de una tórtola, y el entendimiento y agudeza de un estudiante; siempre alegre y festiva, siempre de broma, todos la buscaban y la querian. Eran las gentes mejores que se puede dar; honrados, generosos, de nobles y cristianos sentimientos. Jamás, en la larga série de años que los traté, se desmintieron ni una sola vez estas virtudes. Pero prosigamos; que ya aprenderás á conocerlos en el discurso de mi relato.

Cuando llegué á casa del tio Antonio, hallé en el umbral de la puerta á una jóven. Estaba liada en una mantilla de bayeta amarilla, guarnecida con una cintita de terciopelo negro, que llevaban entonces las mugeres en lugar del pañolon que llevan hoy dia.

Esta mantilla la tapaba de modo que solo se veian su frente y sus ojos, negros como el terciopelo de su mantilla: estaba apoyada contra el quicio de la puerta. Sus pies pequeños y bien calzados, estaban cruzados, de modo que el uno tocaba el suelo tan solo con la punta. Escondia sus brazos debajo de la mantilla para abrigarlos.

Esta postura le daba un airecito desvergonzado y altanero, bastante general en las mugeres españolas.

Cuando llegué, no se movió, no dijo una pa-

labra; no hizo sino echarme con sus ojos negros una mirada tan poderosa y altiva, que hubiese causado envidia á una Reina absoluta.

—¿Vuestro Padre? la dije.

—No está aquí.

—¿Donde está?

—No sé.

—¿Cuando vendrá?

—No sé.

—Tengo que hablarle.

—Búsquele Vd.

—¿Y dónde le busco?

—Qué sé yo.

—Mire Vd., la dije picado de su desabrimiento, que yo no vengo á pedirle nada,

—Es que no está ahí ni para los que traen, ni para los que llevan.

Le volví la espalda é iba á alejarme, cuando llegó su madre. Tia Juana era el reverso de la medalla de su hija. Jamás ví una muger mas naturalmente amable, agasajadora, amiga de servir y complacer.

—Bien venido, D. Justito, me gritó desde que pude verla. ¿Su señor padre ha llegado? ¿Van Vds. mañana de cacería? ¡Dios mio, y Antonio aun no ha vuelto! Iba lejos el pobrecillo; iba al rio en busca de gallinetas; pero no puede tardar. Entre Vd., entre Vd., descanse Vd.—Anica, ¿porqué no hiciste que entrase este señor, y se sentase?

Mas cuando su Madre se volvió, Anica habia desaparecido.

Tia Juana se quedó suspensa, volviendo la cabeza á derecha é izquierda, y dijo á media voz:

—¡Vaya con la política!! Pero eso es ese diablo de Serrano, que la oprime siete veces mas que pudiera hacerlo la regla de un convento.

—¿ Qué Serrano, tia Juana?

— Su novio, su novio, D. Justo. ¡Mal haya su pelo! que es mas celoso que Mahoma.

—¿Se va á casar?

—Ellos quieren casarse; pero su Padre no quiere, ni yo tampoco.

—¿Y porqué?

—Porque se la quiere llevar á Zahara, á la Sierra de Ronda, y no queremos separarnos de ella.

—Pero esa no es razon, Tia Juana, para impedirles que se casen, si se quieren. ¿No hay otra?

—No señor. El es un muchacho bueno, jóven, de buen parecer, de buena gente, que está acomodadito. No tiene un pero.

—Pues entónces, Tia Juana, no hay nada qué decir.

—Hay que decir, repuso la Tia Juana, que su Padre no quiere; y que Tio Antonio, que parece una luz á medio apagar, en diciendo que no, es mas terco que un mulo.

—¡Tia Juana! Tio Antonio perderá el pleito.

—Ya se lo he dicho; pero, ¿sabe Vd. lo queme

contesta? que le doy alas á la niña. Mas ahí está! Entra, entra aprisa, Antonio; que parece que te vienen apretando los zapatos. ¡Suelta, anda! ¡qué *paverío*! á tí te ha de ahogar una viveza; te lo tengo dicho. Aqui está D. Justito; mira ¡seis gallinetas!.... ¡qué hermosura! Aqui las tiene Vd.; se las llevará Vd. para cenar, D. Justito.»—

En este instante, amigo mio, y cuando mas interesado estaba con los dos buenos esposos y su picante hija, la puerta se abrió, y vimos entrar,—adivina á quién: á D. Judas Tadeo Barbo. No puedo decirte hasta qué punto me incomodó su visita.

Mi Tio le recibió como á un conocido antiguo pero con un poco de esa sequedad que da el deseo de acortar la entrevista con una persona majadera por naturaleza, y grosera sin saberlo.

—¡Cuánto siento, D. Justo, dijo, que haya Vd. cerrado su bufete! no hallo abogado que me llene; y así vengo á pedir á Vd. un consejo como amigo.

—Estoy á vuestro mandato, contestó mi Tio.

—Sabrá Vd., pues, amigo y dueño, prosiguió Don Judas, que hay en Jerez un farsante, jugador, derrochador, republicano, malísima cabeza, que me ha tomado á mí por blanco de sus pesadas chanzas. He querido pagarle en la misma moneda; pero como todos los pilluelos están de su banda, siempre quedo debajo; y ha logrado hacerme objeto de risa para todos.

—Pero, señor D. Judas, contestó mi tio, ¿qué

quiere Vd. que yo le haga á eso? No puedo sino aconsejarle que no dé importancia á esas majaderías.

—¡Que no les dé importancia! repuso D. Judas, aguarde Vd., aguarde Vd. que se las cuente. Vd. verá; y si sus ochenta otoños no han helado la sangre de sus venas, verémos si piensa que no tienen importancia.

Debo advertir á Vd. que me han dado la cruz de Cárlos III. El otro dia, domingo, salgo todo vestido de nuevo, y llevando mi cruz; entro en el café; por desgracia, la primera persona que me echo á la vista, es él. ¡El! ¡Ese Pedro de Torres que Dios confunda!—¿Qué es eso? me gritó desde que me vió. ¿Qué es eso? apreciable paisano, D. Judas Tadeo y no Iscariote?—(¡siempre me llama asi!)—¿Desde cuando tiene Vd. la pretension de hacer de su abdómen un calvario?

Yo temblaba de rabia y de miedo de que me fuese á hacer en público una escena á su manera; pero por no parecer intimidado, le contesté:

—Desde que el diablo me persigue.

—¿Está Vd. aun con supersticiones? ¡No le faltaba sino ese perfil á su estupidez! Pero digo á Vd. que nos participe las razones que ha hecho valer para obtener esa cruz de *mérito*.

—No tengo, respondí, que darle á nadie cuenta de mis méritos. Pero Vd. que ha estado en Francia, deberia saber que S. M. Luis Felipe dá cruces á los

criadores y engordadores de ganado. Y siendo Vd. de Jerez, no deberia ignorar que yo soy el primer criador de ganados, y que mis toros.... mis potros.....

—¡Ah! ¡Eh! ¡Ih! ¡Oh! ¡Uh! replicó, haciendo en cada exclamacion una mueca, la una mas horrible que la otra. ¿Y dánse tambien cruces á los que crian y engordan los mejores pavos? En ese caso reclamaria una para mi capataza. ¡Oh Cárlos III! ¡Gran zoquete de rey! ¡Si supieses á dónde ha venido á parar tu condecoracion! ¡Nene! ¡Nene! ¡Daca el juguetillo, que lo veamos!

—Déjeme Vd. en paz, le dije furioso. No estamos todavía en vuestro *falansterno*, donde todos son iguales; estamos en donde un hombre que el Gobierno premia, vale y supone mas que otro á quien destierra, (pues debe Vd. saber que él ha sido desterrado de Madrid.) Me lisonjeaba de haberle picado y herido; pero me engañé, porque me respondió con su maldita flema y su gran fachenda:

—Mi destierro, respetable condecorado, es mas honorífico que vuestra ridícula cruz, que os pone en el número de los hombres serviles, vanos, bajos y dependientes.

—¡Servil! ¡dependiente yo! exclamé fuera de mí, yo, que posco un millon de duros! Vd. que cacaréa mas que un gallo, ¿sabe Vd. lo que he hecho yo? Yo, Judas Tadeo Barbo, que no ha tenido ningun abuelo matado por moros; yo, que no ando me-

tiendo pergaminos por los ojos á nadie; yo, que no miro por cima del hombro á nadie, sino al que debe y no paga? Pues sepa Vd., señor independiente, que cuando el Rey Fernando VII estuvo en Jerez en el año 23, le hablaron de un caballo que yo tenia, y que era por cierto el mejor de Andalucía: quiso verlo y le gustó. ¿No le habia de gustar? Me lo dijeron, con idéa de que se lo ofreciese; pero yo le mandé á decir al Rey, al Rey absoluto con su corona puesta, que el caballo estaba muy para servir á su amo. Eso he hecho yo, ¡yo! ¿Lo haria Vd. con toda su arrogancia?

—No; me respondió el insolente, no; porque para hacerlo, es preciso haber nacido gañan, y yo nací caballero.»

Difícil me seria, Paul, pintarte la impresion que este rasgo bajo, grosero é insolente de D. Judas, hizo en mi Tio, anciano, criado en todos los sentimientos monárquicos, generosos, corteses y caballerosos de la vieja España. Hizo un gesto de impaciencia, y dijo:

—Pero, señor D. Judas, ¿qué puedo yo hacer en todo eso? ¿En qué pueden mis consejos seros de utilidad? ¿Las leyes, qué tienen que ver con esa ensarta de chanzas pesadas é insolencias mútuas?

—Lo que va referido, contestó D. Judas, no es sino el preámbulo; ahora sabrá Vd. lo esencial. Ha pocos dias estaba yo en la ópera; representaban la Somnámbula; y el sueño se me pegó. Eché un

sueñecillo, y me desperté al oir una risa general: abro los ojos; el telon estaba echado; me levanto; la risa aumentaba. Pero... ¿qué es lo que hay? pregunté á mi vecino, que era persona formal.—Llévese Vd. la mano á la cabeza, me contestó. Me apresuro á hacerlo: ¿qué es lo que hallo? un tremendo gorro de granadero, de papel. ¡D. Justo!..... Tenia escrito con grandes letras:

«JUDAS TADEO, Y NO ISCARIOTE,
«RECOMPENSADO POR EL DIFUNTO CÁRLOS III,
«POR LA HERMOSURA DE SUS BUEYES Y DE SUS BURROS.»

Y á esto, oia la risa grave en el patio, solapada en los palcos, ruidosa en los segundos, y chillona en la cazuela. Ahora, figúrese Vd. mi vergüenza y mi furor! Cojí el maldito gorro, y me fuí al palco de la Autoridad á quejarme al Alcalde. ¡Fué en vano! Al impertinente Alcalde poco le faltaba para reirse en mis barbas! Pero estoy decidido, aunque me cueste dos ó tres talegas, á que se me haga justicia por via de los tribunales; y vengo á pedir á Vd. que me dirija en este asunto.

—Don Judas, dijo mi Tio, busque Vd. un abogado mas avezado y mas jóven que yo, que tenga mas nervio y mas conocimientos. Yo por mí solo puedo aconsejar á Vd. que olvide lo pasado, y no se exponga mas en lo succesivo.

—¡Bonito consejo! exclamó D. Judas: se ha pues-

to Vd. muy viejo, D. Justo; y ha hecho Vd. bien en cerrar su bufete. ¿Con que me manda Vd. á paseo, como ese zoquete de alcalde moderado lo hizo, seguramente por miedo de meterse con un republicano? ¡Alcalde de chichinabo! Moderado por fin! Porque moderados, exaltados, republicanos y carlinos, tan buenos son unos como otros, y pueden arder en una hoguera. ¡Por eso es que yo no tengo opiniones ni principios! De ello me vanaglorío.

— Os he indicado, dijo mi Tio, el único medio razonable que veo para un hombre de edad, de contrarestar las vejaciones de un jóven de poco seso.

—Entónces, repuso D. Judas, ya sé lo que me queda que hacer; y es cortarle el pico y las garras á ese ave de rapiña. Yo le aseguro que no se ha de divertir mas con el hijo de mi madre. Y para volverme de esta suerte ¿valía la pena, añadió cojiendo su sombrero, de venir á buscar á Vd. aqui, donde Cristo dió las tres voces, y donde se ha metido Vd. á vegetar con sus coles?

CARTA CUARTA.

Del mismo al mismo.

¡Cuánto siento, amigo mio, que la interrupcion que causó D. Judas te haya impacientado y aburrido!

Lo mismo me sucedió á mí; pero yo te cuento las cosas tal como van pasando. Ya que les has tomado cariño y tienes interés por nuestros amigos de Dos Hermanas, proseguiré en la relacion que mi Tio me hizo al siguiente dia:

»Un año habia pasado desde la cacería de que te hablé, cuando ví entrar un dia en el estudio de mi Padre á la Tia Juana y su marido; estaban de luto rigoroso.

La pobre muger echó á llorar amargamente, mientras su pobre marido bajaba la cabeza para ocultar sus lágrimas.

—¿Qué es eso? dijo mi Padre levantándose, y yendo al encuentro del afligido matrimonio.

—¡Qué! dijo la Tia Juana, ¿no sabe Vd?

—No; ¿el qué? pero vengan Vds., (dijo mi Padre, para sustraerlos á la curiosidad de los pasantes), y se los llevó á los cuartos de mi Madre: yo le seguí.

Cuando mi Madre hubo hecho beber agua á la pobre muger, y se hubo calmado algun tanto el acceso de dolor que la sofocaba, nos hizo la relacion siguiente, mil veces interrumpida por sus lágrimas y sollozos.

—Hay un año que mi hija, habiendo por fin logrado el consentimiento de su Padre, se casó con su novio, que se la llevó á Zahara.

Sabíamos á menudo de ellos; vivian felices hasta no mas; prosperaban, habian puesto una tien-

decita, que mi yerno abastecia, trayendo en sus viages de retorno cuando iba á Sevilla, todo lo necesario. Mi pobre Anica se hallaba en meses mayores. Un dia, estando sentada cosiendo la canastilla detrás de su mostrador, vió entrar en la tienda un mendigo forastero. Era horroroso. ¡Ay, señor! ¡me lo han descrito tantas veces, que os lo podria dibujar! Era alto; sus cabellos ásperos como crines, se erizaban en su cabeza, como cerdas de jabalí. Sus ojos hundidos y su nariz aplastada, daban á su cara el aspecto de una calavera. Llevaba un tosco sayal hecho girones, y atado á su cuello desnudo por un hilo acarreto. Sus piernas rojas é hinchadas, estaban envueltas en trapos manchados de sangre. Al llegar frente de mi hija, se paró, abrió la boca cuanto pudo, formando al mismo tiempo una especie de rugido hueco é inarticulado; entónces se pudo ver que no tenia lengua. ¿De qué manera ó por qué accidente habia sido privado de ella? esto es lo que nunca se ha podido saber. ¿Fué una operacion que un cáncer hizo necesaria? ¿Fué qué siendo soldado una bala se la partió? ¿Era un castigo? ¿Era una venganza? ¡Dios lo sabe!

Mi hija, á su vista, se sobrecogió tanto, que quedó aterrada; pero, habiendo repetido el pobre su rugido lastimero, Anica se levantó precipitadamente, entró en la trastienda, en donde abrió con priesa y ruidosamente un cajon en que guardaba el dinero que hacia en su tienda, tomó una moneda,

y volvióse á la tienda para dársela al mendigo; pero éste habia desaparecido.

Mi hija extrañó ese repentino desaparecer; abrió la puertecita del mostrador, y salió á la puerta de la calle; pero por mas que miró, no vió al pobre. —Parece que se lo ha tragado la tierra, pensó; pero quizás habrá entrado en casa de alguna vecina.—

Volvióse á su sitio y se sentó; pero séase que la vista de aquel hombre fuese realmente aterradora, ó séase efecto de su estado de preñez, el horrible aspecto del pobre la persiguió como una horrible vision.

Pasó el dia agitada y calenturienta, repitiendo sin cesar:—Pero Dios mio, ¿por dónde se desapareció ese hombre?

A la noche entró su marido. Jamás seguramente en su vida se halló mas feliz, viendo á su lado á un jóven tan hermoso y tan fuerte, que con una mano paraba á un mulo reacio y asombradizo, y con la otra sostenia su carga de diez arrobas.

La casa tenia otra puerta cerca de la principal, por la que entraban las bestias; las que, siguiendo un corredor ó callejon largo y angosto, llegaban al corral de la casa, donde se hallaban las cuadras.

En la trastienda, que era tambien cocina, habia una escalerita de ladrillo que llevaba al *soberado*.

Este estaba partido en dos; una parte era la alcoba en que dormia el matrimonio; la otra, un granero.

Cuando mi yerno hubo dado el pienso á sus mulos, los esposos se pusieron á cenar; pero la cena, por lo regular tan alegre, fué triste.

Mi pobre hija no pensaba, no hablaba sino del mendigo. Estaba tan atemorizada, que á cualquier ruido se estremecia, y miraba por todas partes con ojos despavoridos, estrechándose contra su marido.

—Anica, tú estás loca, le dijo éste riéndose; ¿es este el primer pobre feo, mudo y *jarapastroso* que has visto en tu vida? Ese pobre podrá servir para meter miedo á tu niño cuando nazca; pero que asuste á una muger de razon, eso parece mentira.

—Es, respondia mi hija, que se desapareció como una vision.

—Desapareció á tus ojos. Claro está que entraría en alguna casa vecina, ó que se echó á descansar en algun zaguan. Vamos á acostarnos, muger; mañana ya no te acordarás de ese infeliz.

Subieron y se acostaron. Mi yerno, cansado, no tardó en dormirse.

Desde que mi hija aguardaba su parto, dejaba una mariposa encendida sobre una mesa que estaba cerca de la puerta. La infeliz no podia dormir. Rezaba todos sus rezos; los acababa y volvia á empezar; porque tenia ante sus ojos al pobre, y en sus oidos su ronco graznido.

Asi pasó tres horas. En el pueblo reinaba el mas profundo silencio, pues en los pueblos de campo el trabajo del dia prepara profundo reposo de noche

—El gallo no canta, pensó Anica, y deben de ser ya las doce. ¡Cuándo, Dios mio, vendrá el dia, como un amigo querido y largo tiempo esperado! ¡Cuándo saldrá el sol de Dios!

A poco, le pareció oir un leve ruido á la puerta; su corazon saltó como una mina. Se estrechó á su marido, clavando los dedos en su brazo con fuerza convulsiva.

Mi yerno, que esta opresion lastimó, se quejó entre sueños, y se volvió hácia la puerta sin despertar.

En este momento se abrió ésta poco á poco y sin ruido. Y mi hija, á quien petrificaba el asombro, vió asomarse la horrorosa cabeza del mendigo, el que miró con despacio el cuarto, fijó la cama, y apagó la luz de un soplo.

Mi hija oyó pasos acercarse. El instinto de la conservacion se despertó en ella en aquel instante fuerte y enérgico. Se dejó resbalar de la cama al suelo, y arrastrándose como una culebra, se fué hácia la puerta. Oyó un golpe. ¡Vírgen Santísima! ¡aquel golpe era el de un puñal, que atravesaba el pecho á su marido! Cayó de cara contra el suelo con un hondo gemido. El asesino la oyó, y dió un paso hácia ella; pero en este instante, mi desgraciado yerno, en las fatigas de la agonía, se echó fuera de la cama, gritando: ¡Jesus me valga! ¡Soy muerto!

Aquí la desgraciada Madre no pudo seguir; los sollozos la ahogaban. Tio Antonio se tapaba la cara con su ancho sombrero. Mi Madre lloraba á

lágrima viva, y mi Padre y yó no estábamos ménos conmovidos!

—¡Oh! ¡qué infame! ¡qué inícuo! exclamó mi Tio. ¿No hubiera podido robarlos sin asesinarlos?

—Por desgracia, respondió la pobre Madre, se habian traido el dinero á su cuarto, y mi yerno no era hombre de dejarse robar fácilmente. El mónstruo, prosiguió, se dirigió hácia su víctima, y la volvió á echar sobre la cama. Mi hija pudo entónces llegar á la puerta, se precipitó por la escalera, corrió á la calle dando gritos desesperados, y vino á caer moribunda sobre el umbral de la puerta de una vecina.

Al oir sus voces desesperadas, los hombres del lugar se levantaron, y salieron armados de cuanto á mano hallaron; chivatas, escopetas, hoces, garrotes ó cuchillos. Asi pudieron apoderarse del foragido, que reiterando su graznido, ya no lastimero, sino furioso y amenazador, blandía el puñal, por el que chorreaba la sangre caliente aun de su víctima.

Entretanto, mi desgraciada hija, en el delirio de una calentura mortal, entre convulsiones y ademanes desesperados de dolor, expiraba, dando á luz dos ángeles, que han entrado bajo terribles auspicios en este valle de lágrimas!»

El dolor de la infeliz redobló al concluir su cruel relato, mientras que la consternacion que habia producido en nosotros, helaba sobre nuestros lábios toda palabra de consuelo.

—Señores, dijo al fin la pobre Madre, yo abuso de vuestra piedad, haciendo tan larga una relacion tan triste. Voy á decir el motivo que nos trae á molestar á Vd., con pedirle un favor.

El inícuo facineroso fué llevado á Ronda, en donde se le sigue su causa. Hace dos dias, se presentó en casa una muger; esta muger era la suya.

—¿Del asesino, del malvado? preguntó mi Padre.

—Sí, señor. Venia á pedirnos un auto puesto por un abogado y firmado de tres escribanos, en el que constase nuestro perdon. Lo necesita para la defensa de su marido.

—¿Y Vd. quiere?..... dijo mi Padre.

—Que nos haga Vd. el favor de extenderle, repuso la Tia Juana.

—¿Y Vd. concede el perdon, Tio Antonio? preguntó mi Padre, volviéndose al anciano.

—¿Y qué, señor, contestó el Tio Antonio; es acaso el perdon cosa que se niega?

—Y si no, añadió la Tia Juana, ¿con qué boca le diríamos á Dios todos los dias: «perdónanos, asi como nosotros perdonamos?»

CARTA QUINTA.

Del mismo al mismo.

Me ví forzado, querido y buen amigo, á concluir de trompon mi carta anterior. Me alegro que

te haya interesado, y tambien prevenido en favor de nuestra tia Juana y su marido.

Tienes razon en decir que los modernos filántropos se revuelcan voluntariamente en el fango de la sociedad, para buscar en este fango y ostentar á la vista del público, todos los vicios, aun los mas ocultos, que por respeto á la dignidad social deberian cubrirse con un velo; mientras que si, por casualidad, pintan la virtud, es para hacerla víctima del vicio. Acaso piensan hacer un bien á la sociedad, con esta nomenclatura de vicios, bajezas, picardías é infamias! Es difícil el comprenderlo. Pero es sobre todo una injusticia. Se puede afirmar sin temor de equivocarse, que hay mas bien y mas virtudes ocultas, que maldades y vicios; por la sencilla razon de que el mal hace ruido, y el bien no lo hace. Da de comer á un infeliz que se muere de hambre: nadie lo sabrá. Pero que éste mismo te robe á la puerta de tu casa: ese hecho será pábulo de conversacion para toda la sociedad; y no contento con eso, vendrá á lucir entre las *noticias interesantes* de un papel público.

Si hubiese tribunales para recompensar el bien, como los hay para castigar el mal, estarian seguramente mas ocupados que los otros. Goethe, que no era por cierto demasiado optimista, lo ha dicho: «¿A qué andas buscando el bien cuando tan cerca lo tienes? *Quiere hallarlo, y lo hallarás.*»

La triste historia que mi Tio me contó, llenó toda mi carta anterior, y nada pude añadirte de mis propios asuntos.

Reclamo mi parte en tu interés, sobre todo ahora que padezco, y siento necesidad de desahogar mi corazon en el de un amigo. Mi querido Paul, yo he sido en un dia el mas feliz, á la par que el mas desgraciado de los hombres.

Pero para enterarte bien de todo, te contaré una *gira* á que hemos concurrido todos los contertulianos.

Una gira es lo que Vds. denominan por la voz inglesa *pic-nic*; banquete, al cual cada uno contribuye con su plato.

Esta clase de diversion me disgusta á lo sumo; aunque por eso me llames puritano en placeres, como sueles hacerlo.

Se decidió que iríamos un domingo embarcados á San Juan de Alfarache, un lugar pequeñito al borde del rio, cerca de aqui.

Salimos ayer, domingo, á las diez de la mañana. Me hallaba en el mismo barco con Casta y su Madre: era el último. Apenas nos habíamos alejado de la orilla, cuando vimos llegar á D. Judas, todo sofocado, llamándonos, y graznando como un cuervo. Tuvimos que volvernos atrás para que entrase en la lancha.

—El caso es, gritaba, que soy, como Vds. saben, el encargado de los dulces. El confitero no

sabia como enviarlos á San Juan, y he tenido yo mismo que correr con eso. Ea, ya estamos todos.— Rema, animal anfibio. ¿No se dice asi, fiscal? Mira, si llega otro atrasado como yo, hazte el sordo; ¿oyes, trasero embreado? Buenos dias, señores. Castita, á los pies de Vd. ¿No puede Vd. hacerme un ladito?

—Lo siento, respondió Casta; pero ya ve Vd. que no hay sitio.

Es de advertir que Casta estaba sentada entre su Madre y tu amigo.

—¡Ya veo! ¡ya veo! dijo D. Judas. ¡La plaza está cercada! Por un lado la defienden; por el otro la atacan. ¡Ha! ¡ha! ¡ha! ¡ha! me pondré al frente, y formaré el cuerpo de observacion.

Yo estaba volado; ¿pero qué habia de hacer? De buena gana hubiera zambullido en el rio al insolente!

Al llegar, hallamos los muchachos encargados de recibirnos y llevarnos á la casa que se habia preparado. Era chica; pero tenia un buen comedor abajo; arriba, una sala bonita con una azotea y vistas al rio, de las mas bellas del mundo. ¡Ahí está Sevilla! exclamé, cuyo nombre sólo conmueve al poeta, al historiador, al artista. Sevilla, que con su vestido moruno, y coronada de su grandiosa y sublime catedral, parece una hermosa sultana convertida! ¡Sevilla, que se dora con sus recuerdos, y se perfuma con sus naranjos!

Uno de los jóvenes que me oyó, me dijo:

—Y pronto, solo recuerdos le quedarán; porque el moderno vandalismo va destruyendo todas sus antigüedades, y borrando su fisonomía. Han quitado la *Cruz de la Tinaja* en la Alameda vieja....

—Buen disfraz era! dijo D. Judas; hicieron bien.

—¿Usted ignora que era un monumento histórico del tiempo de D. Pedro el Cruel, repuso el jóven, y que estos son sagrados en todos los paises? Han quitado, bajo diferentes pretextos la magnífica Cruz de la Cerrajería, el arco fenicio de cerca del Alcázar, etc., etc.

—¡Bien hecho! ¡bien hecho! dijo D. Judas, eso es arrancarla las canas.

El jóven alzó los hombros, y prosiguió mirando á Sevilla:

—¡Pobre Matrona, Reina de dos mundos en tu dia, y gloria de España! Te cayó la maldicion de la gitana, á tí, madre de héroes: «en poder de chiquillos te veas!»—¡Sí! de noche gimes con tus ruiseñores, suspiras con tus auras, y lloras con tus fuentes.

—¿Qué llora Sevilla? exclamó D. Judas. ¡Ha! ¡ha! ¡ha! ¡ha! sí, por sus husillos; ¡ha! ¡ha! ¡ha!

—No tiene Vd. precio para poeta, dijo Casta, volviéndole la espalda.

—¿Qué es poesía? dijo D. Judas: doy cuatro cuartos al que me lo explique. Lo mismo es esa palabra melíflua que el ave Fénix, de quien todos

hablan, como dice la copla, y nadie lo ha visto.

El calor se hacia sentir; las señoras entraron en la sala, se quitaron sus velos de tul negro, y se pusieron flores en las cabezas. Casta se retorció por su rodete una rama de yedra, entretegida con rositas punzó. ¡Ay Paul, qué bonita estaba!

Formaron partidas de tresillo y de ajedrez. Don Judas se puso á hacer una multitud de suertes para divertir á la gente moza. Casta se salió y se sentó en un banco de ladrillo, que estaba en la azotea á la sombra. Sobre este banco estaba una señora de edad, que hablaba sobre un asunto que parecia interesarle mucho, con el Administrador. Me senté junto á Casta. En este feliz momento parecíamos separados y olvidados del universo entero.

¡Qué magnífica vista! le dije, ¡qué delicioso es San Juan! ¿No os parece, Casta, que tiene sus flores para perfumar, sus ruiseñores para cantar, y su cielo para sonreir á un amor mútuo? Pero todo lo que nos rodéa y ensancha el ánimo, si bien debe exaltar la felicidad, debe igualmente acerbar los dolores del que padece.

—¿Para qué, respondió Casta, pensar en goces exaltados, ni en dolores acerbos? ¿No es preferible dejar correr la vida tranquila como ese rio?

Si en ello pienso, Casta, la contesté, es porque para mí no hay alternativa, y porque no me levantaré de aquí, sin ser el mas feliz ó el mas desgraciado de los hombres.

Se sonrió, deshojó una rosa de pasion que tenia en la mano, gustó la miel que tenia, y me dijo:

—Deme Vd. un duro.

—¡Un duro! dije dándoselo, ¿y para qué?

—Vamos á jugar la suerte de Vd. á cara y cruz.

—¡Casta! ¡Casta! exclamé, ¿asi se hace Vd. la desentendida? ¿Es acaso para no herirme con un desprecio, y desesperarme con un no?

—¿Que sí, ni que nó? preguntó con una maliciosa y graciosa sonrisa.

—¿Ahora estamos ahí? exclamé exasperado y levantándome.

Me detuvo por un ramo de lilas que yo tenia en la mano.

—¿Temeis un nó de mi Madre? me dijo; haceis mal. Mi pobre Madre no es interesada.

—Poco me faltó para caer de rodillas ante ella. Esas dos palabras, tan buenas, tan sencillas, tan naturales, habian, por decirlo asi, fijado y aclarado nuestra situacion. Sin hallar palabras para contestarle, llevé á mi boca y besé el ramo de lilas que ella habia tocado, y que me habia detenido á su lado.

Figúrate, amigo mio, una *sala* de ópera, en la cual en una abstraccion completa, el público escucha alguno de los divinos trozos de Rossini; y que en medio de esta celestial armonía, se desplome el techo del edificio con estrépito: lo que ese público debió sentir lo sentí yo, cuando de repen-

te oí cerca de mí la voz ronca de D. Judas que decia:

—Pero, señores, ¿dónde está metida Castita? Se ha perdido de ver todas mis suertes. Saque Vd. un naipe, Castita.... mírelo Vd..... vuélvalo á meter en el juego, y baraje aunque sea hasta mañana, que yo lo reconoceré entre todos, tan solo por haberlo tocado esos deditos. Por lo que toca á usted, amigo fiscal, abandonad el puesto; que viene el relevo.... embargo á Castita. Ya la requebró usted bastante en la lancha.... á cada uno su vez. Soy viejo; pero los ojos son siempre niños.

—Vaya, D. Judas, dijo el Administrador, contentísimo de zafarse de las plegarias de la anciana señora; no sea Vd. como el perro del hortelano, que ni come, ni deja comer.

—No viene al caso vuestro refran, señor Administrador, respondió D. Judas; pero sí el que dice que «á gato viejo, rata tierna.»

Uno de los jóvenes encargados en la comida, llamó á D. Judas, y le dijo: nos vamos á poner á la mesa, y el mayordomo me acaba de decir que los dulces y tortas no han llegado.

—No tengas cuidado, contestó D. Judas con arrogante entereza; pongámonos á comer, cuanto antes mejor; que los dulces no faltarán á su debido tiempo.

Nos pusimos á la mesa. De cuando en cuando echaba D. Judas por la ventana una mirada á hur-

tadillas, pero como el camino que se veia estaba solo, murmuraba entre dientes: ¡malditos gallegos!

La comida se acercaba á su fin; ya traian la fruta, cuando se oyó un grande estrépito á la puerta de la calle.

—¿Sois vos, gallegos malditos, tortugas del demonio? gritó D. Judas.

—Si señur..... si señur.... respondieron cuatro voces de gallegos con su tan sabido acento.

—Entrad, pues, por todos los santos del cielo! autómatas estúpidos.....

Un gallego, negro de colorado y chorreando sudor, metió su gran cabeza con su gorro de lana colorado, por la puerta entreabierta, y dijo: Señur, es que lu que trallemus non puede entrare pur la puerta.

D. Judas se levantó consternado. Todo el mundo hizo lo mismo; unos corrieron hacia la puerta, y otros se asomaron á la ventana.

Ruidosas y alegres carcajadas formaron un coro general, entre medio de las cuales se oia la voz de D. Judas, disputando con los gallegos, y haciendo esfuerzos por ver si podia colar por la puerta una torta monstruosa, un promontorio de dulces, que merece una descripcion particular, puesto que no se puede uno formar idéa de ella sino habiéndola visto. Cinco ó seis tortas de diferentes pastas y diferentes tamaños, estaban sobrepuestas unas á otras, formando una pirámide, que concluia

por un piñonate; que á su vez era coronado por una figurita bastante grotesca, que creo representaba á la Victoria, y que en una mano tenia una bandera, y en la otra un enorme corazon de azúcar color de rosa, atravesado por una flecha disforme, cuyas plumas habrian salido de la cola de una gallina del confitero.

Sobre los escalones ó gradas, que iban formando las tortas á medida que se iban achicando, habia ido colocando el confitero muestras de cuanto su tienda contenia. La mayor la rodeaba una orla de canarios de tamaño natural, rellenos de anises. Frutas de todas especies, adornadas de sus hojas hechas de papel; pastillas de todas clases; yemas compuestas de mil maneras; botellitas de azúcar transparente llenas de licores de diferentes colores; frutas encarameladas; canastillos de alfeñique llenos de anises y grageas; mazapan: merengues, innumerables especies de golosinas se aglomeraban como un ejército en un castillo. El todo, adornado de banderitas, de arcos y flores contrahechas, de hechuras y colores incalificables. Esta pirámide de Egipto no habia hallado ni plato ni batéa proporcionados á su tamaño. Asi, habia sido colocada sobre unas tablas, debajo de las cuales pasaban fuertes sogas, que las suspendian á las palancas de los gallegos.

—¿Qué burro de albañil ha labrado esta casita? gritaba D. Judas, y dado la medida para esta puerta al tamaño de sus alcances?

Don Judas exasperado ya por este contratiempo ridículo, que quitaba todo el lucimiento á su grandioso obsequio, se acababa de desesperar con una turba de pilluelos, que formando círculo al monte enconfitado, trataban con el mayor descaro de apoderarse de lo que pudiesen, mientras que los gallegos sofocados los apartaban á voces y á puntapies.

—Nu hay mas, mi amu, decian; ó mande agrandare la puerta ó achicare la turta.—¿Quieres, maldito, sultar la bandeira, ú te partu en dos comu la turta?

El chiquillo ya estaba léjos, devorando una pera, y blandiendo una bandera por cima de su cabeza, cual troféo victorioso.

—En fin, mi amu ¿qué determina? decia otro de los mandaderos; que nus teneimos que volvere á la villa: no nos pudemos entretenere.—Ese rapaz se lleva un pajariñu y una rusiña. ¡Ajuarda, ajuarda! fillu de Barrabás! que voy á te enseñare á rubar, antes que aun sepas te presinare.

El hijo de Barrabás se habia subido ya á la cumbre de un vallado alto, se habia colocado la rosa sobre su sombrero viejísimo, y le enseñaba al gallego el pájaro, cantando: ¡quíquíriquí!

Me van á volver loco, gritaba D. Judas, tapándose con sus manos ambos oidos,—¿qué hacer, Dios mio, ¿qué hacer? En fin, partan la torta, antes que esa echadura del infierno se la lleve toda á trozos.

Vamos, gallego, dame, ante todas cosas, la muñeca que está allá arriba, para obsequiar con ella á quien compete.

El gallego, alzándose sobre las puntas de los pies, alcanzó la figurita con su gran corazon y su pequeña bandera, y se la entregó á D. Judas. Este, con su caricatura en la mano, se volvió con galantería hacia Casta; pero apénas hubo echado la vista sobre el estandarte, cuando exclamó:

—¿Qué es esto?.... ¿Quién ha puesto esta bandera en manos de la muñeca? Decid, decid, ¡tunantes! responded.—¿Os quereis burlar de mí, gaznápiros?.... ¿Os han pagado para jugarme esta jugarreta? es seguro: ¡lo afirmo!—¡Estais vendidos al partido republicano! ¿servís á su gefe?—¿Con que es asi? ¿estais en la conspiracion contra mí? ¡Idos al demonio! que yo no os pago.

Los gallegos habian escuchado aquella furiosa salida, con la boca abierta, y sin comprenderla, ni adivinar su causa; pero al oir las últimas palabras terrificantes para ellos, empezaron á gritar y á quejarse en coro de una manera desesperada.

Los muchachos, que vieron el promontorio abandonado, se echaron sobre él con tal furor, y tales gritos de alegría, que D. Judas, al verlos á estos y á aquellos, daba unos clamores, que por un momento fué aquello la torre de Babel: todos quedamos atolondrados.

Por fin pagamos á los gallegos, é hicimos que

los criados entrasen la obra maestra del confitero, medio arruinada por el terrible ataque que habia sufrido; y el sosiego se restableció.

Antes de proseguir es preciso que te diga lo que de tal manera habia irritado y sacado de sus casillas á D. Judas.

El señor Barbo habia puesto su entendimieuto en prensa para hallar un letrero galante, entendido y expresivo dirigido á Casta; el cual había de ponerse sobre la bandera en cuestion.

Se presentó muy ancho con su letrero en casa del confitero. El hijo de este, que iba á la escuela, y tenia la letra clara, escribió, pues, bajo la inmediata direccion de don Judas este lema:

CON QUE GUSTE A CASTA,
BASTA.

Esta dedicatoria bastantemente grosera para los demás, habia sido sustraida seguramente por Pedro de Torres, y en su lugar habian colocado otra con este lema.

No necesitas, Tadeo,
Para empalagar á Casta
Tanto dulce; porque creo
Que con tu presencia basta.

Despues de comer, fuimos á dar un paséo; me apresuré á ofrecer el brazo á Casta, y seguimos la orilla del rio, por medio de olivares. ¡Dios mio!

¿Quién ha podido decir que el olivo sea triste? Entramos en naranjales, cubiertos de tantas flores, escondiendo tantos ruiseñores, que formaban una atmósfera de perfumes y armonía, en que nos cerníamos Casta y yo, elevados de la tierra cual dos pájaros armoniosos.

Llegamos á la preciosa hacienda de Valparaiso, en la que hasta el nombre es poético.

La habitacion está asentada en la loma del monte; á su espalda el jardin se eleva como una gran escalera de flores. Varias sendas llevan á una gruta, en el fondo de la cuál, una fuente parece haber buscado la sombra y el silencio.

Entrámos todos á beber; Casta y yo nos quedámos los últimos, é íbamos á salir, cuando la poco armoniosa voz de D. Judas, nos hizo retroceder, y por un impulso espontáneo é irreflexivo, nos escondimos detrás de un velo verde, que pareció formar una enredadera para ocultarnos.

Don Judas se acercaba, trayendo del brazo á una señora.

—Está Vd. mas ciega que la noche, doña Mónica, decía; pues no vé Vd. lo que todo el mundo vé; y es que el fiscalito está enamorado y obsequia á su hija, y que ésta le demuestra una preferencia que salta á los ojos.

—Y bien, aunque eso fuese, contestó doña Mónica, es un excelente sujeto, que todo el mundo celebra y aprecia, un jóven...

—Que no tiene mas mérito, señora, interrumpió D. Judas, que llevar vestidos hechos por Utrilla, botas barnizadas del Aragonés, y la cintura cinchada como un mulo. No tiene nada sino su miserable fiscalía, que le dará unos ocho mil reales, que no ha obtenido sino por ser su cuñado diputado, y que le quitarán cuando deje de ser del Congreso el cuñado. ¡Buen partido para Castita, á fé mia!

—Pero, señor, repuso doña Mónica, Javier Barea tiene mucho mérito...

—¡Sí, mérito! mérito! repuso don Judas; que mande con él á la plaza; como puede hacerlo ese insolente de Torres con sus pergaminos!

—Tiene, prosiguió doña Mónica, buenas relaciones en Madrid; un tio rico en Sevilla.

—¿Rico? ¡qué pamplina! riquezas de Sevilla, en donde, como en el reino de los ciegos, el que tiene un ojo es Rey. Señora, su hija de Vd. es una niña, que no sabe aun nada de mundo, ni conducirse; á Vd. le toca alejar de ella esos mosquitos, que son como el agua por San Juan, quitan vino, y no dan pan.

Pasaron.

¡Pero figúrate mi rabia y mi indignacion! Casta se reia á carcajadas.

—Yo haré ver á ese deslenguado... exclamé.

—¿Y qué lograríais con eso? me respondió Casta. Vendernos, haciéndole ver que le hemos escucha-

do; y ¿qué le haríais á un hombre anciano y con canas?

—Abusa en extremo de ese privilegio. Ademas, Casta, os ama, os persigue y rodea de contínuo, y cuando se ama como yo os amo, Casta, se tienen celos...

—¿De Don Judas? preguntó ella riendo y dando palmadas.

—Si, Casta, contesté, aun de D. Judas!

—Vaya, dijo ella sin cesar de reir, eclipsais á Otelo, como el sol á la luna.

—Soy de compadecer, Casta, repuse; pues no comprendeis mi posicion. ¿Sabeis que es mas humano despedir á un amante, que no el detenerle para darle tormento?

—¡Vamos, vamos! Javier, por Dios, no tomeis el tono trágico, que detesto de muerte. Os prometo alejar de mí, no á ese *mosquito*, sino á ese moscon.

—¿De veras, Casta mia? ¡Tened caridad, no me engañeis!

—Tened vos fé, si quereis que yo tenga caridad.

Esto diciendo, se echó á correr, para reunirse á su madre.

Dí una vuelta solo, para calmar los violentos y diversos sentimientos que me agitaban. Cuando llegué de vuelta á Valparaiso, estaba todo el mundo reunido sobre el terraplen al frente de la casa.

Casta estaba sentada en un banco al lado de su Madre. Despues me ha contado la conversacion que tuvo lugar entre ellas, y que te pondré aquí.

Luego que la vió su Madre, la mandó que se sentase á su lado.

—¡Válgame Dios, Madre, dijo Casta, ¡qué cariño tan tierno os ha entrado!

—No es eso, señorita; sino que veo que desde que estais en Sevilla, vais sacando mucho los pies del plato. Os vais poniendo muy sacada de cuello, y esto no me acomoda; como tampoco que deis el brazo, ni hableis con Javier Barea.

—¡Jesus! Madre, ¿y porqué?

—Porque se particulariza contigo. Esto lo han notado ya hasta las personas respetables, y no puede sino perjudicarte.

—Pero, señora, ¿porqué puede perjudicarme el que Javier Barea me prefiera y me quiera?

—Porque siempre perjudica á una jóven dar alas á unas relaciones que no le convienen.

—¿Y porqué no me convienen, señora? ¿Porqué no es rico? ¿Qué importa?

—Hablas como una niña que eres. Lee la comedia de Gorostiza: *Contigo pan y cebolla*.

—¡Madrecita mia! alguna madre cicatera, que se empeñó con el señor Gorostiza para que hiciese esa comedia.

—Vamos, Casta, te repito no seas niña. Un excelente partido se presenta para tí, y espero que

no despreciarás el bello porvenir que te sonrie, y que Dios nos envia en nuestra triste situacion.

—¿Un brillante partido, dice Vd?

—Sí, hija mia: vivirás en grande, arrastrarás coche, y te dotan con 50,000 duros.

—¡Jesus! ¡Jesus! dijo Casta con su airecito burlon, ¿de dónde sale, quién es, ese maravilloso pretendiente?

—Es D. Judas Tadeo Barbo.

Casta soltó una carcajada tan espontánea y ruidosa, que la Madre, que vió á D. Judas venir hácia ellas, dijo á su hija:

—Casta, modera esa risa inoportuna.

Pero eran vanos los esfuerzos que ésta hacia para contenerse.

—¡Eres una chiquilla mal criada! murmuraba Doña Mónica en sumo mortificada.

El sol estaba cerca de ponerse, y como el crepúsculo es corto en este pais, nos volvimos á San Juan, donde debia bailarse algunas horas.

Casta cogió el brazo de su Madre. D. Judas se acercó, y ofreció ponerse entre Madre é Hija.

—No, no señor, dijo Casta.

—Pues, y ¿porqué nó, señorita? preguntó Don Judas.

—Porque, respondió Casta, pareceria Vd. una alcarraza.

Don Judas tuvo que contentarse con el brazo de la Madre: yo les seguí á corta distancia.

Casta dejó caer su pañuelo, su quitasol, su ramo, para darme el placer de cogérselos. Cogia ella las ramas de los olivos, las detenia, y luego las soltaba, enviándomelas como mensageros de acuerdo y de paz.

No quiso bailar, y se sentó junto á una ventana que cerraba una persiana. Pasé al jardin, y me puse junto á la persiana, de modo de poder verla y hablarla, sin ser visto de nadie. Por desgracia vino D. Judas á sentarse junto á ella.

La Madre á poco se durmió.

—Parece, Castita, dijo D. Judas, que la proposicion que he hecho á vuestra Madre, y que creo os ha comunicado, os ha hecho reir.

—Un poco, respondió Casta.

—¿Es acaso tan risible, repuso el viejo pretendiente, que yo quiera ser vuestro marido, y haceros una de las mugeres mas ricas y felices de Andalucía?

—Por cierto que sí; respondió ella.

—¡Cáspita! dijo D. Judas, ¡me gusta la frescura! Y ¿me hará Vd. el favor de decirme porqué es risible?

—Por la sencilla razon de que podria Vd. ser mi padre ó mi abuelo.

—Eso quiere decir, preguntó con una risita sardónica y rabiosa D. Judas, que soy demasiado viejo?

—Usted puede que no sea demasiado viejo; sino yo demasiado muchacha; allá se vá. Sepa Vd. Don

Judas, que no hay fiesta mas celebrada en los infiernos, que la que tienen el dia que se casa un viejo con una muchacha; aquel dia se visten los diablos de la discordia, de color de rosa.

—¿Quiere decir, pues, que Vd. me rehusa?

—Claro está, D. Judas.

—Pues mire Vd., Castita, voy á contarla un cuento, y pienso que de él se acordará Vd. para toda su vida.

Le dijeron á un pobre gallego que para hacer fortuna era preciso ir á Méjico, donde habia tantos pesos duros, que no habia sino bajarse para cogerlos. Mi gallego se puso en camino, lleno de esperanza con esa dulce ilusion. Al llegar, quiso la casualidad que en el muelle se hallára un peso duro; pero echándola de buche y escupiendo por el colmillo, dijo al mirarle: «Ya empezais á perseguirme?» —y pasó de largo. No se halló otro.—¿Me comprende Vd., Castita?

—Comprendo, dijo Casta, que yo soy el gallego, y vos el peso duro. Bien está; pero contestaré que jamás iria yo á América en busca de pesos duros. Si fuese, seria por hallar los bosques, las flores, los rios, la naturaleza tan bella.

—¡Ta! ¡ta! ¡ta! ¡ta! dijo D. Judas. ¡Qué retahila! ¿Es Vd. poeta como aquellos?....

—Mi corazon lo es, respondió ella; y en seguida, como inspirada por una repentina idea, prosiguió: Si, si, lo soy; pero no se lo digais á nadie.

No quiero que mi nombre suene, sino despues de los triunfos que ambiciono. He hecho imprimir ya algunas de mis obras; pero bajo nombres supuestos, que han querido prestarme mis amigos. Asi es que las poesías de Martinez de la Rosa, no son de él, sino mias.

El mayor y mas estúpido espanto se habia pintado en la cara de D. Judas.—¿Vd. ha compuesto, impreso libres? exclamó.

Casta, encantada con el buen resultado de su treta, prosiguió:

—He hecho tambien piezas para teatro; obras dramáticas que han sido sumamente gustadas y aplaudidas, y que pasan por ser de las mejores de nuestro repertorio moderno. Asi los *Solaces de un prisionero*, que se atribuyen al Duque de Rivas, no son suyos; son mios.

—¡Una literata! ¡Ave María! ¡Una muger que escribe é imprime! ¡El pecado sea sordo! ¿Sabe usted, Castita, que eso es cosa contra la naturaleza, y que una muger que dá un libro á luz, es como un hombre que diera á luz un niño? ¿Quién hubiera creido eso, viendo á Vd. tan jóven y bonita, tan mugeril y tan primorosa? Porque una muger que escribe, debe ser necesariamente vieja, fea, descompuesta; un marimacho.

—Esas son preocupaciones, D. Judas; créame Vd. El genio no tiene sexo; eso lo ha dicho Buffon, y lo ha repetido el Padre Masdeu.

Don Judas hizo un gesto, como de quererse tapar los oidos.

—Oiga Vd., D. Judas, prosiguió Casta, oiga usted: ¿conoce Vd. mi Tell?

—¿Miguel? ¿Qué Miguel? ¿Miguel el medidor?

—No; mi Tell, mi novela histórica, mi obra maestra.

—Jamás leo, dijo D. Judas; que eso daña á la vista.

—Pues óiga Vd. el extracto de ella, y admirará Vd. mi erudicion.

—Soy como Napoleon: el gran Napoleon no admiró en las mugeres sino su fecundidad, dijo Don Judas sentenciosamente.

—Lo mismo que Vd. aprecia en sus vacas y yeguas, prosiguió Casta; pero escuche Vd. el extracto de mi obra.

Casta queria irritarle, aburrirle, sacarle de tino, á punto de hacerle levantar y alejarse.

—Guillermo Tell era un noble montañés de Escócia, que rehusó saludar el sombrero de castor que el general inglés (Marlborough) Malbruc, clavó sobre una estaca con ese fin. De aquí provino la insurreccion y guerra de Treinta años, en que por fin mi héroe salió vencedor, y fué proclamado Rey de Inglaterra con el nombre de Guillermo el Conquistador. Ajó sus laureles, haciendo decapitar á su muger, la bella Ana Bolena. Para expiar este crímen envió á Palestina á su hijo Ricardo Corazon de

Leon. Cuando Ricardo volvió, fué aprisionado á causa de su celo religioso por Lutero, Calvino, Voltaire y Rousseau, que formaban el directorio en Francia, directorio revolucionario, que condenó á muerte é hizo ajusticiar al santo Rey Luis XIV. Entónces fué cuando para evitar iguales males en España, estableció el Rey D. Pedro el Cruel la Inquisicion, por lo que le quedó el nombre.»

No puede darse cosa mas cómica, querido Paul, que la seriedad y aplomo con que Casta recitó esta sarta de desatinos, sin rozarse ni titubear. Tanto más, cuanto que, habiendo cogido Casta nombres y hechos históricos á la casualidad, y segun se los sugerian recuerdos de óperas, sermones, folletines y conversaciones, conocía que su relacion era inexacta; pero no sospechaba lo enorme de sus desatinos, ni lo monstruoso de sus anacronismos.

Don Judas quedó pasmado; no de los disparates, sino de la erudicion de Casta.

—Ya veo, señorita, le dijo, que no hay sino uno de los siete sábios de la Grecia que esté á vuestra altura, y sea digno de ser vuestro consorte. ¿Qué diria, añadió bajando la voz, Javier Barea, si conociese semejante ridículo?

—¡Se pondría fuera de sí! ¡Me adoraría! contestó Casta; le gustan las artes y la literatura, como á todo hombre de gusto. Le he oido decir que Témis es la décima musa.

Al oir á Casta atribuirme tan extraña proposicion, me fué imposible aguantar la risa y no soltar la carcajada.

—Me parece que oigo risa en el jardin, advirtió D. Judas.

—Por todas partes ríen, respondió Casta; entre tanta gente alegre, no hay sino Vd. y yo que no lo estemos. ¿No se diría sino que se aburre Vd. de oirme?

Doña Mónica, que despertó entónces, celebró con una sonrisa complacida el ver á su hija en conversacion con D. Judas.

Emprendimos la vuelta. Casta empaquetada en capa y pañolones, tuvo que sentarse en la lancha entre su Madre y D. Judas.

La luna derramaba su triste luz sobre aquellos mismos sitios, que por la mañana iluminaba el sol con tanta brillantez. Aun la música que habia quedado léjos en la última lancha, parecía un recuerdo!

—¡Ay Casta! la dije al pasar, mientras D. Judas encendia un cigarro ántes de embarcarse, Casta, ¿conservo la fé?

—Y la esperanza; me contestó.

Asi acabó para mí un dia que tan felizmente habia empezado. Puedes compadecerme y envidiarme á un tiempo; pero sobre todo, perdóname de no haberte hablado en esta carta sino de mis propios asuntos. En cambio te doy palabra de no ocuparme en la próxima, sino de los recuerdos de mi Tio, segun deseas.

CARTA SEXTA.

El mismo al mismo.

Cumpliendo con mi promesa, entro sin preámbulo alguno, por referirte la relacion que me hizo mi Tio.

»Cuatro años despues de la visita que te referí del buen matrimonio, en el año 1800, estalló la epidemia que fué denominada la *Grande*. Mi Padre habia muerto, yo me habia casado, y me refugié en Dos-Hermanas, con mi familia, huyendo del azote.

Mi primer cuidado á mi llegada, fué el ir á ver á la tia Juana.

Era ya de noche. Jamás, sobrino mio, olvidaré el encantador espectáculo que se ofreció á mi vista al llegar alli.

La tia Juana tenia sobre cada una de sus rodillas á sus nietecitas, casi en cueros, y las hacia rezar. Jamás Murillo pintó dos angelitos tan divinamente bellos. Eran parecidísimas: sus rizados cabellos negros caian sobre sus hombros, formando una orla á sus rosadas caras; levantaban sus grandes ojos negros para mirar á su abuela; y mientras que sus boquitas rojas repetian su oracion, sus manitas estaban cruzadas sobre sus pechos re-

dondos, y sus piececitos descalzos colgaban como unas bolas de hojas de rosa.

Cuando concluyeron de rezar por sus Padres, la tia Juana prosiguió rezando en voz baja, mirando alternativamente, ya á las niñas, ya á una Imágen de Nuestra Señora, bajo cuyo amparo parecia ponerlas.

En este entretanto, los ojos de las niñas se apagaron; sus largas y rizadas pestañas se abajaron; sus manitas se soltaron, y colgaron con gracioso abandono á su lado; sus cabezas cayeron sobro el pecho de su abuela. Estaban dormidas.

No podia apartar mi vista de aquel cuadro encantador; y desafío á las mas felices y brillantes concepciones poéticas, á crear sobre el lienzo ó en versos, un cuadro como el que se ofrecia á mi vista.

Tia Juana besó la frente de las niñas, y las llevó á la alcoba.

Yo entré.

—Acechaba á Vd., tia Juana, le dije; he oido á Vds. rezar.

—Espero, respondió la buena mujer, que Dios nos habrá oido tambien.

—¡Qué hermosísimas son las mellizas! ¡Qué cuadro formaban Vds!

—Dos rosas en un tarro viejo de barro, respondió sonriéndose la tia Juana. Venga Vd. á verlas, prosiguió tomando el velon, y llevándome á la alcoba.

Como hacia calor, estaban echadas casi desnudas, y se tenian abrazadas. Me quedé embelesado.

—¡Bendígalas Vd! dijo la tia Juana. Jamás se debe mirar un niño sin bendecirle. ¿Cuál será su suerte? prosiguió suspirando; ¿heredarán la desventura, asi como han heredado el bien parecer de sus padres?

—¡Qué cavilacion, tia Juana! ¿Porqué no ha de pensar Vd. que serán felices, como lo es Vd., y el tío Antonio?

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! dijo la pobre anciana; pero no las mire Vd. más. Dicen que el mirar mucho á un niño dormido, le hace mal.

—Te digo esto, sobrino, añadió mi Tio poniéndose el dedo sobre las narices, porque cuando tanto se ha hablado de magnetismo, me he acordado muchas veces de esta creencia arraigada en las mugeres del pueblo.

El dia siguiente, llevé á mi mujer á casa de la tía Juana, para que conociese á sus encantadoras criaturas. Se llamaban Paz y Luz. Luz era más viva y despierta; Paz más suave y tímida.

Jamás he visto, decia la tía Juana, dos criaturas mas parecidas de cara, y mas distintas de genio. Cuando Luz ríe á carcajadas, Paz solo sonríe; cuando Luz grita y pataléa, Paz llora callando. Luz corre y canta; Paz no se mueve de su sitio y no se la oye. Luz siempre dice á la hermana: «¡anda! Paz siempre responde: ¡aguarda!» Luz es un grano

de pimienta; Paz una hoja de malva. Asi es que su abuelo, que está bobo con ellas, las llama *Luz del dia* y *Paz del cielo*.

Escuchaba á mi Tio con el mayor interés, cuando este fué desagradablemente distraido por un criado, que entró á decirme que un ministril estaba alli con órden del Juez para que me llegase á su tribunal. Ya ves, querido amigo, que los relatos de mi Tio tienen desgracia.

Cuando entré, me dijo el Juez: «Creo á Vd. sabedor de un arresto que se hizo ayer, con motivo de una delacion que me han hecho. Puede que conozca Vd. los sugetos. El acusado es un jóven de Jerez, llamado Pedro de Torres; goza de mala reputacion, y ha sido ya anteriormente desterrado de Madrid. El delator es don Judas Tadeo Barbo, labrador de Jerez, persona respetable y acaudalada.»

¡Me indigné!

—Desconfie Vd., señor Juez, le dije, de esa delacion hecha por un bajo espíritu de venganza, y por un hombre que es demasiado nulo para tener una sola idea ni principio en política. Don Pedro de Torres pertenece á una de las primeras familias de Jerez; y le creo un loco poco peligroso.

—No obstante, repuso el Juez, la acusacion es explícita. Pedro de Torres no se contenta con hacer los discursos mas subversivos é incendiarios en los cafés y otros sitios públicos, sino que tie-

ne en su casa un club ó junta revolucionaria. Que el mal se haga por maldad, ó por locura, no por eso es ménos mi deber impedirlo.

En este instante compareció Pedro de Torres. El Juez habia mandado tambien á D. Judas que concurriese.

La fisonomía de estos dos hombres era la misma de siempre.

La bajeza de su accion en nada disminuia la nécia osadía de D. Judas; asi como lo crítico de la sitúacion de Pedro de Torres en nada alteraba su estúpida arrogancia, ni su imperturbable y desdeñosa calma.

—¿Qué voluntad despótica y arbitraria, dijo dirigiéndose al Juez, me ha hecho arrestar? ¿Hemos llegado ya al despotismo musulman y moscovita?

—Caballero, dijo el Juez, aquí está Vd., no para interrogar, sino para ser interrogado; interrogatorio autorizado por las leyes vigentes y la Constitucion que nos rige. Requiero á Vd. á que responda á los cargos que gravitan sobre Vd., tocante á hechos de que es el señor testigo.

El Juez señaló á D. Judas.

Quisiera poderte pintar la mirada de altivo desden que Pedro de Torres dejó caer sobre D. Judas!

No pudo, sin embargo, turbarle.

—¿Y qué dice ese *hombre*? preguntó.

Al oir la denominacion de *hombre*, D. Judas brincó de indignacion.

—El señor dice, prosiguió el Juez, que usted amotina cuanto pillo y hombre perdido y vagamundo encuentra, contra el poder establecido, diciéndoles que el reinado de la igualdad es llegado; que tanto ó más valen ellos que los que los gobiernan; que por lo tanto no deben obedecer, sino ponerse en el lugar de estos, para que cada cual tenga su vez.

—Es cierto, dijo Pedro de Torres: lo he dicho, no lo niego; que jamás mentí. Mis simpatías son por el pueblo, como lo son las de Fourier, Proudhon, y otros hombres grandes; de ello me glorío. Y si algo ó alguien pudiera convencerme de que la plèbe no debe salir de su lugar, sería ese hombre, (y señaló á D. Judas con un movimiento de hombros).

—¿Qué quiere Vd. decir con eso? exclamó D. Judas, temblando de ira.

—Quiero decir, respondió de Torres sin salir de su calma, que la esfera en que Vd. ha nacido, le conviene mas que aquella en que se ha introducido.

—¿Qué significa esto? tartamudeó D. Judas, sofocado de rabia.

—Significa, contestó Pedro de Torres con la misma flema, que su Padre de Vd., que era arrumbador, no habló jamás al mio sino en pie y con sombrero en mano; y que Vd., porque se ha empinado sobre sus talegas, se atreve á ser el delator de su hijo.

—Señor, repuso D. Judas, morado de ira; preveo que en consecuencia de la conducta de Vd. y de la mia, sus hijos hablarán á los mios, como usted dice que mi Padre habló al suyo.

—Mis hijos, dijo Pedro de Torres, tendrán bastante sangre noble en sus venas, y sentimientos de independencia en sus almas, para hablar á la Reina sentados y con la frente erguida. ¿Cómo quiere Vd. que se humillasen á un *Barbo*?

El Juez intervino, y Pedro de Torres, convicto y confeso de los cargos que contra él gravaban, recibió órden de salir de Sevilla y de trasladarse á Huelva.

Don Judas le aguardaba á la salida.

—¡Buen viaje, le dijo con sorna; viento en popa, Señor de Torres! Un *ciudadano del globo* no está nunca desterrado, pues su patria es en todas partes.

—Hasta mas ver, D. Judas, esta vez Iscariote y no Tadeo, contestó Pedro de Torres sin inmutarse. Haga Vd. valer este otro mérito para que nuestro equitativo Gobierno le premie con otra cruz.

CARTA SÉPTIMA.

Del mismo al mismo.

Espero hoy, mi querido amigo, indemnizarte de las interrupciones contínuas que sufre mi nar-

racion, y de las que te quejas de una manera tan amable. Haré, pues, todo lo posible para seguir, sin interrumpirlos, los recuerdos de mi tio.

Ayer fuí á comer á su casa. El buen señor sacrificó valerosamente su siesta, y volvió á tomar el hilo de su relato, de esta suerte:

»Hácia el año de 1814 padecí una grave enfermedad. Un dia que convaleciente ya, me hallaba sentado en mi poltrona al sol, pues era invierno, ví entrar á la tia Juana. Su vista me causó gran placer: nunca habia dejado de mandar á saber de mí, y sabiéndome convaleciente, venia á cerciorarse por sus ojos de mi mejoría.

—Tia Juana, la dije ¿cómo están vuestras preciosas mellizas?

—Luz, D. Justo, contestó la abuela, está hermosa y robusta; Dios la envia salud para dar y que le quede. Paz está delgada y endeblilla, aunque no se puede decir que tenga mal alguno; pero nuestro médico que sabe mucho... como que Vd. le conoce.

—Si, si, respondí, D. Gaspar: ¿el que manda sangrar al que sueña que se cae?

—El mismo, D. Justo; porque dice que la impresion es la misma, y á veces aun mayor en sueños que en la realidad. Pues como iba diciendo, Don Gaspar opina que Paz está amenazada de una enfermedad de corazon. Ello es que la ha prohibido todo ejercicio y toda emocion violenta; no se

la ha de incomodar ni contradecir en nada. La fortuna es que ella tiene el genio de un ángel, pues si no ¡quién la aguantaba con tanto mimo! La tiene como una joya entre algodones; no hace sino coser y bordar. Sobre Luz carga todo el trabajo: pero esa, en un santi-amen, todo lo tiene á la vela: es alta, robusta, sonrosada como la aurora.

—¿Y tienen novios? pregunté.

—Ay señor! contestó la tia Juana. ¿Hay sol sin arreboles, ni muchacha sin amores? ¡Los tienen, D. Justo! y es cosa que me pesa sobre el corazon como una piedra de molino! Por enterarle á Vd., le contaré lo que ha pasado esta mañana.

La tia Juana me hizo una larga relacion, que te repetiré con sus propias palabras, puesto que me hizo tanta gracia que jamás se me ha borrado.

Sabes que á media distancia de Sevilla á Dos-Hermanas, el camino desciende á un pequeño valle, para beber en un arroyito, que en invierno se paséa, pero que en verano se duerme sobre su lecho de guijarros, donde yace tan transparente y tranquilo, que seria su existencia ignorada, á no ser porque los rayos del sol, reflejándose en él, le hacen aparecer cual un incendio sin llamas. A la derecha se alza sobre una eminencia el castillo morisco de una hacienda que el Rey D. Pedro donó á Doña María de Padilla, la cual conserva el nombre de Doña María; al frente de este gran recuerdo histórico, en el fondo del valle, está una venta

pintada de encarnado, amarillo y azul, como un arlequin. El pasagero campesino halla alli cuanto su sobriedad necesita: agua, vino, pan; en invierno naranjas; en verano uvas.

Pasada la venta, el camino se alza sobre una cuesta arenosa, hasta llegar á *Buena Vista*, altura bien denominada, pues á su frente se extiende Sevilla en su llano, bañando sus pies en el rio, recostada su cabeza en azahares, y levantando sus brazos al cielo. Subian esta cuesta aquella mañana tres seres, que hacia gran número de años formaban un todo, como los dedos forman la mano.

Era el primero un viejecito seco, enjuto y fuerte como una correa; el segundo, una viejecita ágil y viva como una ardilla; y el tercero, una burra anciana, lenta y pesada, pero vigorosa aún, caminando sin tropezar, con paso grave y uniforme como la péndola de un relój: por lo que toca al trotar y galopar, las nociones que pudiera tener, eran recuerdos de juventud, confusos y casi borrados.

El dia era tan hermoso, tan calmoso y tíbio, que parecía impregnado de ópio: ¡tales eran el bienestar y la calma que producia moral y físicamente!

La viejecita, sentada á ancas detrás de su marido, se habia dormido, dejándose mecer por las ondulaciones lentas y uniformes del paso de su cabalgadura; cuando de repente fué despertada por estas palabras, que pronunció su marido con voz grave.

—¿Por lo visto creéis vosotras que Dios no me ha puesto los ojos en la cara sino para que me sirvan de adorno?

—No por cierto; que no son bastante buenos para eso: respondió la apostrofada.

—¿Pues entónces pensais que no me los ha dado para nada?

—Te los dió para ver.

—¡Ah! ¡Bueno! eso es lo que quiero que tengais presente.

—¿Y á qué viene esa salida de pié de banco, con la que tu voz me ha despertado de mi *arrastradillo*, como lo hará la trompeta del dia del juicio?

—Para advertirte, Juana, que no se me escapa nada.

—No, nada se te escapa, sino las perdices y los conejos cuando vas de cacería.

—No te hagas la desentendida, camastrona! Lo que te digo y vuelvo á decirte, es que no se me escapa nada.

—Lo que á mí se me escapa es la paciencia! ¿Me querrás explicar el sentido de tus palabras preñadas, que, cuando más y mucho, vendrán á parir un raton, como hizo el monte?

—Haces que no me entiendes; te haces la tontita, y eres capáz de contarle los pelos al diablo. Y ya que necesitas cuchara de bayeta, te diré que los paseos de Márcos Ruiz y la guitarrita de Manuel Diaz por mi calle, no me acomodan.

—¿Y yo qué le remedio, si pasean y tocan por la calle, que no es tuya, sino del Rey? ¿no tuviste tú tus veinte, y paseaste tambien la calle á las muchachas?

—No paseé mas que la tuya, Juana; de sobra que lo sabes. Pero vosotras las mugeres haceis la vista gorda á los enamorados, como el cura vinatero á los borrachos.

—Y bien, ¿porqué no la haría, si los muchachos se quieren?

—¿Y os parece que con mi vénia no hay que contar?

—Ya se te pedirá cuando llegue el caso.

—¡Qué caso, ni qué demonio! Desde ahora digo, y ántes que los muchachos se tomen voluntad;—que no quiero.

—¿Y porqué no quieres? ¿qué tacha hay que poner á Manuel Diaz, que es un muchacho de los pocos; que mantiene á su Madre y hermanitos; que gana bien su pan?

—¡Si! ¿y qué vá á buscar entre la cárcel y el presidio? trata en contrabando, y anda el camino. No me acomoda.

—Vamos á ver, ¿y qué pecado mortal es hacer contrabando?

—Roba, muger, roba; roba al Gobierno.

—¿Y el Gobierno acaso no nos roba á nosotros, con sus derechos y contribuciones? Ya sabes el refrán, que el que roba al ladron, tiene cien años de perdon.

—No respondo á tus sutilezas. Vosotras las mugeres sois capaces de enredarle las idéas á un cristiano, como una madeja de seda. No digo sino una cosa: no quiero por yerno á un contrabandista; y con eso, basta.

—¿Y qué falta tendrías que ponerle á Márcos Ruiz, el arriero, que tiene los mejores burros de Dos-Hermanas, y que gana su vida bien y honradamente á la faz del sol?

—Tengo que decir, que buenos son sus burros; pero que como no caso mi hija con los burros, sino con él, él es el que tiene que acomodarme; y no me acomoda.

—¡Caramba, Antonio Ortega! y ¿dónde entierras? ¡vaya que ni un duque es mas dificultoso! A ese paso ya puedes echar tus hijas en escabeche. ¿Y me querrás decir porqué no te acomoda Márcos Ruiz?

—No quiero emparentar con esa clase de gentes, que llaman Caínes, porque uno de sus abuelos mató á su hermano. Márcos es pendenciero y gasta navaja; no le quiero, y con eso, *Ite*, *missa est*: no hablemos mas. Sabes que soy tribunal sin apelacion.

Tia Juana, aunque era viva y tenia despejo, estaba sumisa á las costumbres inviolables de su pais, en donde el marido gobierna patriarcalmente y como amo absoluto. Asi no pensó en contrariar un mandato definitivo: era además buena, dulce,

queria á su marido con ternura; conocía que en parte tenia razon, y así se contentó con decirle:

—¡Vaya que estás hoy que se te pueden encender dos velas; mas ágrio estás que un limon verde! No se puede discutir contigo.

—Eso es cabalmente lo que quiero, respondió tio Antonio.

Callaron.

Pero la tia Juana á quien la última frase había impacientado, se puso á canturrear á media voz:

Cuando Dios crió al erizo,
Le crió de mala gana;
Por eso el animalito
Tiene tan suave la lana!'

El tio Antonio, que estaba mal templado, y aun bajo la impresion de su triunfo, teniendo la última palabra, no se lo quiso dejar arrebatar, sino completarlo cantando la última copla, y con una voz cascada y temblona, se puso á canturrear:

De la costilla de Adan
Crió Dios á la muger,
Para dar así á los hombres
Ese hueso que roer.

Mas de ahí á un rato quedaron tan absortos en sus pensamientos, que no vieron del lado del rio el cielo embozarse en nubes como en una capa; y

solo cuando se pararon estas debajo del sol como un toldo, y cuando algunas gotas de agua les cayeron en la cara, fué cuando se apercibieron de que el tiempo habia repentinamente cambiado. La tia Juana saltó ligeramente de la burra abajo; se tocó sus enaguas sobre la cabeza, y corrió hácia la venta de Guadaïra, que estaba cerca. El viento que soplaba y la ayudaba á correr, la ceñía un zagalejo de bayeta amarilla, de modo que descubría mas de lo regular sus piernas, para las cuales parecía haberse inventado la comun denominacion de *palillos de tambor*.

—¡Juana! la gritó tio Antonio indignado, ¿has echado la vergüenza atrás? mira que se te ven las piernas y las ligas!.... ¡Juana, muger!

Es de advertir que ni un alma pasaba por el campo; y así tia Juana siguió corriendo sin hacer caso.

Tio Antonio, renunciando á inspirar á su muger la debida modéstia, hizo aligerar el paso á *Fragata* (que así se llamaba su burra, aunque nunca habia visto la mar) dándola golpes rigurosos con los talones en la barriga. Recogió las alas de su sombrero, pasó por encima su pañuelo, que ató debajo de la barba, para que el viento no se lo llevase; cubrióse con una manta, sacando la cabeza por la abertura que en medio tenía, y prosiguió paso entre paso su camino, murmurando: ¡muger sin vergüenza! ¡burra maldita! cada pata te pesa diez ar-

robas, y á tu ama no le pesan mas que una pluma! No sirves, tú, Fragata del demonio, sino para cargar estiércol, y las dos sino para condenar á un cristiano!

Entre tanto, la tia Juana habia llegado á la venta, donde se hallaban varios caminantes, que el chubasco habia forzado á guarecerse en ella. El primero que la tia Juana apercibió, fué un hombre de mediana edad, robusto y ágil; estaba toscamente vestido, mas cuanto llevaba era bueno y en extremo aseado, aunque ageno de todo ese lujo bonito y elegante que ostenta el andaluz. Su cara bondadosa y jovial llevaba el sello de la hombría de bien; en su acento se conocia era gallego.

Era éste Juan Mena, capatáz de un rico hacendado de Dos-Hermanas. Su amo habia generosamente recompensado sus buenos y largos servicios; le habia dado la mano, y Juan Mena habia llegado á ser hombre bien acomodado, y sobre todo, bien quisto.

Cuando vió venir á la tia Juana, le salió al encuentro con mucha cordialidad. Todo el mundo queria y buscaba á la buena muger, pues siempre la hallaba servicial, alegre, graciosa y parlera.

—Tia Juana, le gritó desde que la vió; ¿cómo tan sola? ¿Y el tio Antonio?

—Ahi viene con su burra, contestó ella; parece que tanta prisa trae el uno como la otra. Mírelos Vd.; ahi vienen: con las orejas, los ojos y las ca-

bezas gachas, tienen facha de un sauce lloron.

—Un vaso de licor, tia Juana, un vasito de anisete para el resfriado que hubiera Vd. podido coger, dijo Juan Mena presentándole el vaso.

—Siempre he oido decir, (respondió la tia Juana, tomando el vaso que le ofrecian), que es poco cortés rehusar el primero, y poco fino admitir el segundo.

En este momento llegaba el tio Antonio, mojado y de malísimo humor.

—Tio Antonio, le dijo Juan Mena (el cual, como todos sus paisanos, tenia una irresistible y desgraciada pasion por hacerse gracioso sin serlo, arremedando á los andaluces, como el borrico de la fábula al perrito faldero), Tio Antonio! vaya que está Vd. ahí, bajando la cabeza y las alas como una gallina mojada! ¿Es Vd. acaso de azúcar, para temerle tanto al agua?

—Vd., señor Juan Mena, que tiene una buena mula manchega, puede reirse; pero ya se le quitarian las ganas, si caminara con una muger y una burra viejas! Son capaces entre las dos de quemarle la sangre á Santa Paciencia. ¡No lo aguanta ni Job! ¡Me han desesperado tanto, que estoy por dar de cabeza contra aquella esquina!

—Cuidado, ventero, dijo la tia Juana; que va á echar á bajo la esquina; que no será de cierto tan dura como su cabeza.

—¡Dichoso Vd., señor Juan Mena! repuso el tio

Antonio, sacudiendo su empapado sombrero. ¡Dichoso Vd., que no tiene ni burra vieja, ni muger, ni hijos!

—No sabe lo que se dice, señores, dijo la tia Juana; mas envanecido y mas ancho está con sus niñas, que el Rey con su corona.

—Y á fé mia que tiene razon! repuso Juan Mena; pues no tiene el cielo dos estrellas como esas, ni hay rosal en que tales rosas florezcan. Como me llamo Juan Mena, que si alguna os pesa, que cargo con ella; y lo dicho, dicho, tio Antonio.

Tio Antonio y tia Juana abrieron los ojos tamaños, pues Juan Mena era una colocacion como no hubieran podido esperarla para sus hijas.

Tio Antonio con sus ojos pequeños y apagados lanzó una mirada á la tia Juana, con la cual parecia decirle:

—¡Anda á paseo tú, con tu pendenciero de Cain, y tu contrabandista de mala muerte!

Iba á contestarle á Juan Mena, pero su muger le previno:

—Haga Vd., dijo, que quieran ellas. Por lo que toca al tio Antonio y yo, le damos un sí como una casa.

Habia pasado el chubasco: los caminantes se volvieron á poner en camino.

Tio Antonio trató de persuadir á su muger que era preciso se cuajase esa boda.

—No éntres, le dijo su muger, echando la puer-

ta abajo; acuérdate que mas vale maña que fuerza; dejar tiempo al tiempo. Déjame á mí; que mas se hace con una cucharada de miel, que con una arroba de vinagre.

En este entretanto, habian llegado á Sevilla, en la que entraban por la puerta de San Fernando.

Segun la costumbre andaluza, les decian una porcion de dichos. Le era imposible á la locuacidad y viveza de la tia Juana, el no contestar; con lo que se desesperaba el serio y formal tio Antonio.

—Ahí están, dijo una gitana, Matusalen, su muger, y la burra de Balaam, que se creian difuntos.

—La burra de Balaam hablaba, hija mia; ten tu lengua pues, si quieres dejarla á esta la gloria de la resurreccion, respondió la tia Juana.

—¡Vaya, dijo un albañil, una trinidad de nueva invencion!

—Pero que no forma un todo como lo hacen lo feo, lo tonto y lo desvergonzado, para formarte á tí, hijo mio, replicó la tia Juana.

—¿Habráse visto, dijo tio Antonio, vieja mas chilindrinera, y que menos honre sus canas? ¿Vas tú, charlantina, á contestar á todas las sandeces que oigas?

—Y, ¿á qué tengo el uso de la palabra, contestó su muger, uno de los mas bellos dones del Señor, sino para servirme de él?

—Y el Señor sabe si abusas de sus dones! suspiró tio Antonio.

—Esa burra no puede con la carga, dijo un estudiante; lleva á *sæcula y sæculorum.*

—El término de tu necedad, hijo mio! repuso la tia Juana.

Tio Antonio indignado dió un fuerte talonazo á la burra para hacerla andar mas aprisa, el que acompañó de un varazo.

—No le pegue Vd. asi á ese animal, D. Pedro el Cruel, añadió el estudiante; el animal no ha hecho nada.

—Y lo que es mas, saltó tia Juana, nada ha dicho: ventaja que no tienen todos los burros.

—¡Maldita sea tu lengua, cotorra, parlanchina! exclamó tio Antonio exasperado.

—Vaya, no te enfades, Antonio; ya no chisto; tendré mi lengua mas quieta que la burra su cola.

—¡Quién pudiera hacer ese trueque! suspiró tio Antonio.

Habian llegado á la catedral. Tia Juana se apeó; se puso un pañolon por la cabeza, y entró á rezar á la Vírgen de los Reyes, que está en la hermosa capilla de San Fernando. Tio Antonio fué á llevar la burra á un meson.

Cuando tia Juana acabó sus devociones, se vino á verme. La pobre concluyó diciéndome estaba muy apurada, porque jamás habia visto á su marido tan decidido, tan en sus trece, y tan de mal humor; y porque preveia la resistencia de sus nietas á los deseos de su Abuelo.

—Yo, decia, pondré todo de mi parte; pero ¿qué razones convencen, ni qué argumentos hacen fuerza á dos cabecitas, y dos corazoncitos de diez y ocho años, enamorados? Ay D. Justo! prosiguió, ya que se viene Vd. al lugar á convalecer, bien pudiera Vd., con ese piquito de oro, que convence á los jueces en la Audiencia, ver de traerlas á buenas; pues su Abuelo lleva razon, ¡vaya! Y aunque no la llevase.... ¡si es su Padre!

Poco despues fuimos al campo.

No puedes pensar, sobrino, lo hermosas que se habian puesto las niñas. Luz era alta, y tenia las bellas formas de una Diana; sus ojos ostentaban la brillantez, y su mirada la firmeza del azabache. Sus labios de coral, dejaban entrever dos hileras de dientes, que brillaban como dos sartas de brillantes; su ademan era altivo, su andar garboso.

Paz era diminuta; su talle delgado se inclinaba adelante, como si estuviese cansada; inclinaba la cabeza á un lado, cual si la agobiase el peso de su hermosa cabellera; sus manos eran finas y blancas como jazmines; sus ojos tenian el negro apagado y la suavidad del terciopelo; sus labios finos, parecian dos hojas de rosa cubriendo unas perlas. Sin embargo de estas diferencias, ambas se parecian siempre, como el arroyo al torrente; como una estrella tranquila al sol brillante; como la viva y fuerte sonada que lanza el clarin, á su suave repeticion que gime el eco.

Segun lo habia exigido tia Juana de mí, puse en juego toda mi elocuencia para persuadirlas á obedecer á sus Padres. Luz me respondió con un gracioso gesto de desdén, que si Juan Mena no encontraba otra que ella con quien casarse, que bien podria quedar soltero toda su vida. Paz lloró mucho, y me dijo: que si se empeñaban en separarla de Manuel Diaz, se meteria en un convento.

—¿Lo vé Vd., D. Justo? me dijo la tia Juana. ¿Ve Vd. esos pájaros que quieren volar, sin tener aun plumas? Esta es una potranca sin domar; necesita un buen freno! Esta es una mogigatilla, que parece que no rompe un plato, y desobedece á su Padre con el mayor descaro. Pero, ¡no hay cuidado, no! Yo no las pierdo de vista; y ¡hábil será la que á mí me la pegue! ¡ya, ya! Cuando con sus novios hablen, por mí la cuenta!

—No quieren, dijo Luz, que me case con Márcos Ruiz, porque uno de sus abuelos mató á su hermano: fué sin querer lo que hizo, D. Justo. Pero demos el caso que lo hiciera á sabiendas y fuese malo; ¿porqué su abuelo lo fué, lo habia de ser Márcos, Dios mio? Mire Vd.: el Padre de mi Abuelo iba un dia de camino, montado en un burro; llegó á un arroyo, en el que se puso el burro á beber. Su mercé miraba entretanto al agua, en la que se reflejaba el sol, como en un espejo: dió la casualidad que en aquel instante se nublase. ¡Ay! ¡Jesus, Jesus! dijo mi bisabuelo asustado; mi burro se ha bebido el sol.

Desde entonces le llamaron *Bebe-sol*; el mal nombre le quedó, y hoy dia á mi Abuelo le dicen *Bebe-sol*; á Vd., Madre, la *Bebe-sol*, y á nosotras las *Bebe-solillas*.

—No lo crea Vd., no lo crea Vd., D. Justo: es muchísima mentira: ¡habrá insolente! ¡decir que su Abuelo tiene un mal nombre!

—De sobra que lo sabe Vd., de sobra! Pues vamos á ver; porque mi Bisabuelo fuese tonto, ¿seguiráse de ahí que lo sea mi Abuelo?

—¿No le digo á Vd., D. Justo, que esta Marisabidilla es capaz de darle tres vueltas al diablo? ¡Qué descaro, María Santísima! y ¡qué ingratitud! Porque sabrá Vd., D. Justo, que nadie les dice en el lugar, sino como su Abuelo les dijo de chicas, Paz del cielo y Luz del dia. Bicho de luz debian decirle á esta rata! Desde que están enamoradas no parecen las mismas. ¡Luz, Luz! que me pican las manos por sacudirte el polvo!

—D. Justo, dijo tímidamente Paz; no quieren que me case con Manuel Diaz, un muchacho tan bueno y que tanto me quiere!... Y tan solo porque hace un poco de contrabando!

—Como quien no dice nada! observó la tia Juana.

—Pues á mí me han dicho, D. Justo, prosiguió Paz, que en Madrid y otros pueblos grandes hay gente muy encopetada que hacen contrabando, y muchos ricos y poderosos que al contrabando deben su fortuna.

—A eso te responderé, le dijo su Abuela, lo que e respondió la manola de Madrid al que preguntaba que porqué llevaban á ahorcar á un reo que pasaba por allí:—Porque *robó poco.*—Sépaste, ademas, que para todo es preciso ser rico, hasta para robar, Y sobre todo, parlantinzuela, tu Abuelo no duerme con la conciencia de nadie sinó con la suya.

Aquella misma noche el tio Antonio se fué á una cacería que habia de durar varios dias. Despues supe lo que aquella misma noche pasó.

Tia Juana, sentada á la copa con sus hijas, rezó el rosario. Concluido que fué, el suave calorcito del brasero la fué dando tan dulce sueño, que acabó por dormirse profundamente.

Un silbido agudo y fuerte resonó. Luz hizo un movimiento para levantarse; pero su Abuela entreabrió los ojos, y dijo con grande oportunidad:

—*Sicut erat in principio et nunc et semper.*

Luz se volvió á quedar sentada, cerrando los ojos, y cruzando los brazos.

De ahi á un rato una voz clara y sonora cantó:

A un alto pino lo troncho,
A un álamo lo blandéo,
A un toro bravo lo amanso;
¡Y á tí, muchacha, no puedo!

Luz se levantó, y sobre la punta de los pies se fué á una de las ventanas, y la entreabrió sin ruido.

La luna dió de lleno en su rosada cara y en sus

brillantes ojos. Un rápido diálogo se estableció entre ella y un hombre apoyado en la reja de la ventana.

Este hombre alto y esbelto, de cintura quebrada, de andar garboso y firme, de alta frente, mirada altiva, lábio desdeñoso, era Márcos Ruiz el arriero.

—Ocho dias ha que no sales á la reja.

—Mi Padre no quiere.

—¿Y porqué? Oye: ¿tengo yo acaso un hierro en la cara, ó la mula detras de la puerta? (1)

—No; pero dice que gastas y tiras de la navaja.

—La navaja es el abanico de los hombres.=¿No hay mas?

—Sí: dice que sois de mala sangre; que uno de tus abuelos mató á su hermano, y que por eso os llamais Caínes.

—Tu abuelo chochéa; es mentira lo que dice. Y si tenemos apodo, ¿no le tiene su mercé como cada hijo de vecino?

—Yo bien lo sé; pero ¿qué hago?

—Lo que sí es cierto es que quiere que te cases con Juan Mena. ¿A qué andar con aquí la puse? ¿es ó no? Y si su merced lo desea, ¿quién se lo impedirá?--¿Y tú te casarás, falsa?

—¿Estás loco, ó te burlas? ¡Yo, yo, con ese gallego!.... ¡Fácil era!

(1) Esta expresion significa *sangre de mulato*.

—Es que si sucediese.... Luz, tú y él os habíais de acordar de Márcos Ruiz!!

—¿Amenazas? Si te oyera mi Padre, diria que razon le dabas.

—Es que te quiero, Luz: es que no quiero perderte: es que tengo celos: es que no quiero que seas de otro, sino mia.

—Y lo seré: lo seré, porque quiero serlo; porque te quiero, y no porque me amenazas: ¿entiendes?

Entretanto, Paz, que habia quedado pensativa y con la cabeza baja al lado de su Abuela dormida, habia oido una voz clara, suave y triste, que cantaba con una tonada melancólica, esta conocida cancion popular:

Me han dicho de que te casas,
Y asi lo publica el tiempo:
Dos lances habrá en un dia;
Mi muerte y tu casamiento:
¡Ay de mí!

Primera amonestacion
Que la Iglesia te leyera,
Ha de ser dolor de muerte
Que á mi corazon se diera:
¡Ay de mí!

Segunda amonestacion;
Que te lo voy á advertir;
Que tú te vas á casar,
Y yo me voy á morir:
¡Ay de mí!

Tercera amonestacion;
Pásate por San Antonio:
Por caridad, dile al Cura,
Que me traiga el Santo óleo!
¡Ay de mí!

En el dia que á tí te digan
«¿Recibe Usted por esposo?»
A mí me estarán cantando
Los clérigos el responso:
¡Ay de mí!

Aquel dia te pondrán
Tu vestido colorado,
Mientras que á mí me pondrán
Un hábito franciscano:
¡Ay de mí!

Te estarás todo aquel dia
En compaña de tu gente;
A mí me acompañarán
Cuatro cirios solamente!
¡Ay de mí!

A tí te estarán echando
Ricas sábanas de olan;
A mí me estarán echando
Unas espuertas de cal:
¡Ay de mí!

Irás á misa de novia
Con tu maridito al lado,
No serás para decir
«¡Dios le haya perdonado!»
¡Ay de mí!...

Si pasas por mi sepulcro
Tres años despues de muerto
Y me nombras por mi nombre,
Te responderán mis huesos:
¡Ay de mí!!!

Al oir las primeras coplas, Paz lloró; al oir las que siguieron, se agitó y vaciló; al oir las últimas, abrió la ventana. La luz de la luna dió sobre su cara pálida y bañada de lágrimas, como sobre una azucena cubierta de rocío.

Un jóven de persona fina, y facciones delicadas, de gracioso y airoso porte, la aguardaba: era Manuel Diaz.

—¿No quiéres ya hablarme, Paz? la dijo.

—Me lo han prohibido, Manuel.

—¡Prohibido! ¿y porqué?

—Porque andas al contrabando.

—¡Válgame Dios! y ¿qué delito es ese? ¿No sabe tu Padre, que es para mantener á mi Madre y mis hermanos?

—Sí sabe; pero dice que la causa no justifica los medios, Manuel.

—Pues bien, Paz, dejaré de hacerlo. Pero no dejes de abrirme la ventana; que sin eso no puedo vivir.

—¡Qué! ¿no harás mas contrabando? ¿jamás?.... ¡Oh! quisiera creerlo! Pero Padre dice que el contrabando es como el juego; que engrie; y que una vez que se le toma el gusto, siempre se vuelve á las andadas.

– ¿Tienes fé en mis palabras?.... pues te la doy. Con lo que llevo ganado, mercaré unos bueyes y una carreta, y asi ganaré mi vida.

—¿De verdad, Manuel? ¿desde hoy?

—Desde hoy no. Prometí al amo ayudarle á meter cuatro cargas de tabaco que tiene escondidas cerca de aquí, y cumpliré; no le dejaré plantado.

—¿Tabaco? ¡Dios mio! ¡Manuel, Manuel! por la Vírgen Santísima, no vayas!

—Tengo que cumplir con lo prometido, Paz. Eso te probará que lo que ofrezco, lo cumplo; y puedes descansar para de aqui en adelante.—¿Pues no dicen que Juan Mena te pretende?

—No sabe que te quiero.

—¿Y si se empeña?

—Yo no querré.

—¡Paz, Paz! tú eres tan suave, tan incapaz de resistencia! ¡si te persuaden! ¡si te vuelven!

—No lo temas: ¿tienen acaso otra razon que oponerme que tu contrabando?

Mientras las muchachas hablaban cada cual en su ventana, la tia Juana, á quien se le habia entumecido el pescuezo, se despertó, se dió una friega en la nuca, y abrió los ojos tamaños, cuando al notar los asientos de sus nietas vacíos, alzó la vista y las vió cada una en una ventana, de rodillas en el poyete, la punta de un pie ligeramente apoyada en el suelo, el cuerpo echado adelante, y teniendo

el postigo con la mano para poderlo cerrar á la menor señal de alarma.

Las madres del pueblo en España, tiernas, apasionadas, entusiastas en su cariño materno, tienen á pesar de eso, la idéa de que no hay leccion que aproveche, sino la graba en la memoria un golpe ó un porrazo bien dado.

Así es que la tia Juana, despues de haber mirado bien á una y otra, dijo: ¡Bien, bien! ¡me gusta! Ya os cojí, bribonas! Y levantándose, se acercó andando sobre las puntas de los pies, á Luz, que no notó su llegada, sino por un buen porrazo que recibió en el hombro.

Luz cerró de golpe la ventana, se volvió hácia su Abuela á quien llevaba una cabeza, cogió la mano que le pegaba, y dijo:

—Abuelita, se vá Vd. á lastimar la mano: ¿porqué me pega Vd?

—¡Y lo preguntas, pícara, cuando te cojo en la reja!

—Mirando la luna, Madrecita, que parece un sol; mírela Vd., dijo abriendo la ventana de par en par.

Tia Juana metió las narices por las rejas; pero á nadie vió.

—Y ¿crees acaso engañarme, buena alhaja, porque Márcos Ruiz corre como un gamo? dijo á su nieta. Se volvió hácia Paz; pero esta habia oido á su Abuela y se habia vuelto á sentar en la copa bajando la cabeza.

—¡Mire Vd., mire Vd. la mojigata que parece no ha perdido la gracia del bautismo, y se la está pegando á su Abuela!

Tia Juana, diciendo esto, levantó su manita; pero Paz cruzó las suyas, y le dijo:

—¡Madre, me ha dicho que ya no hará mas contrabando!

Tia Juana dejó caer su mano, y contestó:

—Ea, bien!.... pues eso, compónlo allá con tu Padre.

Al siguiente dia de esta escena, vino al pueblo una partida; el oficial que la mandaba, fué alojado en la casa en que yo paraba.

Yo mandé convidarle á cenar aquella noche.

—He venido, dijo el oficial, por la denuncia que hicieron de un contrabando de tabaco.

Un presentimiento me advirtió que alguna desgracia habia sucedido; y así fué que fuertemente conmovido, pregunté al oficial si habian cogido el contrabando.

—No solo el contrabando, sino á los contrabandistas, respondió el oficial.

Volví á poner con mano trémula sobre la mesa la copa que iba á llevar á mis labios.

—Imposible es, prosiguió el oficial, acabar con el contrabando en un pais en que los contrabandistas son hombres valientes, hasta amar el peligro; entendidos, hábiles, incansables, aventurosos, que se rastrean y esconden por el pais que cono-

cen á palmos, como culebras, y en donde ninguna idea de ignominia se une al contrabando. No obstante, hay entre los presos un muchacho que me ha inspirado mucha compasion....! Parece tener vergüenza y ser honrado; se conoce no es del oficio. Desde que le cogimos, bajó la cabeza, y no habló palabra. Apenas habíamos llegado á las casas capitulares, cuando entró una muger con aire enfermizo, con los ojos desencajados, pecho latiente, y vino á caer á mis pies, arrancando de su corazon un grito que decia:

—¡Soy su Madre!

Una niña de doce años y dos niños la seguian sollozando.

En cuanto al jóven, en quien la vergüenza habia contenido toda demostracion de dolor, cuando vió á su Madre, cayó al suelo, y el golpe de su cabeza sobre los ladrillos retumbó hondamente. Me apresuré á alejarme de un desastre que no podia aliviar.

—¿Y qué le espera? pregunté con angustia.

—Ocho ó diez años de presidio, respondió el oficial.

—Su existencia perdida! exclamé: ¡su Madre muerta de pena y miseria! ¡sus hermanos mendigos ó perdidos!....

—¿Y qué puedo yo hacerle, respondió el oficial; siendo las órdenes terminantes para llevar los presos á Sevilla?

—¡O señor! dije sin saber lo que me decia; ¿no ahrá algun medio?....

—¡Qué yo haga un contrabando de otra especie, contestó el oficial, dejando fugar un preso! ¿No sabe Vd. que tendría para mí el mismo resultado que Vd. lamenta en el contrabandista?

CARTA OCTAVA.

El mismo al mismo.

Mi última carta, querido amigo, era tan larga, y estaba tan cansado de escribir, que te la remití sin decirte nada de los nuevos pesares que me afligen; y ya que me dices que tanto te interesas en ellos, te los comunicaré antes de proseguir en la relacion de mi Tio.

Como me es imposible hablar con Casta todas las noches, entre dos luces paso por su calle. Como es verano y se habita lo bajo de la casa, Casta puede sentarse en la reja de su ventana baja. Al pasar, introduzco por entre las persianas una carta que enrollo en forma de bastoncito: ella, al mismo tiempo, deja caer una esquela que recojo al paso.

Hay pocos dias que al pasar, introduje mi carta por la celosía, como siempre; pero en vano busqué la carta de ella; y como no siempre le es posible escribirme, me persuadí que no habia ninguna, y me alejé, sin parar la atencion en un chiquillo

que se habia arrinconado debajo de la ventana, y que se echó á correr que bebia los vientos.

Una hora despues, me fuí, como siempre, á la tertulia.

Estaba yo muy abatido, tanto á causa de no haber tenido carta de Casta, como por causa de la insufrible persistencia de D. Judas en perseguirla. No sé si el papel de *media azul*, (*bas-bleue* como dicen Vds.) que habia jugado Casta para alejarle, no ha bastado á vencer su obstinada inclinacion; ó si persiste en su intento, por amor propio, ó por el gusto bajo de hacer mal tercio. Ello es que la persigue como su sombra, sufriendo los desdenes de ella con paciencia y sin retroceder un paso, ni desistir de sus pretensiones.

Estaba yo en un balcon, donde hallaba silencio y sombra que me ocultase.

Casta halló medio de acercarse, con pretexto de buscar sobre el piano, que estaba cerca, una cancioncita andaluza que está de moda, la Jaca de terciopelo. Mientras ojeaba los cuadernos de música, me dijo á media voz y sin mirarme:

—¿Mi esquela?

—No la he hallado.

—¡Dios mio! La eché al suelo como siempre.

—Corro á buscarla.

—Aguarda que me aleje.

En este momento entraba D. Judas con aire triunfal, cual un General romano, echando sillas al

suelo, pisando el perrito faldero de la señora de la casa, y tropezando con los que se hallaban en su camino. Así llegó hasta el Administrador, al que dijo, entregándole un papel, que se lo acababan de dar; que creía era una broma, y que pedia que lo leyese en voz alta.

—Apuesto cualquier cosa, dijo el Administrador, á que es cópia de algun programa de fiesta en Sanlúcar, en el Puerto ó en Cádiz, en el cuál los caballos y toros de Vd. serán puestos en las nubes. ¿Es eso? Veamos.

Se hizo un gran silencio, y el Administrador leyó:

«Cuando se ama con constancia se sufre con firmeza. Jóvenes somos, y tenemos una eternidad delante; aguardemos. ¡Aguardar es tan dulce cuando lo que se aguarda es la felicidad! Crié un rosal que tardó en echar rosas: pero ¡cuánto gocé con cuidarlo, regarlo, ponerlo al sol! No temas por Dios; el viejo grosero y malísimo.... (aquí hay una inicial) me inspira el alejamiento y causa el horror de un sapo. Mi Madre pronto se desengañará: el oro, ese vil metal puede deslumbrarla, pero no engreirla; mi buena Madre no quiere sino mi felicidad, y esa no existe para mí sino á tu lado.»

Mientras duró esta lectura, en la que sin duda habrás reconocido la esquela de Casta que yo no habia podido hallar, y que aquel pilluelo, sin duda apostado allí por D. Judas, habia arrebatado; Cas-

ta habia ido á refugiarse al lado de su Madre, y contenia á duras penas las lágrimas que se agolpaban á sus ojos. Yo sentia el frio de la palidez que cubria mi rostro, y destrozaba entre mis encrispados dedos mi pañuelo; pero ¿qué hacía? ¡Siempre las circunstancias ponian esposas á mis manos, mordaza á mis lábios!

Por lo que toca á D. Judas, déjo á tu consideracion graduar el cambio repentino que se hizo en su corazon, que resplandecia del innoble placer de una baja y nécia venganza, cuando el Administrador leyó el párrafo que indudablemente le concernia.

Aunque á nadie nombraba la esquela, la risita de D. Judas, y sus guiñadas señalando á Casta, hubiesen enterado á todos, aun cuando la situacion de la pobre Casta no lo hubiese hecho. Al oir el epiteto *viejo*, se apagó su risa de repente; al oir *grosero*, abrió los ojos tamaños; y cuando se oyó apellidar *sapo*, exclamó involuntariamente:—¡Desvergonzada!

Al oirle, un murmullo confuso de risas, sucedió al embarazado silencio que reinaba. Las señoras se cubrian la boca con sus pañuelos, y doña Mónica, que empezaba á enterarse, echaba á su hija miradas amenazadoras.

—Déme Vd. ese papel, dijo D. Judas furioso al Administrador.

—No, respondió éste, acercando el papel á una

bujía, cuya llama consumió en el acto la hojita.

—Hay nombres: y aunque me son desconocidos, algun otro podia conocerlos, y los suaves y tiernos desahogos del corazon, esas flores de juventud, sinceros y exaltados como ella, necesitan el secreto, como la violeta la sombra, y se deben respetar como la inocencia.

—Es que no hay solamente, repuso D. Judas, *suaves y tiernos* desahogos, como Vd. dice; hay sendas desvergüenzas, que no creo se deben *respetar como la inocencia.*

—Tanto más en mi abono, dijo el Administrador; razon más para impedir que se sepa á quién son dirigidas. Crea Vd., señor D. Judas, que si hubiese podido sospechar el contenido de la esquela, no la hubiera leido. Creí cuando Vd. me la entregó, que era una broma; pero no pensé que fuese una vergonzosa indiscrecion. Mucho celebraria poder presentar á los interesados mis excusas sobre la parte involuntaria que en este vergonzoso lance he tenido.

¡Yo estaba fuera de mí! Mucho tiempo habia contenido mi indignacion contra ese hombre odioso; pero ahora, la publicidad que habia dado á su proceder, me autorizaba á dar libre curso á mi resentimiento.

Le aguardé á la salida.

—Caballero, le dije; es Vd. un insolente botarate, un atrevido entremetido. Vd. sabia quién ha-

bia escrito la esquela; Vd. sabia á quien era dirigida.

Don Judas volvió la cara á todos lados, y no viendo á nadie, se puso á temblar, y quiso disculparse, negando el haber sabido de quién era la esquela.

—Dé Vd. gracias á Dios, le dije sacudiéndole por el hombro, de que soy bastante moderado y caballero para no hacer pedazos mi baston sobre las espaldas de un hombre, demasiado viejo para poder, demasiado torpe para saber, y demasiado cobarde para defenderse. Pero sepa Vd. que esta moderacion cesará desde el instante en que sépa que la señorita Casta tiene en lo mas mínimo que sufrir por causa de Vd.

—No hay cuidado, señor; no tema Vd., D. Javierito: mañana mismo me voy á Jerez. Usted comprenderá que renuncio á unirme con quien me designa el papel de sapo.

Al dia siguiente, el señor Barbo partió en el vapor *Rápido*, el cual deseo que haga honor á su nombre, y que no afloje su carrera hasta llegar á los antípodas.

Libre ya de aquí en adelante, de este énte odioso, podré proseguir con mas sosiego los relatos de mi Tio, que con tantas instancias me pides. Continuólos así:

«En el año 1822, fuí á cazar, unos dias, á Dos-Hermanas.

Ocho años habian pasado, y traido considerables cambios en la familia, cuyas desgracias te refiero.

La suave Paz, despues de haber amargamente llorado su perdido amor, habia cedido á las instancias de sus Padres, casándose con Juan Mena.

Luz, contra la voluntad de sus Padres, habia sido sacada por la Iglesia, y era muger de Marcos Ruiz el arriero.

Tia Juana y tio Antonio hacian la segunda edicion, corregida y aumentada, de Filemon y Báucis. Fuí á verlos á todos.

Paz, siempre suave y modesta, siempre endeble y caida, vivia en una especie de lujo campesino, con el que la rodeaba su marido, que se miraba en ella como en un espejo.

Tenian una casa grande y buena, cuyo patio rebosaba de flores y enredaderas. Su sala en nada se diferenciaba de la de los demás habitantes acomodados del lugar, sino en su excesivo aseo. Los ladrillos del suelo parecian tener barniz á fuerza de aljofijados; las paredes tenian el blanco inmaculado de la nieve reciente; las cortinas de los huecos no desdecian de las paredes; sillas bastas de paja las rodeaban. En el testero, frente á la ventana, habia una mesita de caoba, sobre la cual se hallaba una Imágen de la Vírgen con su pedestal de cabecitas de ángeles; á su lado, dos vasos grandes de cristal llenos de flores.

Paz, sencillamente vestida con un trage listado violeta y blanco, y al cuello un pañuelo de muselina bordado por ella, estaba sentada en una silleta baja cerca de la ventana entornada, y cosía.

Al verme, se sonrojó; pues en su tranquilo interior habia adelantado tan poco en la vida, que habia quedado la suave y sencilla jóven que conocí.

Me habló de su marido con una ternura, en la que se mezclaban veneracion y gratitud.

En el curso de la conversacion me arriesgué á decirla: ¿Y Manuel Diaz? ¿se acuerda Vd. de él?

Un ligero sonrosado se extendió despacio y suavemente sobre su blanca cara, cual se vé sobre una concha, á la que extraen la perla que en su seno abriga, y respondió:

—Me acuerdo para rezar por él, y tan solo en la Iglesia.

—¿Ha muerto? pregunté.

—¡Para mí, sí! contestó.

De ahí á un rato añadió:

—¿Puede Vd. creer, D. Justo, que le dijeron al infeliz ántes de partir, que era mi pobre marido el que habia dado el soplo? ¿Mi pobre Juan, que mantuvo á su Madre, y que costeó el entierro y la enfermedad de que murió, cuando condenaron á su hijo? Pero fué uno de los contrabandistas quién dió el soplo, y se lo achacó á mi marido.

—¡Qué infamia! exclamé.

En este instante entró Juan Mena con su hijo.

—Aquí tiene Vd. á mi Diego, me dijo despues de saludarme cordialmente, y presentándome un hermoso muchacho de seis á siete años.

—Se parece á su Madre, ¿no es verdad? Hace bien; porque yo no soy bonito.

—¡Oh! no, exclamó Paz, debe parecerse á su Padre en todo. En todo, ¿lo oyes, Diego?

El niño se sonrió. Bajó la cabeza en señal de asentimiento, y luego miró á su Padre con una indecible expresion de ternura.

Era dulce el ver este niño colocado así y apareciendo iluminado de esos dos cariños: el de su Padre, activo y fuerte como la luz del sol; el de su Madre, suave y tranquilo como la luz de la luna!

—No tenemos mas que un pesar, prosiguió Juan Mena, y es el que nos causa la situacion de nuestra pobre hermana Luz. Márcos Ruiz siempre la hizo la vida amarga con sus celos; pero, en fin, ganaba su vida; y su muger y sus hijos no sufrian hambre. Mas desde que cegó.....

—¿Qué, cegó? exclamé.

—¡Ay! sí señor, y de gota serena, que no tiene cura. Desde entónces, solo Dios sabe lo que están pasando! Sus celos son ya una pasion de ánimo, que devoran el corazon como la gangrena. Hacemos lo que podemos por ellos. Pero Luz, que es mas orgullosa que una Reina, no quiere tomar nada de mí. Dios sabe las tretas de que se tiene que va-

ler Paz para socorrerlos; y solo por medio de Madre Juana se logra. Pero admire Vd. su fuerza y su valor! Todos los dias, que llueva, que ventée, que se asen los pájaros en el aire, vá á los Palacios, á dos leguas de aquí, y trae tabaco que revende con corta ganancia. ¡Y hasta éste único recurso su marido se lo quiere quitar por celos! Cada noche á su vuelta la arma una pendencia, que ya!..... Esto lo sabemos por los vecinos; porque lo que es ella, nada dice ni hecha trizas. Esta es su vida.

—No, su purgatorio! dijo Paz secándose los ojos.

—Algunas veces, prosiguió Juan Mena, se la pegamos: ¿no es verdad, Diego? Nada menos que ayer: yo y Diego fuímos á ver las cabras, y le dije al cabrerizo: llename ese cántaro de leche, harás menos quesos hoy. Cuando llegamos á casa le dije á la moza: anda, toma, y vésme por arroz y azúcar, y con esa leche házme una fuente de arroz con leche como para un regimiento. En seguida va Diego por sus primos; yo me traigo á Madre Juana, que tenia allá los dos mas chicos, y que es su merced golosa, como todas las viejas. Cuando estuvieron ahí, les dí á cada uno su cuchara de palo; puse la fuente sobre una mesilla baja, y les dije: Ea, hijos mios, en nombre de Dios, comed! y cuidado con no dejar la fuente vacía. ¡Qué felices estaban! ¿no es verdad, Diego?

—Y nosotros ¡qué contentos! ¿no es verdad, Padre?

—Fuí entónces á buscar á Paz; pero mi mugercita se me echó á llorar, cuando vió el ánsia con que los angelitos se engullian el arroz. Porque es mas buena mi Paz, mi *Paz del cielo*, que así ha entrado y así permanece en esta casa!... y la quiero.... la quiero, D. Justo, que me parece que el aire la ofende! Quisiera meterla en un relicario de oro como una reliquia! Y vea Vd. que por tal que ella y mi Diego comiesen bizcocho, comeria yo pan negro toda mi vida!

Al alejarme de este suave cuadro de felicidad y virtudes domésticas, me fuí á casa de Luz. Ví á Márcos. Sus grandes ojos negros, estaban abiertos y muertos como los de las figuras de cera. Su vista, que no se esparcia á fuera, se concentraba adentro, á fijar todo aquello que su imaginacion cavilosa y desconfiada creaba: quimeras y fantasmas y visiones, tan lejanas de la verdad como de la razon: era una vista destrozadora!

—¿Con que nada veis? le dije.

—No señor, me respondió con voz sorda: no hay para mí sino noche! ¿Hay aún *luz del dia*? ¡Oh! la hay; pero yo no la veo!

—¿No sois feliz? la dije á Luz cuando vino á acompañarme hasta el umbral.

—¿Es posible serlo, respondió, viendo á un hombre, de poco mas de treinta años, en quien Dios

paró la vida, sin darle el descanso de la tumba?

—¿Os atormenta, Luz? ¿Es celoso?

—¿Quién ha dicho eso? exclamó echándome una mirada altiva y enojada. Me callé.

Estas dos mugeres jóvenes y hermosas, habian formado segun su naturaleza, carácter y suerte, dos tipos igualmente marcados y admirables.

Paz, tan blanca, suave, delicada y retirada, parecia una de esas lánguidas y aéreas castellanas de la edad media, guardadas entre terciopelo y piél de cisne, en sus castillos inaccesibles, como los pintores de la patria de Ossian las dibujan sobre el arrasado papel de sus *Keepsakes*. Mientras que Luz, esa muger alta y airosa, que anda con paso firme y ágil, con las carnes doradas al sol y endurecidas por el ejercicio, con la cabeza erguida y frente altiva, que no dobla la miseria, era el tipo de una de esas estátuas de amazona, fundidas en bronce dorado, por un escultor del carácter y fuerza de Benvenuto Cellini.

Un dia que yo estaba sentado en el patio de la hacienda, mirando en su fachada una parra que la cubria, y que podada por el jardinero, formaba al rededor de las ventanas esos arabescos de troncos y ramas secas que hacen hoy dia los dibujantes con una gracia tan original, oí á mi criado (que acababa de llegar de Sevilla, donde le habia yo enviado), y le decia al capataz:

—Es verdad, señor Miguel, que he venido hoy

mas tarde que otros dias; pero es porque en la venta de Guadaïra he tenido un encuentro que me detuvo.

—¿Qué encuentro?

—Un hombre, que con un rosario de preguntas, me ha tenido embromado.

—¿Y qué clase de sugeto era?

—Un hombre de pobres trazas: sus vestidos eran viejos y estaban desgarrados; una de sus piernas tenia una señal colorada al rededor; pero era jóven y bien parecido.

—¿Y qué te decia?

—Principió por preguntarme si venia á Dos-Hermanas. Le dije que sí.

—¿Conoce Vd. allí las gentes?

—Sí conozco; que vengo á menudo.

—¿Conoce Vd. á la gente de tia Juana Ortega?

—¡Como mis manos!

—¿Se casó una de las hijas con Márcos Ruiz?

—Sí, y la otra con Juan Mena el capataz.

El hombre dió un brinco sobre el banco en que estaba sentado, como si le hubiese picado una víbora.

—Es cierto, pues! murmuró entre dientes.

Al oir estas palabras, prosiguió mi tio, mi sangre se cuajó en mis venas. ¡No me quedaba duda! El hombre que habia hablado con mi criado, era Manuel Diaz. Manuel Diaz, que acababa de llegar de presidio despues de cumplir su condena: Ma-

nuel Diaz, bajo la influencia de una falsa convicion, creyendo á Juan Mena su delator! ¡Desgraciado! que por ocho años habia reprimido su ira y sus celos; que por ocho años arrastró la cadena, la ignominia, el hambre y el trabajo; teniendo siempre ante sus ojos la impunidad de su bajo enemigo y la dicha de su competidor; que al llegar, lo primero que veia era la confirmacion de sus sospechas, y que se convencia de que la que amó, fué el premio así como el motivo de una delacion, de la cual él habia sido la víctima! ¡Me estremecia!

El criado prosiguió:

—Yo le dije ¿qué estais ahí gruñendo de delacion, amigo?

—Nada.

Y luego prosiguió:

—¿Conoce Vd. á la familia de Manuel Diaz?

—¿El presidiario?

El hombre hizo otro movimiento tan brusco, que meneó la mesa, y los bancos, y dijo:

—Sí. ¿Su Madre?

—Muerta.

El hombre se inmutó, y se puso como de cera! Pensé que le habia dado algo, y le dije:

—¿Está Vd. malo?

—No, respondió; un maréo; esto pasará. Pero.... responda Vd. ¿Y su hermana?

—¿Su hermana? me eché á reir.

—¡Su hermana! gritó aquel hombre, cogiéndome

por el hombro, y sacudiéndome con fuerzas de loco.

—¡Eh! le grité, ¿qué perro rabioso os ha mordido, ó qué yerba venenosa habeis pisado? ¿Qué derecho tiene Vd. de preguntarme, ni yo qué obligacion de contestarle, mucho mas cuando me viene preguntando por mozuelas perdidas y sin vergüenza?

El hombre me soltó; y se puso cárdeno; sus lábios temblaron, rugió como un toro, dió una vuelta en derredor como un trompo, y se salió.

El ventero y yo nos miramos.

—¿Está borracho? le dije:

—O loco! contestó el ventero.

Un momento despues volvió á entrar; parecia mas sosegado.

Yo, que lo que queria era largarme, me iba á salir; pero me detuvo.

—Por el amor de Dios, me dijo: contésteme Vd. ¿Y sus hermanos?

El uno salió soldado: el otro se desapareció; no se sabe de él.

—¡Gracias! me dijo con voz sorda.

—¿Va Vd. á Dos-Hermanas? le pregunté.

—Sí, dijo, voy á pagar una deuda que tengo allí.

—Pidió al ventero su escopeta, y le dejó en rehenes un relicario de plata. El ventero le dió el fusil, pues comprendió que tenia miedo le robaran el dinero que llevaba para pagar la deuda.

Algun tiempo caminamos juntos; á medio ca-

mino me preguntó si Juan Mena tenía todavía sus viña junto al Hoyo del Negro.

—Y otra junto, que ha comprado, le dije: todos los dias va á ellas.

Se separó de mí, segun me dijo, para correr tras de una liebre que se metió en un olivar. Yo me pienso que ese hombre está tocado.

—¡Oh Dios mio! haced que llegue yo á tiempo, exclamé, arrojándome fuera, y corriendo á casa de Paz.

La hallé tranquila como siempre, sentada en su silla baja cerca de la ventana.

—¿Y vuestro marido, Paz? le grité.

—En su viña, D. Justo, respondió con su dulce y baja voz.

—Voy á la viña, Paz; tengo que hablarle en este mismo instante. ¿Hay un mulo en la cuadra?

Paz levantó la cabeza, y me miró con sorpresa.

—Juan ya vendrá, me dijo, ya es hora.

—Un mulo, un caballo! ¡pronto, pronto! es preciso que le hable.

—¡Dios mio! dijo Paz, con su calma; ¿qué priesa teneis D. Justo?

—¡Paz! exclamé, hay ocho años que Manuel Diaz fué á presidio. Un hombre ha llegado hoy; ese hombre ha preguntado por Juan Mena, á quien llama su delator: ese hombre, Paz, llevaba una escopeta.

—¡Oh Vírgen Santísima de las Misericordias! gritó Paz: id, id, D. Justo, voy con Vd.

Quiso levantarse; pero á la infeliz le faltaron las fuerzas, y volvió á caer sobre su silla, pálida como una mortaja.

En aquel instante la puerta se abrió: varios hombres entraron: llevaban en brazos y pusieron en el el suelo, á un niño cubierto de sangre!

—¡Jesus María! esclamó Paz cayendo de rodillas ante el niño, esa sangre....

—¡Es la sangre de mi Padre! dijo el niño con voz sorda y pausada.

—¿Y tu Padre?

—¡Muerto!

—¿Por quién?

—No sé; un hombre que salió detrás de un vallado, le dijo: «Juan Mena, no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague!...» Levantó la escopeta!...

—¡No mates á mi hijo! exclamó mi Padre: el tiro salió....

La infeliz muger cayó de cara contra el suelo, con un grito penetrante y agudo!

—¿No conociste á ese hombre? pregunté al niño.

—¡No! me respondió. Pero de aquí á cien años, entre cien asesinos, reconoceré al de mi Padre. Y le encontraré; sí, le encontraré! Porque él lo ha dicho; «no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague!»

Y el estupor en que el espanto y el horror habian sumido al niño, disipándose por grados, y su-

cediéndoles el dolor, sus miembros temblaron, su oprimido pecho lanzó gritos, y en ademanes desesperados se arrancaba á tiras la camisa, gritando: ¡Ved, ved! esa es la sangre de mi Padre! ¡La sangre de mi Padre! de mi Padre.... ¡de mi Padre!

Paz sobrevivió poco á una catástrofe, que no tuvo fuerzas físicas ni morales suficientes para resistir.»

Al recuerdo de esta escena, mi Tio se halló tan profundamente conmovido, que no pudo proseguir, y me hizo seña de dejarle solo.

CARTA NOVENA.

El mismo al mismo.

Mas de un mes he estado sin escribirte! Las reconvenciones que sobre esto me haces, lisonjean tanto al amigo, por el interés que tomas en mi desgraciada situacion, cuanto al narrador, por el interés que te inspiran mis relatos. No he tenido humor para nada; y me creerás cuando te diga que Casta se fué! La época de los baños se acerca, y su Madre se la ha llevado á Cádiz. ¿Te diré acaso que Sevilla, que ha poco me parecia la Reina de las ciudades, coronada de azahares y olivas, me parece hoy una triste viuda coronada de cipreses? Te sonreirias con lastimoso desden, desde lo alto de tu indiferencia; pues no se comprenden las penas

del amor y de la ausencia, sino amando y ausente uno mismo.

Además, mi buena Tia ha estado mala, y mi Tio ha sido entretanto su inseparable é incansable enfermero. No puedes pensar cuánto se quieren. Podrás observar que España, donde todos los casamientos se hacen por amor, es el pais en donde se ven los mas felices matrimonios. Aquí son raros los divorcios, aunque son autorizados en ciertos casos por las leyes del Estado y de la Iglesia. Aquí no se estilan habitaciones separadas, ni aun en la extrema vejez. Aquí no hay cuentas ni intereses separados; el *mio* y el *tuyo* no existen. Aquí, en el caso de una infidelidad (caso raro) se prefiere casi siempre el perdon al escándalo, porque parece que con la bendicion nupcial, la Religion que la dá, impregna un cariño, que santifica con su santidad la fuerza y la pureza de los cariños de la sangre.

Vas á decirme que soy tan entusiasta del matrimonio porque amo á Casta. Puede. Y es cierto que si me la dieran por querida, la rehusaría. Solo llamándola mi muger, mi compañera ante Dios y los hombres, la estrecharía sobre mi corazon y me atrevería á llamarla mia.

Pero es fatigar bastante tu atencion con mis penas y mis propios asuntos. Vuelvo á mi Tio.

Este volvió á coger el hilo de su narracion de esta suerte:

Pienso, hijo mio, que lo que te cuento está de tal manera lleno de eventos trágicos, que se van enlazando como una cadena, cuyos eslabones fuesen cada cual una calavera; pienso, digo, que podría parecerte un cuento inventado á placer. ¡Pluguiera á Dios que así fuese! Pero créeme, hijo mio, en punto á desgracias y sufrimientos, la realidad sobrepuja á la invencion; y el destino tiene complicaciones y acasos, que no podría crear la imaginacion mas activa. Para que lo que te voy refiriendo sea cierto y posible, es preciso toda la energía de los pueblos del Mediodía. Es necesario que el hombre no haya aún entibiado sus pasiones, buenas y malas, por la civilizacion moderna; es preciso que un instinto primitivo le sugiera y grite que es su derecho hacerse justicia por sí mismo; es indispensable que una fuerza de carácter que el tiempo no pueda debilitar, ni la razon calmar, grabe la injuria, como la marca de un hierro ardiente, imborrablemente sobre su corazon, y que creyendo en Dios y en su justicia, sacrifique su eternidad, así como sacrifica su existencia,—esto, es con premeditacion y con valentía,—á la necesidad imperativa de hacerse justicia. Por desgracia, las leyes no juzgan sino el delito; yo quisiera que se juzgasen tambien las causas que lo hacen cometer.

Pero esto es una digresion, hijo mio, que si bien es necesaria para aclararte ó hacerte comprender la continuacion de esta historia, podría

parecerse á una de esas modernas oraciones en favor de los criminales y de la clase pobre, que no son sino una nueva arma, ó semilla revolucionaria que llevará sus frutos como las otras. Prefiero con mucho, mi querido Javier, el maravedí de la viuda, á esas vocingleras filantropías, que en lugar de esparcir buenos sentimientos de moderacion, paz y conformidad en el pueblo, no esparcen sino una mala levadura, que rebela al pobre contra su situacion, sin mejorarla. Ten presente igualmente, que los eventos que te refiero, léjos de seguirse uno tras otro, han tenido entre sí largos intervalos, tan dilatados que han llenado mi larga vida. Ahora, pues, prosigo:

Algun tiempo despues, un dia que salia para la Audiencia, al llegar á la puerta de la calle, oí gritos, gemidos, aullidos tan atroces, que me quedé parado y absorto; porque jamás, seguramente, habian llegado á oidos humanos tales sonidos.

Se acercaban; y tal era mi asombro que me paralizó, y no pude ni proseguir, ni marchar ni retroceder.

Entónces ví llegar á una muger, á la que otras seguian, que no podian ó no se atrevian á alcanzar. Esta muger, lívida, con los ojos desencajados, cuyos cabellos blancos pendían en desórden, que se desgarraba con sus uñas el pecho, tan pronto levantaba los brazos y los ojos al cielo como pidiéndole auxilio, tan pronto los dejaba caer hácia

el suelo, como implorándole se abriese bajo sus pasos para sepultarla. Esta terrificante imágen de un dolor que no podia tener semejante, pasó por junto de mí, cuando ya su voz quebrada no podia formar sino el hipo ó estertor del moribundo. Una muchedumbre compasiva la seguia en silencio taciturno, con el que involuntariamente respeta aún la hez del pueblo un gran infortunio.

—¿Qué es eso? preguntó la criada que se habia asomado á la puerta.

Una de las mugeres que seguian llorando á la infeliz, contestó:

—¡Acaban de condenar á su hijo á muerte!

Volví á entrar en mi casa: aquel horrible espectáculo me habia trastornado.

Pero, ¡cuál sería mi sorpresa al verse formar grupos ante mi puerta y penetrar en casa, trayendo á su cabeza al Alcalde de Dos-Hermanas!

—¿Qué se les ofrece á Vds., señores, les dije, y en qué puedo servirles?

—Venimos, señor D. Justo, contestaron, á pedir á Vd. nos haga una representacion, que firmarémos todos para presentarla al tribunal.....

—¿Y qué piden Vds?

—Que la ejecucion que han decretado los Jueces, con cláusula de que se haga allí mismo donde se hizo el delito, no se lleve á efecto..... No queremos justicias en Dos-Hermanas; es una ignominia.... quedaría el pueblo deshonrado!... Ponga

Vd. que no hemos de pagar justos por pecadores; y añada Vd. que estamos resueltos á irnos todos de Lugar si esto se lleva á cabo.

—¿Pero quién va á ser ajusticiado? pregunté; ¿qué delito se ha cometido?

—¿No lo sabe Vd., no vió Vd. pasar á esa infeliz?

—¿Qué infeliz?

—¡Su Madre!

—¿De quién?

—De Márcos Ruiz.

—¿Qué ha hecho, justo cielo?

—¡El es el reo.... el asesino....!

—¿De quién..... de quién?...

—De su muger, de la pobre Luz!

Caí anonadado sobre una silla cubriendo mi cara con ambas manos.

Por una de esas ojeadas lúcidas que en un momento de angustia y de dolor parecen atravesar é iluminar lo pasado con la claridad y rapidez del rayo, ví á aquellas dos desgraciadas criaturas nacidas con igual belleza, para sufrir igual infortunio; ambas, víctimas del hombre que habian amado!...

Las ví de edad de cuatro años, bellos ángeles que dormian y rezaban, entre las dos espantosas catástrofes, la de su nacimiento y la de su muerte. Las ví á los diez y ocho años, bellas, jóvenes, mellizas en hermosura y suerte; amando y creyendo en la felicidad; confiando en aquellos hom-

bres que las amaban, y que habian de ser sus verdugos!

En el fondo de este cuadro, la pobre tia Juana; cuyo carácter parecia formado por un vivo y alegre rayo de sol y por un claro y puro chorro de agua, para atravesar sin obstáculo un tranquilo y florido valle; la pobre tia Juana, que habia extendido la mano á la vida como á una amiga, y que la vida habia quebrantado y deshecho con su pié de hierro!

Debí, ó sublevarme contra la suerte como un pagano, ó adorar los decretos de la Providencia, sin comprenderlos, como cristiano! Esto último fué lo que hice.

Despues de haberme sosegado un poco, inquirí los pormenores de esta desgracia; y esto supe:

Los celos, que como volcán subterráneo, abrasaban y consumian á Márcos Ruiz, no solo le volvieron misántropo y cruel, sino que acabaron por hacerle insensato.

Porque este hombre tenia treinta años; amaba á su muger con pasion, y su muger era soberanamente hermosa! Dudaba de todo el pobre; pues la conviccion no podia llegar á él, porque los celos cegaban su alma, y la enfermedad sus ojos! Era poderoso en fuerza, en voluntad, vigor y energía; y esta fuerza, esta voluntad, este vigor, esta energía, encadenados y concentrados, le ahogaban!

Habia dicho á su muger: «No quiero que vayas á los Palacios.»

Su muger se encogió de hombros.

—¿Y os he de dejar morir de hambre?

Fué.

Aquel dia los vecinos vieron á Márcos afilar un cuchillo.

A la noche su muger volvió.

Dió de cenar á sus hijos, y se acostó. Estaba tan cansada, que no tardó en dormirse.

Su marido no dormia!

A media noche, Márcos sacó el cuchillo que habia escondido debajo de la almohada.

Se acercó á su muger, para cerciorarse de que dormia.

—¡No volverás á los Palacios! dijo con voz sorda, y clavando con mano firme y segura el cuchillo en su pecho.

—No se gozarán en mirar tu hermosura, ni aun despues de muerta! prosiguió partiendo aquel hermoso rostro de arriba hasta abajo.

Ella no se movió, ni profirió una queja.

Márcos Ruiz tenia la mano segura. El golpe habia sido bien dado.

La muerte de Luz, fué como sus demás sufrimientos; aislada, silenciosa, y secreta entre ella y Dios.

Márcos Ruiz se sentó á la cabecera de la cama, y aguardó.

Llegada la mañana, los niños se levantaron y se pusieron á jugar en camisa á la puerta de la calle. Los vecinos hablaban, cantaban, reían.

Márcos Ruiz impasible no se movió.

—¡Chiquillos! dijo la tia Juana llegando á la puerta. ¡Hijos mios! Aquí traigo un pan tamaño como un melon, y un melon tamaño como vosotros. Vamos á almorzar.

¿Y vuestra Madre?

—En el aposento.

—¿Qué? ¿No está levantada? ¡Luz! ¡Luz! Pues á tí no te se suelen pegar las sábanas.

—¿Y Luz? dijo la pobre Madre á Márcos, á quien halló tranquilamente sentado.

—¡Apagada como la de mis ojos! respondió con voz cavernosa Márcos.

Tia Juana se precipitó á la cama.

¡Qué espectáculo, Dios del cielo!

—¡Misericordia! Misericordia! gritó, y cayó al suelo murmurando:

—¡Cain! ¡Cain!»

No necesito añadir, hijo mio, prosiguió mi Tio despues de un rato de silencio, que ni quise ni pude interrumpir, que Márcos Ruiz fué preso y condenado á muerte. Ni tampoco que la pobre vieja, la tierna Madre fué llevada á su casa, ella tambien herida de muerte! Me es penoso, aun despues de tantos años, fijarme en tan terribles recuerdos! No obstante, ántes de morir la exce-

lente muger, me escribió una carta que he conservado siempre, como la expresion de su alma suave y sublime, y el resúmen de aquella pura y desgraciada existencia. Llévatela y léela; pero con la expresa condicion de volvérmela á traer mañana, porque la conservo como reliquia, y no quiero separarme de ella!

—Te incluyo, mi querido Paul, la copia de esa carta.

Señor D. Justo:

Esta carta que me escribe el sacristan, Dios se lo pague, se dirige á Vd., á quien siempre he hallado propicio á servirme, para pedirle el último favor, y es, que con los seis reales que le envío, me mande á decir una misa al Señor de los Desamparados, que está en el Salvador, para que me dé su Divina Magestad una buena muerte. Quisiera que se dijese el viernes, dia de su gloriosa muerte, en cuyo dia tengo esperanza me lleve á sí el Divino Señor.

Quiero tambien, señor D. Justo, dar á Vd. gracias por tantos favores como le he merecido, y decirle mi último adios, el primero que le digo con gusto.

Por mas que me hice corcho, D. Justo, para no ir á fondo en este mar de sangre y lágrimas que ha sido mi vida, no he podido! Este golpe me hundió: el asesinato de mi Luz me abre la sepultura!

Desde que murió mi Antonio, no he vuelto nunca á reir, D. Justo; pero vivia llorando y rezando. ¡Pobre Antonio! Desde que la vista y el pulso le faltaron, y no podia ir á cazar, se entristecia como un pájaro del campo en una jaula; se apagó tan despacio y sin sentir, como la luz del dia cuando se acerca la noche. Si Su Magestad no hubiese venido por su infinita misericordia á mi pobre morada, nadie hubiese sabido que un cristiano iba á comparecer ante el tribunal divino. Antes de morir me dijo: «Juana, ya ves lo que ha sucedido; y verás lo que aun sucederá con estos dos hombres, á los que me opuse desde que se acercaron á nuestras niñas!

Eso te enseñará, muger, que en la voluntad de un Padre, aun dado caso que tenga menos alcances que los que le deben obediencia, hay la inspiracion del cielo y la sancion de Dios.» Me eché á sollozar.

—No llores, Juana, me dijo: sino reza. Yo rogaré allá arriba por tí. El rezar es el lazo que une á vivos y muertos.

Despues de decirme esto, se durmió para no despertar sino en el seno de Dios!

Me he quedado, pues, la última y sola! No tengo á nadie de los mios para llevarme á la tierra.... Una mano extraña me echará la cal que ha de consumir mi cuerpo! Voy á rogar á Dios por aquellos que tanto mal me han hecho; y no por eso

olvidaré á mis bienhechores, sobre todo á Vd., D. Justo; que agradecer es aun mas dulce que perdonar.

Viva Vd. muchos años, D. Justo. La vida es buena; aunque por mí no quisiera volverla á empezar. La muerte con un Padre á la cabecera y un Crucifijo en la mano, no espanta; créalo Vd. Y más, cuando los propios se fueron por delante, no se quiere una quedar atrás.

Dígale Vd. á la señora que se quede con Dios, y me encomiende á la Vírgen de los Reyes, de quien tan devota he sido, y que tantas veces me sacó las lágrimas con una mirada. ¡Madre mia! ¡tambien quedó sola!

Ya Vd. vé, D. Justo, que soy una parlanchina, como decia mi Antonio, y que charlo aun teniendo ya un pie en la sepultura.

El sacristan ya no tiene mas papel.

Acuérdese Vd. alguna vez, y rézele á la pobre vieja

TIA JUANA.

CARTA DECIMA.

El mismo al mismo.

CÁDIZ.

No podia vivir sin ella; sufria demasiado, querido Paul: pedí licencia por quince dias, y hay ocho que me hallo aqui.

Ven á ver á Cádiz, amigo mio: ven á ver esta masa de piedra blanca é inmóvil, en medio de esa masa de olas azules siempre agitadas. Bien pueden repetir los gaditanos que no es Cádiz ya sino un sepulcro blanqueado; no se les puede responder sino que Cádiz, como el Fénix, resucita de sus cenizas. Cádiz tiene una fisonomía peculiar y de un atractivo infinito. Bajo la elegancia extrangera que la adorna, chispéa la sal andaluza, y brillan la gracia y viveza del Mediodía. Alegre como el cielo que la cubre, activa como la mar que la rodea, brillante como el sol que la alumbra, agasajadora

como muger de trato, burlona como niña rica y bonita, nadie cual ella supo hacer brillar el oro, y adornar con flores el caducéo de Mercurio.

Estuve dos dias sin poder hallar á Casta: paseos, teatros, baños, todo estaba vacío, pues en ninguna parte estaba ella. El tercer dia, un amigo á quien vine recomendado, me llevó al Casino. Estaba abatido, inquieto, agriado; gradúa, pues, el efecto que debia causarme la vista del primer objeto que me eché á la cara: era D. Judas. Quise al pronto huir; pero la idéa de que era imposible hallar un hombre bastante descarado y sin vergüenza para hablarle á otro que le hubiese tratado como yo le habia tratado á él, me retuvo; mas me habia engañado. Apenas me vió, cuando se puso á gritar: «¿Vd. por acá? ¡Hola! ¿Desde cuándo, amigo? Bien venido, querido fiscal; ya, ya estoy: la cuerda tras el caldero! Donde va el Rey, va la córte. Pero sepa Vd., amiguito, que á muertos é idos no hay amigos: la ausencia es madre de desengaños. La señorita Casta tiene otro pretendiente. Ese, amigo, es *bocato di cardinali*: tenemos que cederle el paso los dos, pues es rico como yo, y jóven y currutaco como Vd. Sus pantalones están mas estirados que los de Vd.: apuesto mis narices á que sus tirantes son de cuero de Rusia; sus botas brillan mas que las de Vd.; su cabello riza mas, su raya está mejor sacada, y sus bigotes (¡detesto lòs tales bigotes!) mas retorcidos que los de Vd. Es hijo de un Peruano,

que tiene minas en Quito, y mas dinero en los bancos, del que Vd. jamás ha visto junto. Asi, pues, amigo fiscal, haced lo que yo: media vuelta á la derecha, y vuélvase Vd. á Sevilla á poner sentencias.»

¿Qué hacer ni qué decir, mi querido amigo, á ese imbécil grosero, que seguramente tiene demasiado miedo para tener la intencion de insultarme, y que me decia tales monstruosidades, sin darles la menor importancia? Me ahogaba la ira! —Señor, le dije, dad vos media vuelta á la izquierda, y despejad en paz.

—No se incomode Vd., fiscal susceptible. Como soy, que creia hacerle un favor; porque al fin, á uno le gusta saber el terreno que pisa: hombre prevenido nunca fué vencido; el que te quiere te dirá las verdades. ¡Caramba! querido fiscal, futuro Regente de Sevilla, qne viene Vd. en zancos, y tan subido de punto, que no se le puede hablar. ¿Ha heredado Vd. cien mil duros? Y que poco agradecido es Vd.! Bien dicen, que de desagradecidos está el infierno lleno.

—Tambien se dice, le contesté, que está empedrado de buenas intenciones, D. Judas. Dejemos esto.

—Escuche Vd. una palabra, y no lo tome por la tremenda, hombre de Dios; que no le pesará darme oidos. No creo que Doña Melindrosa se case con su nuevo paje. Papá Millon no ha de querer

por nuera á una hija de un intendentillo cualquiera. Apostaria un duro á que tendrá á la mira alguna hija de Grande de España! Porque la gente de América se muere por esas fachendas. Entonces Castita la remilgada se quedará como la novia de Rota, vestida y sin novio, ó como el que se quiso sentar sobre dos sillas, y se cayó al suelo. Acá nos reirémos, fiscal; nos reirémos hasta reventar! Já! já! já!!

Creo que iba á echarme sobre él y despedazarle, cuando de repente se volvió y acercó á una mesa en que hablaban varios sujetos, y dijo:

—¿Qué están Vds. ahí diciendo de las poesías de Martinez de la Rosa; que son qué?...

—Líricas, respondió uno de los señores.

—No son líricas, dijo D. Judas.

—¿Pues qué son? preguntó sorprendido uno de los caballeros.

—Son, respondió D. Judas, son *agenas*.

—¿Agenas? exclamaron todos.

—Si, señores; lo sé de buena tinta. Y porque vean Vds. toda la fachenda de esa gente escritora que se denominan inspirados de Polo é hijos de las musas (de las musarañas lo serán)...; esas poesías decantadas, lo difíciles que serán de hacer, que quien las ha hecho es una chiquilla de diez y siete años, que no sabe donde tiene las narices. ¡Eh! y bien, ¿qué dirán Vds. ahora?

—Señor? está Vd. en su sentido? dijo uno de los presentes.

—Y tan seguro es lo que digo, respondió D. Judas, que dias pasados entré en casa de un amigo del señor Martinez de la Rosa, y viendo sobre la mesa el libro de poesías, escribí al frente bien claro: *Aunque tuerto, no es nuestro.*

Unos reian, otros rabiaban, y otros creyeron á D. Judas, viendo lo seguro que parecia de lo que afirmaba.

No sé en lo que hubiera parado la disputa, si un conocido de D. Judas no le hubiese interrumpido diciéndole:

—D. Judas, ha poco que un sugeto se presentó aqui preguntando por Vd.

—¿Por mí? dijo D. Judas.

—Por Vd., contestó el amigo: es un jóven delgado y pálido con barba larga: parece que acaba de llegar de Huelva.

La cara de D. Judas habia cambiado repentinamente: se iba alargando á medida que su interlocutor hablaba; sus ojos se habian puesto grandes y redondos como dos peceras, porque tú habrás reconocido, como él, en el mencionado jóven á Pedro de Torres.

—Diga Vd. á ese sugeto, si volviese, dijo D. Judas, cogiendo el sombrero y dirigiéndose hácia la puerta, que me he ido al Puerto, donde me están aguardando para tratar sobre ocho toros para la próxima corrida.

—Y dónde os aguarda quizá alguna mucha-

cha guapa? dijeron algunos que conocian su flaco.

—¿Quién sabe? todo puede ser, contestó el Barbo cogiendo la puerta; porque aunque soy viejo, los ojos siempre son niños. Señores, á mas ver!

Libre de tan insufrible majadero, me senté, siendo mi corazon y mi cabeza presa de mil crueles torturas. No habia preguntado á nadie por Casta, pues no tenia valor de profanar su nombre echándolo así á volar entre indiferentes. Mi resentimiento me dió valor: queria verla antes de partir; pues queria huir. Pero antes queria decirla: ¡Casta, pueda el que habeis preferido, amaros como el que habeis engañado!

Así, pregunté á mi amigo si conocia á aquellas señoras.

—¡Vaya si las conozco! me dijo: son amigas íntimas de mi hermana, que lo es de la hermana de Doña Mónica, en donde paran.

—¿Asi, las vé Vd. amenudo?

—Todas las noches paséo con ellas en la Alameda.

(¡Y yo que las buscaba en el teatro!)

Convidé á mi amigo á comer en la fonda del Casino por no separarme de él, y tener un pretexto para acompañarle á la Alameda.

Llegamos á las ocho.

No puedes figurarte, Paul, el encanto que tiene la Alameda en una noche de verano, cuando las estrellas brillan en el cielo y las mugeres sobre la tierra; cuando la brisa pura y fresca de la mar nos

acaricia la frente como el beso de una Madre; cuando las olas que dora la luna, y cuya espuma platéa, parecen correr unas tras otras entre las rocas, como alegres chiquillos al rededor de sus amas; cuando el dia calla para escuchar las suaves voces de la noche, y cuando entónces se vuelve á hallar á la muger que se ama, fiel, tierna y firme. Entonces, Paul mio, la Alameda es el paraiso terrenal!

Ese Barbo mentía. Casta no dá oidos al millonario que la pretende. Es cierto que su Madre desea que no rechace á ese jóven, de prendas recomendables, exterior distinguido y brillante posicion. Pero Casta es firme, noble, desinteresada; no concibe la felicidad conyugal sino en el amor; y me ama!

La veo de noche en la Alameda, donde viene con la hermana de mi amigo; pero no me quedan sino ocho dias de esta felicidad. Pasado este término, me será preciso volverme á mi puesto. Mas llevo en mi corazon la fé en lo presente, la esperanza para el porvenir.

(*Continuacion de esta carta algunos dias despues.*)

He olvidado del todo, amigo mio, echar esta carta al correo. Mi felicidad es egoista como todas las felicidades, y se ha ocupado exclusivamente de sí. Pero ántes de cerrar mi carta, voy á incluirte

una que he recibido de D. Judas, al pie de la cual te copio mi respuesta.

Jerez, 14 de agosto de 1844.

Señor y amigo fiscal.

Como sé que está Vd. íntimamente ligado con el Comandante general, puesto que estudiaron ustedes juntos, (otras veces no se veia que esos señores de tan altos puestos se tratasen sino con títulos ó gente de categoría), he pensado que nadie mejor que Vd., que me conoce y que podria responder de mí, podria hacerle comprender á Su Excelencia las atroces injusticias de que soy víctima.

¡Puede Vd. creer que he recibido un oficio del Comandante general, en los términos mas insultantes, en que se me dice que soy un hombre intrigante, temible, traidor, vendido á los intereses del Emperador de Marruecos! Se me acusa de haber prometido á las tropas acantonadas en San Roque y Algeciras una recompensa con condicion de que no se embarcarian para Africa. ¡Yo, prometer semejante cosa! Bien sabe Vd. que no estoy tan mal con mi dinero. Puede Vd. jurar que es falso.

Dígale Vd. al Comandante general, y repítale mil veces que yo soy un hombre sin principios ni opiniones. Me vanaglorío de ello: las opiniones han

perdido á España. No soy ni carlino, ni exaltado, ni moderado; pero menos que nada, marroquista. Es un nuevo partido que se ha formado, y del que juro á Vd. no tenia noticias. ¡Pobre España! era lo único que la faltaba! Pongo mis narices á que eso es cosa de los republicanos malditos.

El oficio del Comandante General me pone preso! y me dá la ciudad por cárcel. No puedo ni aun ir á mis cortijos; y estamos en la recoleccion! Así los tunantes de los criados del campo me roban que clama al cielo.

Es cosa inaudita el tratar asi á un caballero de la órden de Cárlos III, al primer criador de ganados de Andalucía! De toros, que van á electrizar al culto público de Madrid, Sevilla y Cádiz, por lo bravos, feroces y valientes que son; mientras que su amo es conocido por todas las cualidades opuestas.

No puede Vd. figurarse lo que la gente se espanta de mi arresto; pero mas se espantan cuando les digo que es porque soy sospechado de marroquismo. No lo pueden comprender; ni yo tampoco.

Asegure Vd. á nuestro excelente y amado Comandante General que soy un buen español, cristiano viejo, enemigo declarado de ese partido mahometano que Dios confunda. Que no he tenido ninguna comunicacion con ese Emperador con chinelas, cuya existencia he ignorado hasta ahora.

Querido Javierito, como cada uno en este mun-

do trabaja para sacar de ello utilidad, (no hacerlo asi es cosa de tontos) si Vd. logra que se me levante pronto este escandaloso arresto, le enviaré á usted una jaca perla que vale un Perú, y que montará Vd. en memoria de un amigo antiguo que B. S. M. y desea servirle.

JUDAS TADEO BARBO.

Esta es mi respuesta.

Muy señor mio:

El oficio del Comandante General es fingido, y el arresto un chasco. Puede Vd. ir por todas partes sin temor de que nadie se meta en sus asuntos. ¡Ojalá pueda Vd. hacer lo mismo con los agenos!

Soy de Vd., etc.

J. BAREA.

Tú te has hecho cargo, como yo, de donde ha salido el tiro. Es, á no dudar, una venganza, á su manera, de Pedro de Torres; pero que no podrá nunca probarle D. Judas, dado caso, como es probable, que lo sospeche. De qué manera Pedro de Torres ha podido procurarse el papel con membrete de la Comandancia general, esto es lo que probablemente no se averiguará jamás.

CARTA ONCE.

El mismo al mismo,

SEVILLA.

Ya me tienes aquí de vuelta: más tranquilo, aunque no ménos desgraciado. La situacion de Casta y de su Madre es terrible. No cuéntan sino con la viudedad, malísimamente pagada. Es, por consiguiente, natural que la pobre Madre desee establecer bien á su hija. Hay, pues, mucho egoismo en mi amor: yo, sin bienes de fortuna y al principiar mi carrera, ¿qué compensacion puedo ofrecer á Casta en cambio de lo que me sacrifica? Le hice, con el corazon partido, estas reflexiones. ¿Sabes lo que me respondió mi adorable Casta? que tenia una Tia, que habia aguardado quince años á casarse con el hombre á quien quería, y que es la mujer mas feliz que conoce.

Ahora, para distraerme, voy con mas afan que nunca á explotar en obsequio tuyo los recuerdos de mi Tio. Tanto mas, cuanto veo por tu última que te interesan cada vez más.

Le dije, pues, al buen señor el mucho placer que me causaban sus relatos, y le supliqué que me comunicase algunos otros que tuviese tan bien conservados en su memoria como los anteriores.

—Te referiré uno, me contestó, bastante reciente, para no tener que escudriñar mucho en mi memoria.

Habrá cuatro años que ví entrar un dia en casa al tio Anda-mucho.

Tio Anda-mucho era un serrano de Aracena, hombre de sesenta años, alto, robusto, jovial y dispuesto. Habia adquirido su apodo por el género de vida que llevaba, que era el de arriero y corsario; poseia buenas mulas, con las que surtia las tiendas de Aracena, y traia á Sevilla la cecina y demas productos de la Sierra. Desde infinidad de años, á entradas de invierno, surtía nuestra casa de jamones y chorizos. En verano y otoño, nos solia traer peras y melocotones; asi no extrañé verle. Lo que sí extrañé fué verle acompañado de una muchacha de unos diez y siete años, muy bonita. Sus facciones eran tan finas y delicadas, su tez tan fresca, que se hubiese creido era una niña, si sus ojos negros profundos y altivos, no hubiesen revelado la mujer, la mujer española que se cree Reina, no por ser hermosa, jóven, ni entendida, sino por ser mujer.

—Vaya, tio Anda-mucho, le dije, que trae usted ahora en sus mulas una carga más ligera que la choricera; más hermosa que vuestros peros; más delicada que vuestros melocotones.

—Y que me da más que hacer, contestó el Serrano, que todas las demas juntas!

Sabrá Vd., D. Justo, que esta niña es mi ahijada. Sus Padres son gentes bien acomodadas en Aracena, que no tienen mas hijos que ella. Así es, que están que no saben dónde ponerla. Su Padre está bobo con ella; y así la niña hace lo que quiere con todos, incluso con su Padrino, á quien lleva de reata á donde se le antoja. Ha de saber Vd. que se le antojó el venir á Utrera por la Vírgen de Consolacion, en casa de una Tia, hermana de su Madre; tuve, pues, que traerla. Ha estado alli un mes; y verá Vd. lo que ha pasado, y el motivo por el que hemos venido á hablar á Vd. y á pedirle consejo, y que quiera mediar en el asunto.

Entonces entre la ahijada y el Padrino, me contaron lo siguiente:

Pastora la serrana, ó la flor de la Sierra, como la llamaban en Utrera, habia venido en casa de su Tia.

Por las tardes se sentaba con sus primas y otras muchachas en la puerta de la calle. Muchos jóvenes pasaban con el elegante vestido, el porte airoso, la mirada viva, inteligente y atrevida de los andaluces. Miraban á la bonita serrana; pero ésta volvia su fresca cara con mas desden que modestia.

—Vaya! dijo una de sus primas; Pastora á todos hace fó.—Oye, Pastora, ¿son en Aracena los mozos serafines?

—Ni siquiera los he mirado, contestó Pastora.

—¿Quieres ser monja? dijo la una.

—¿Le has echado el ojo á un Marqués? dijo la otra.

—No han dado Vds. en lo que es, dijo la mayor de las primas: Pastora mira á uno, y yo sé quién es.

—¿Qué me dices? exclamó la serrana, cuyas mejillas tomaron un sonrosado mas subido, fuese por impaciencia, pudor ó encogimiento. ¿A quién miran mis ojos? pues á mí no me lo han dicho.

—¿A quién? ¿quién es? dílo... gritaron á un tiempo todas las muchachas.

Un muchacho, contestó la interrogada, que no ha levantado en su vida los ojos sino una vez, y esto para mirar á Pastora.

—¡Ya! ya! ¡ese es Diego Callado! el que se vino aqui de Dos-Hermanas. ¡Vaya! ¡Mucho has podido, Pastora, si arrancaste á sus ojos una mirada! ¡pero hábil has de ser, si arrancas una sonrisa á sus lábios! Mataron á su Padre, y de resultas murió su Madre: era chiquillo; pero le pudo tanto aquella desgracia, que se ha quedado parado, y más adusto y metido en sí que una tortuga.

—¿No saben Vds., dijo la prima, que el fuego ablanda las piedras en los hornos de cal?

—Eso podrá hacer el amor en Diego.

—¡Atiza, Pastora, atiza! que vale la pena: es bonito y muchacho como un San Sebastian...

—Y Vds., dijo Pastora, ven visiones como San Juan... Ni conozco á ese Diego Callado, ni él me

conoce á mí... Dejadme en paz, si no quereis que me enoje.

Algunos dias despues de esta conversacion, se prepararon para la fiesta de Consolacion.

Esta Señora se halla en una capilla en medio de un olivar, á alguna distancia de Utrera.

La tradicion enseña que esta Señora, cuya Efigie primitiva está en Jerez, fué traida por unos navegantes, entre los cuales se hallaba uno de nombre Adorno, de la ilustre casa de los condes de Monte-Gil. Iban á perecer en una espantosa tempestad: se arrodillaron todos, y se encomendaron á la Vírgen. Las olas se apaciguaron de repente, y vieron que se separaban y abrian respetuosamente para hacer lugar á una Imágen de la Señora, que otras olas traian, y pusieron suavemente al lado de la embarcacion. Los marinos la recogieron con gratitud y respeto, y á su llegada la trajeron en una carreta á Jerez. Los bueyes que la trajeron, murieron de repente cuando descargaron la santa Efigie.

Se la hizo una capilla y altar en el convento de Santo Domingo, cuyo frontal es de plata, como igualmente la carreta y bueyes, que sirven de pedestal á la Señora, que es pequeña. En Jerez se la tiene una devocion grande; y esta devocion, ardiente y pura llama del corazon, por más que quieran apagarla, no lo lograrán. Porque el entendimiento podrá, con nombre de razon filosófica ó de análisis, sublevarse como Satan; pero no logrará

sino como aquel, crear un infierno, sin poder destruir el principio del bien, que viene del orígen eterno de Dios.

La Imágen venerada en Utrera, en memoria de su orígen, tiene en la mano un navío de plata.

Habian dado á Pastora para la romería un borrico viejo, que á causa de ser negro, era llamado Mohino.

Mohino hizo cuanto pudo para dar á entender que ese paseo matinal no era de su gusto; pero fué en vano. Le pusieron las jamugas y cincharon de modo de hacerle hacer contra su grado, algunos *entrechats* ó cabriolas á derecha é izquierda con las piernas de atrás. Pastora saltó ligeramente sobre su espalda, y Mohino, mas mohino que nunca, bajó la cabeza, dejó colgar sus orejas como dos sacos vacíos, echó una última y triste mirada á la cuadra, suspiró, y siguió en silencio la caravana.

Cuando hubieron llegado, todos se apearon. Se ataron los caballos á los olivos, y dejaron pastar libremente á los borricos. Mohino se fué, como los demas, á alguna distancia, y despues de un rato, evantó la cabeza, empinó sus dos orejas como dos atalayas, paró sus grandes ojos impasibles hácia el sitio donde quedaban sus amos, observó un rato, y convencido de que todos habian entrado en la capilla, volvió la espalda, y como quien no quiere la cosa, sin decir oste ni moste á sus compañeros, cogió paso entre paso el camino del Lugar, sintiendo

el necesitar para andar, de sus patas de delante, y no podérselas cruzar á su espalda, como otros graves pensadores.

En este entretanto, Pastora y su gente habian oido misa, rezado sus oraciones, habian almorzado sobre la yerba seca y perfumada, habian cantado y reido, y veian con pena los rayos del sol ya oblícuos, atravesar las delgadas hojas de los olivos, y herir los ojos con flechas de luz.

—Vamos: es preciso volvernos, dijeron las Madres. La noche camina más de priesa que los burros; nos va á cojer en el camino.

Los hombres fueron á buscar los borricos.

—¿Y Mohino? ¡Mohino! ¡Toma! ¡Rucio! Malditas sean tus velas latinas, que no te sirven para nada, sino para hacerte bajar la cabeza por lo que te pesan! ¡Mohino!

—Nada!

—¡Dios mio! decian las mujeres, ¿y qué se hace? ¿Cómo se vuelve Pastora al lugar?

Todos los hombres que habian ido á Consolacion á caballo, habian traido á ancas á sus Madres, mujeres ó hermanas.

—Señores, dijo un muchacho, ¡ya caigo! Diego Callado está ahí; ese no ha traido á nadie en ancas, ese cena á oscuras.

—¡Diego! ¡Diego! (gritaron los muchachos corriendo hácia donde estaba Diego). Al burro de tio Blas le pareció mejor meterse el camino bajo las

patas de vacío, que no llevar una buena hembra, como lo es Pastora la Serrana. Pasó la flor de la Sierra, de la caballería á la infantería. Es preciso que la lleves á ancas.

El jóven á quien se dirigian, quedó tan cortado y confuso, que un vivo rojo se extendió por su cara al contestar con voz turbada:

—Mi caballo no aguanta ancas.

Uno de los muchachos dió tres pasos atrás; corrió y saltó con lijereza sobre las ancas del caballo.

El noble animal, fogoso y manso á un tiempo, no se movió.

—Vamos, dijo otro, que esto te viene como guante en mano, y te alegrará esa cara engestada.

—¡Vaya que hay casualidades que parecen providencias! dijo otro.

—Le mandarás decir una misa á la Vírgen de Consolacion; porque te ha consolado, dijo un tercero.

—A quien no tiene hambre, Dios le llena los graneros.

—Sacaste á la lotería sin haber puesto.

—Mandarásle dorar las herraduras á tu jaca.

Mientras estas chilindrinas pasaban y se cruzaban por los oidos de Diego como cohetes, habian los muchachos colocado á Pastora á ancas del caballo. Esta, que no presumia el embarazo de Diego, ni la resistencia que habia hecho, se acomodaba á su placer, arreglaba sus enaguas, cogia con

una mano el pañuelo que habian atado á la cola del caballo, y pasaba la otra sin ceremonia y naturalmente alrededor de Diego, de modo que la apoyaba sobre el corazon del jóven, que latia fuertemente, bajo una emocion desconocida.

Pusiéronse en marcha, y pronto el hermoso caballo de Diego hubo adelantado á todos.

Diego Mena, que en el pueblo era solo conocido por Diego Callado, sobrenombre que habia adquirido por su taciturnidad y lo aislado que vivia, habia llegado á los veinte y seis años de edad, bajo la influencia de la atroz catástrofe que parecia haber paralizado todos sus sentimientos, y haberlos concentrado bajo la doble impresion de la pena y el horror. Tan sólo habia quedado en el mundo, que nada habia interrumpido este *frente á frente* en que se hallaba con su dolor y tristeza!

Era Diego como el árbol en quien un frio invierno ha preso el zumo que le da la vida, y que desnudo, triste, negro, parece no vivir.

Pero apenas puesto en contacto con aquella bella jóven, tan pura, tan suave, tan llena de vida, pareció que un tibio y vivificante aliento de primavera viniera á reanimar su existencia. A los rayos de ese sol de vida y amor, se estremeció, sus hojas brotaron, sus flores se abrieron; y el árbol se vió en toda la fuerza de la vida, en toda la hermosura y lujo de la primavera.

Largo tiempo callaron.

Al fin Diego dijo:

—¿Permanecerá Vd. aqui todavía?

—Un mes.

—Poco tiempo es.

—A mi Padre le parecerá mucho.

—¡Otros habrá que deseen su vuelta!

—No, que yo sepa.

—¿Pues no tiene Vd. novio?

—Yo, no.

—¿No tienen ojos en Aracena?

—¿Y si yo no tuviese oidos?

—¿Es Vd. delicada de gusto?

—Si, y no.

—No es esa una respuesta; son dos y se contradicen.

—¿Interesa á Vd?

—Puede.

—Esa no es una respuesta, ni dos; que no es ninguna.

—¿Tiene Vd. priesa en dar un *no*?

—Vd. no la tiene en lograr un *si*.

—¿En la incertidumbre hay esperanza?

—La incertidumbre es el Limbo.

—¿Me conocia Vd?

—Conocia á Vd. y Vd. á mí.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Un amigo que no engaña.

—Este amigo me dice á mí que no puedo agradar: ¡soy tan triste!

—Y yo, que soy tan alegre, debia no agradar al que no lo es.

—¡Ojalá asi fuese!

—¡No lo quisiera yo!

—Pues qué, ¿quereis agradarme?

—¿Las estrellas no quieren acaso brillar?

—¿Quereis ser mi estrella?

—No *quiero* ser, sino soy lo que soy.

—No: no os elijo sin que lo consintais.

—Consentimiento no se pide, se merece.

—¿De qué manera?

—No se dice, se adivina.

Llegaban.

—Hay, dijo Diego muy conmovido, hay una ventana en el corral del tio Blas, que da á la callejuela; ¿la abriréis?

—Verémos.

—¿No mas que una esperanza?

—¡Vea Vd! ¡Y no está contento! dijo Pastora saltando del caballo abajo. Gracias, Diego: por cierto que anda bien vuestro caballo.

—Demasiado de priesa, Pastora.

La Serrana le saludó con la mano, y se metió corriendo en la casa.

Diego se alejó llevando el cielo en su corazon.

Algun tiempo despues, tio Anda-mucho volvió para llevarse á su ahijada.

El Serrano era alegre, bromista, chusco: pron-

to supo, sonsacando á los muchachos y muchachas, el noviaje de Pastora.

—¿Con que, Pastorcilla, díjola un dia; parece que le dás á mascar hierro á Diego Callado?

Pastora hizo un gracioso gesto de impaciencia, y respondió:

—¿Es Vd. acaso Merlin, ó tiene ojos de gato, para saber quién de noche se acerca á la reja, y quién á oscuras la abre?

—¿Y vosotros creéis tener tocado el sombrero de dicho Merlin, que hacia á la gente invisible? Pero tú has sido siempre reservada, Pastora, una arquita cerrada. Y bien, ¿qué hay en que Diego Callado quiera á Pastora, la Flor de la Sierra, que es mas bonita que las pesetas?

—¡Bonita! ¿se quiere Vd. burlar, Padrino?

—¿No eres bonita, chiquilla?

—No.

—Pues tú agradas á Diego.

—Eso proviene de que mas vale caer en gracia que ser graciosa.

— Bien está, ¿agradas, pues?

—¡Válgame Dios! Padrino; ¿porqué molerme con tanta pregunta?

—Hija, por cariño, por interés por tí. Ya me he informado; Diego Callado es completo, no hay tacha que ponerle. Díle, pues que yo, tu Padrino, me encargo de hablar á tu Padre.

—No, Padrino, no: eso no puede ser, respondió Pastora.

—¿Qué? ¿qué no puede ser? dijo el tio Anda-mucho con la mayor sorpresa; pues en España, sobre todo, entre el pueblo, es cosa tan sencilla, natural y segura que un jóven no enamora á una muger sino con la intencion de casarse con ella, que el viejo Padrino no supo qué pensar.

—Ya sabe Vd., respondió su ahijada que su Padre fué alevosamente muerto.....

—Sí, sí, interrumpió el Padrino. ¿Qué tienen que ver las asentaderas con las témporas? ¿Qué tiene que ver el cómo murió el Padre, con el cómo se casa su hijo?.....

—Es que ha jurado, prosiguió Pastora, no establecerse, casarse ni ser feliz, ni vivir tranquilo, hasta que haya cumplido con los deberes de hijo; hasta que haya encontrado y entregado á la justicia el asesino de su Padre.

—¡Toma! ¡toma! ¡toma! ¡toma! exclamó el tio Anda-mucho. Si para allá me la guardas, estamos frescos! ¡Pues eso es como si hiciera promesa de no casarse! Despues de cerca de veinte años, ¿cómo crée poder encontrar á ese hombre, que nadie conoce ni sabe quién es? Ese malvado, ó está muerto, ó está en presidio. ¿Y acaso se va á fiar de su memoria de siete años para reconocer despues de tantos, á un bribon á quien apénas vió? Vamos, vamos, Pastora; tu novio está loco ó le falta poco.

—¿Qué quiere Vd., Padrino? No desistirá; no hay quien le convenza: dice que le ata un juramento, y que le obliga su honra. Se desespera, pero no ceja.

—Venimos, pues, repitió el tio Anda-mucho, á pedirle á Vd., D. Justo, que hable á Diego, y vea de disuadirle de su insensato propósito. Sabemos que Vd. se interesa por él, y que él tiene á Vd. mucho respeto y consideraciones, sabiendo cuánto le apreciaban á Vd. sus Padres. Esa, señor, es una manía que le hará infeliz; y lo que es peor, á mi niña tambien. Casarse será el único medio que le saque de esa pasion de ánimo en que vive como una lechuza en un cementerio. Véa Vd. algun teólogo que le desvie de ese voto temerario, hecho por un niño en un acceso de dolor: hará Vd. bien, como siempre, D. Justo, á los que acuden á Vd., y secará Vd. esas gotitas de lluvia sobre esta rosa, prosiguió, cogiendo con su tosca mano la preciosa cara bañada en lágrimas, de su ahijada.

Prometí hacer cuanto estuviese de mi parte para lograr lo que deseaban, que me pareció justo y razonable, y cumplí lo prometido.»

Mi tio estaba cansado; me despedí, aunque con sentimiento, y me fuí al paseo. Acababa de llegar el el vapor de Cadiz. Sentí que me abrazaban; me volví, ¡y figúrate mi alegría, cuando reconocí al amigo de quien te he hablado, y que de cierto me traia noticias de Casta!

—Vengo, me dijo, con motivo de un pleito que deberá verse esta semana en la Audiencia. Mucho me alegro de haberte encontrado al desembarcar, porque tengo muchas cosas que comunicarte. Aunque ansíes por saber ántes de todo, de cierta persona, no te hablaré de ella hasta llegar á tu casa: bástete por ahora saber que está buena. Por el camino lo que te contaré es una escena de que la casualidad me hizo testigo, y en que juegan varias personas conocidas tuyas.

Me contó lo siguiente.

«Entré hace algunos dias en un café, que goza de no muy buena reputacion. Lo primero que ví fué á tu conocido Pedro de Torres, sentado en una mesa, con un cigarro en la boca, tamaño como una zanahoria, y rodeado de algunos hombres de mala traza. Estaba yo cerca de una ventana en pié, hablando con un sugeto á quien habia venido á buscar, cuando la puerta del café se abrió con estrépito, de en par en par, y ví entrar á tu amigo D. Judas Tadeo Barbo.

¡Estaba desconocido! Su gran barriga habia caido, y pendia como una vela á quien ha faltado el viento; su cara estaba amarilla como un membrillo; su papada colgaba floja debajo de su cara, como esas guirnaldas que cuelgan debajo de las caretas, que sirven á los pintores y escultores en los ornatos del gusto griego. Su sombrero, que siempre llevó D. Judas echado atrás, le estaba ancho y

le caía hasta los ojos: atravesó el café con paso firme y largo, y se puso delante de Pedro de Torres con el aïre el mas terrible que pudo imprimir á su vulgar fisonomía.

—¿Qué es lo que os ha pasado, generoso paisano, dijo Pedro de Torres, repantigándose en su silla; que os conocí el gordo y jovial Sancho Panza, y os veo ahora el Caballero de la Triste Figura?

—¡Y vos sois quien lo pregunta! contestó D. Judas, vos, que habeis sido mi verdugo, ó poco le ha faltado! Porque sépa Vd. que cuando supe vuestra infamia, de rabia tuve una apoplegía, y sin diez ú once sangrías, era alma del otro mundo.

—Andad á que os hagan la duodécima, dijo Pedro de Torres, porque todavía teneis mala sangre.

—¡La que me habeis hecho criar! gritó D. Judas. Señores, sépan Vds. la infamia de que he sido víctima; —y D. Judas contó lo que te habia ántes escrito.

Todos se echaron á reir, y Pedro de Torres le dijo.

—¡Qué simpatía nos une! ¡Yo desterrado! Vos preso! ¡Enternece!

—¡El caso es, exclamó D. Judas, que es Vd. un falsario, delito enorme, un tirano asesino! ¿Crée Vd. que podrá impunemente haber hecho lo que ha hecho? Hay leyes, D. Pedro de Torres, hay galeras para tales delitos. ¡Vd. verá si le es dado valerse de semejantes medios, para pisar, ajar, y tur-

bar el reposo de un hombre, que goza de él, sobre un millon de pesos!

—Respeto ménos el reposo del que lo goza sobre las talegas, que el reposo del que lo goza sobre un lecho de paja, respondió Pedro de Torres con un tono declamatorio, y echando al techo flemáticamente una nube de humo de cigarro. Vaya Vd. á imponerle á otro con su oro, ese vil metal que desprecio; que lo que es yo, me rio de él y de Usted.

—¡Ria Vd., ria Vd!. Pero sepa que la cosa no quedará así; yo se lo juro!

Uno de los amigos de Pedro de Torres, con tremenda patilla, bigote y pera, se acercó á D. Judas, y le dijo, medio en español y medio en italiano:

—Si necesitais de un testigo, estoy á vuestras órdenes. ¿Pistolas ó espada?

—¿Está Vd. loco tambien? gritó D. Judas. ¡Yo, yo batirme! ¡En eso estoy pensando! ¡Dejarme matar de un balazo, cuando por milagro sobrevivo á otro asesinato! ¿Tengo yo facha de saber tirar la pistola, ó jugar la espada? Diga Vd. ¿le han comprado á Vd. acaso mis herederos? ¿Tengo yo facha de espadachin como Vd? ¡Yo, hombre respetable y sensato, uno de los labradores mas fuertes de Andalucía! ¿Qué dirian de mí, si me batiese, la Reina, el Obispo y toda la gente sensata? Vaya Usted con Dios, señor oso, á ofrecer sus servicios á otro traga-balas como Vd.

—¡Todo delator es cobarde! dijo en tono sentencioso Pedro de Torres.

—¿Quién es delator? preguntaron á un tiempo varias voces. ¡Fuera, fuera el delator!

—Voy en casa del Juez, señor de Torres, dijo D. Judas.

—¡Fuera, fuera el delator! gritaron los amigos de Pedro de Torres.

—¡Caramba, caramba! gritó furioso D. Judas, ¿estamos en pais de cáfres?

—Usted será el Cáfre: ¡fuera, fuera, fuera el delator!

Ví que aquellos hombres iban á cometer alguna tropelía, y aunque me agrada poco tu amigo Don Judas, me dió lástima; le cogí por el brazo, y me le llevé, echando espumarajos de rabia y pestes contra Pedro de Torres y sus secuaces.»

Habiamos entre tanto llegado á casa; y yo ansiaba por saber de Casta. Dejamos, pues, echar pestes á D. Judas, para solo ocuparnos de lo que mas interesaba. Mi amigo me refirió lo siguiente;

«Ha pocos dias, estando mi hermana de visita en casa de doña Mónica (la que estaba afligidísima por las últimas noticias recibidas de Canarias, que la quitaban toda esperanza de cobrar los sueldos ó pagas atrasadas de su marido), entró de visita el jóven Miranda, que es el pretendiente de Casta. Venia mas elegante, mejor parecido, mas fino que nunca; le acompañaba un señor de edad, de exte-

rior vulgar, y modo de vestir descuidado y ramplon.

Le presentó á las señoras.

Era su Padre.

Despues de los primeros cumplidos, el señor de Miranda Padre, dijo dirijiéndose á doña Mónica:

—¿Supongo ,señora, que esta señorita es su hija de Vd?

—¿Servidora de Vd., respondió doña Mónica.

Casta no levantó la cabeza de su costura.

—No soy, prosiguió el peruano, hombre que hace discursos: me gusta venir cuanto antes al grano. Así, sin mas preámbulos, señora, sepa Vd. que á lo que vengo es á pedirla su hija para mi muchacho. Vd. esto lo extrañará; pero ¿qué quiere Vd? el hombre propone y Dios dispone. Tenia otra boda para él á la vista; eran otras mis miras; pero el señorito dice que no: se ha puesto triste y malo. ¡Qué demonios! Es mi hijo único; y cuando le veo triste ó enfermo, no sé decirle que no.

Mientras el viejo Miranda hablaba, Casta se habia puesto alternativamente encendida como el sol, y pálida como la luna.

Doña Mónica fuera de sí de alegría, respondió algunas palabras corteses, mirando á su hija con inquietud. Estaba ésta impasible, y sin levantar los ojos de su costura.

No se hallará, quizás, entre las jóvenes españolas criadas en el mundo, esa ciega inocencia, esa

temblorosa timidez, esa exagerada circunspeccion de las jóvenes del Norte. Tiene la española el entendimiento demasiado penetrante, el carácter demasiado enérgico, la imaginacion demasiado viva, el alma demasiado vasta para poder quedar en ese capullo de seda. La idéa de afectar una sencillez infantil, cuyo atractivo no concibe, la haria encogerse de hombros, y se reiria de usarle; como una Princesa, de ponerse el trage de una pastora de Arcadia.

En lugar de aquel suave velo rosado con el que se cubren las vírgenes del Norte, tiene ella su orgullo. Con su orgullo la española no se encoge, sino que se alza. Por su orgullo no es coqueta, porque desdeña los homenajes, que no halagan su corazon: á su orgullo confia su virtud. Y esto hace que ninguna muger comprenda como ella la dignidad de la muger. Así ella hace de los españoles los hombres mas apasionados, mas galantes, mas delicados, mas respetuosos y fieles del mundo.

—Hijo mio, dijo el viejo Miranda despues de haber mirado á Casta; por lo que toca á la persona, no hay péro que ponerle: esto está á la vista. Doña Mónica, me parece, que sin que nos ciegue la parcialidad, los nietos nuestros serán bonitos. ¿Qué está Vd. ahí cosiendo, Castita?

—Un vestido de guinga, contestó Casta.

—Vamos, vamos, suélte Vd. la costura, dijo el suegro futuro. De aquí en adelante no coserá Us-

ted: no gastará Vd. mas vestidos de guingan.

—¡Ay! ¡si señor, los gastaré! es la tela que prefiero.

—¿Y si su marido de Vd. no quisiera? ¿si no quiere sino que gaste Vd. vestidos de seda?

—No llegará ese caso, dijo Casta con voz firme, pues que no pienso casarme.

Al oir esta brusca y terminante declaracion, el señor Miranda quedó estupefacto; su hijo miró á Casta con angustia cruzando las manos; la pobre Madre palideció gritando: ¡Casta, Casta!; y mi hermana la dijo al oido: ¡por Dios, Casta, no partas de ligero, y piénsalo ántes de decidirte!

Casta seguia cosiendo tranquilamente y sin levantar cabeza.

—¿Qué es esto? exclamó al fin el señor Miranda. ¡Mi hijo es rehusado! ¡Mi hijo! Mi hijo, el mejor mozo, el mas distinguido de los muchachos de Cádiz, criado en Lóndres y París, que debe heredar mi caudal, Gentil-Hombre de S. M.....

—Qué por consiguiente, dijo Casta con sonrisita burlona, gasta una llave de oro que abre todas las puertas. ¿No es verdad?

—¡Señorita! interrumpió el viejo Miranda encendido en cólera, ¿cuáles son vuestras miras? ¿A qué aspira Vd.? ¿al Infante D. Francisco ó al Infante D. Enrique?

—No aspiro á cosa tan alta, respondió Casta con calma; no aspiro sino á ser feliz.

Al oir esta respuesta, el jóven Miranda se levantó, y dijo con dignidad:

—Basta, Padre; vámonos.

—¡Bien dicho, hijo mio, bien dicho! Ya hallarás muchachas bonitas cuantas quieras, que se llamarán felices con ser tu muger. Pero un novio como tú, eso sí, que no se halla todos los dias. No te apures, por vida de..... que á Rey muerto, Rey puesto.

Cuando se hubieron ido, la pobre doña Mónica se dejó ir á todo su dolor, que estalló en lágrimas y quejas contra su hija. Era en vano que Casta y mi hermana tratasen de calmarla.

—Señora, decia Casta, ¿quiére Vd. que sea una mala muger, casándome con un hombre, queriendo á otro? ¿Quiere Vd. que sea infeliz casada con uno á quien no quiero?

En este instante de pena y confusion, se apareció de repente, y como llovido del cielo D. Judas.

—¡Ave María! dijo sorprendida la impaciente Casta, ¿por dónde ha entrado Vd?

—¡Válgame Dios, Castita, y qué cara de despide-huéspedes me pone Vd! ¿Que por dónde he entrado? Por la puerta! como todo hijo de vecino; en el momento que salian el Peruano y su hijo. Pero Dios mio, ¿qué pasa aquí? ¿qué tiene Vd., Doña Mónica, mi amiga? ¿Le han dado á Vd. un chasco como á mí?

—Si señor, y es mi hija quien me lo dá, dijo

doña Mónica fuera de sí. Mi hija, D. Judas, que me está labrando la sepultura, y acabará conmigo!

—Nada de eso, créame Vd., doña Mónica. No me han matado á mí, aunque poco le ha faltado; ha sido Pedro de Torres, ese bribon, con el que podia cargar el diablo, y con todos sus amigos tambien.

—¿Quiere Vd. creer, D. Judas, que esa niña nécia y obstinada?.....

—¿Quiere Vd. creer, doña Mónica, que ese infame falsario?....

—Acaba de destruir el mas bello porvenir.

—Acaba con una órden falsa de tenerme preso un mes.

—¡Una niña sin un recurso!

—¡Un hombre de mi importancia!

—Es preciso ser ciega.

—Es preciso ser un atrevido malvado.

—Lo llorará toda su vida.

—Espero que Pedro de Torres tambien.

—Se arrepentirá; pero será tarde!

—Eso mismo le he dicho yo á ese barbudo.

—Don Judas! ¡quiere Vd. creer que ha rehusado al jóven Miranda!

—¡Miranda! ¡Rehusado! exclamó D. Judas, á quien el baston se le cayó de las manos al suelo. Pero añadió bajándose para recogerlo, ¡y de qué me espanto! ¿No me rehusó á mí?

Casta se acercó á D. Judas y le dijo, haciendo

alusion á su conversacion en San Juan: Tengo que contar á Vd. un cuento de otro gallego, que era un gallego mucho más estravagante y nécio que el de Vd.; pues éste, despues de haber hallado el duro, que no quiso y dejó donde estaba, halló una onza de oro, é hizo lo mismo.

—Eso probará, señorita, contestó D. Judas, que la fortuna no es para quien la busca, sino para quien la encuentra. Probará que tiene Vd. mas suerte que juicio; porque es preciso tener muy poco para encapricharse de un fiscalillo de mala muerte, y despreciar por él los mejores partidos. Pero bien me sabia yo que una muger erudita, que se mete á escribir libros, ni sirve para nada, ni sabe conducirse. Se mete, como los que escriben, á ambicionar *gloria*. ¡Gloria! ¿Qué es la gloria? ¡La gloria! No saben; pero se ponen á correr tras ella, y dicen es la que vale, y llaman al oro vil metal, como Vd. y el inícuo Pedro de Torres, que despilfarra todo el suyo. ¡Vil metal! Si siquiera lo dijeran del cobre, de la calderilla...! ¡Pero el oro vil metal! ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡Vil metal! ¿Cómo quiere Usted que haya un átomo de juicio en persona que llama vil metal al oro? No es dable.

—¿Qué está Vd. ahí diciendo de libros, de escribir, ni de gloria? dijo doña Mónica picada: yo no comprendo á Vd. Lo que sí comprendo es que acusa groseramente á mi hija de falta de juicio, porque no quiere casarse contra su gusto, y que quie-

re á un jóven completo, lleno de mérito y distinguido, que no tiene contra sí, sino el ser pobre. Este amor es una desgracia; pero de ninguna manera una cosa falta de juicio, y no hay, sino su Madre, quien tenga derecho y razon para quejarse de ella.

—¡Hola! dijo D. Judas, ¿ahora va el agua por ahí? ¿Vd. aprobará ese obstinado capricho de su hija? ¡no me queda mas que ver! ¡Bien se conoce que ha seguido Vd. siempre ese sistema! ¡De esos polvos nacen estos lodos! ¡Anda con Dios! ¡Castita, estará Vd. mas ancha que una alcachofa, y con mas orgullo que el Emperador de Marruecos, que Dios confunda!

—No tengo sino un orgullo, D. Judas, respondió Casta, y es el de tener bastante peso y razon, aunque jóven, para saber distinguir y preferir lo que *vale* de lo que *relumbra*. Y añadió con su acostumbrada gracia y chuscada: Martinez de la Rosa me dijo que esto era filosofía.

—¡Filosofía! ¡Vírgen del Pilar de Zaragoza! exclamó D. Judas cogiendo el sombrero y echando á correr.»

CARTA DOCE.

El mismo al mismo.

He recibido tu carta, mi querido Paul, y veo por ella que no esperabas mi epístola anterior. Tú

hallas que mi relato se hace lo que los ingleses llaman *too rich*, esto es demasiado lleno, demasiado *sustancioso* y lujoso. No es culpa mia, ni lo es de mi Tio; lo es de la materia que trato. Hubieras querido concluyese en la carta de la tia Juana, que tanto te conmovió; pero mi Tio, que cuenta la verdad, no se cuida de producir efectos, ni de seguir reglas. Me ha contado todo para probarme cómo se hereda y prosigue la desgracia en ciertas familias. Cuando yo escriba una novela, lo pondré todo á mi gusto ó capricho; por ahora doy lo que me dan, y cómo me lo dan.

Comprenderás, querido amigo, despues de lo que te he escrito sobre Casta, que si bien mi amor debe haber llegado hasta la adoracion, el dolor que siento al considerar mi desgraciada posicion, es un tormento intolerable: por todo consuelo no tengo sino esperanzas lejanas y dudosas. Soy de compadecer, mi querido amigo; y estoy mas abatido y descorazonado que nunca.

Ahora no te escribo solamente para complacerte, sino para hallar, entregándome á este entretenimiento, alguna distraccion á mis pesares.

Mi Tio prosiguió su narracion en estos términos:

«Quince dias despues de la conversacion que te he referido, el tio Anda-mucho salió de aqui para Aracena, llevándose consigo á Diego Mena.

Como se estaba en verano, se pusieron en ca-

mino á las seis de la tarde; atravesaron el llano por el lado de Triana, siguiendo el camino real de Extremadura.

Cuando se puso el sol, y que un poco de fresco, suave aliento de la noche que se acerca, pasó sobre la tierra como un bálsamo, todo parecia tomar un aspecto dulce y apacible. La irritacion del calor se calmó, y un bienestar general se hizo sentir.

La larga fila de mulos siguiéndose unos á otros, andaban con la regularidad de una péndola. Las esquilas, que pendian de sus cuellos, formaban un sonido monótono y grave, que miles de grillos acompañaban con su canto agudo y sonoro. Estos ruidos tenian el encanto indefinible y poético de todo sonido monótono oido de noche en el campo. Los grillos gustan infinito en Andalucía; se venden en jaulitas en los puestos de flores; y para que á un balcon en verano no le falte nada, se necesitan la cortina de crudo, las macetas de albahaca, la alcarraza de agua fresca y pura, y el grillo que cante el calor.

Sobre uno de los mulos que hacian cabeza, iba el muchacho que servia al tio Anda-mucho. Este muchacho, excelente ginete, iba tendido á la larga sobre el mulo, de manera que su cabeza apoyada sobre la del animal, parecia no formar con este sino una, como los camafeos antiguos, que vistos de un lado forman una cabeza de mulo, y del otro la cabeza del Rey Midas.

Cantaba con voz clara y hermosa sobre uno de esos aires, ó tonadas populares tan lindas, estas coplas:

Es el cielo de Aracena
el mas puro y mas azul;
y por eso las mugeres
tienen el mirar de luz.

En el sol están sus rayos;
en la mar, perla y coral;
en las flores, la hermosura;
y todo en tu cara está.

Trabaron rosa y jazmin
por tu cara una pendencia:
acudió al Amor la rosa,
triunfó el jazmin con la ausencia.

La música y la poesía nacen del corazon: el entendimiento, el arte, el génio mismo no harán sino pulir y perfeccionar sus inspiraciones. La poesía se halla mucho y bella en el pueblo; porque la pobreza no desilusiona como la sociedad; porque en el campo la imaginacion tiene camino ancho, y no se encoge y avillana como en las ciudades, donde se roza con el vicio y la miseria, que le arrancan sus alas.

Tio Anda-Mucho, sentado sobre su mulo, dejaba colgar sus piernas cubiertas de polainas de paño negro, y hacía un cigarro con cachaza. Diego Mena montado en el que le precedia, se desesperaba de no salir del paso.

—Tenga Vd. paciencia, decia el viejo arriero. Su hermoso caballo haria diez leguas en seis horas, pero luego no podria seguir; y tenemos que andar veinte. Los mulos las harán sin aflojar el paso, y casi sin descansar. Déjele Vd. á él, que sabe los malos pasos, y conoce el camino, como yo mis manos.

La noche cerraba, cuando llegaron á las ventas de la Pajanosa. Alli se apartaron del camino real, y siguieron una senda angosta y tan cubierta de monte bajo, que no se la veia sino debajo de los pies de los mulos.

Poco á poco todo se fué poniendo mas solitario y silvestre; el suelo, pedregoso; el silencio, absoluto; porque al débil viento de una noche de verano, no le era dado mover las hojas fuertes, tiesas y espinosas de las carrascas y encinas enanas que cubrian el suelo.

No puede darse cosa que mas agradablemente interrumpiese el silencio solemne de la noche y de la soledad, que oir de repente á nuestros pies murmurar suavemente un arroyuelo, haciéndose camino por entre las piedras. ¡Pobrecillo! escapado del monte que lo encierra, para reir alegremente con su vestido de plata, un dia al sol entre las flores; y arrastrado por su destino, correr á ser presa del mar!

Caminaron asi toda la noche sin que los mulos aflojasen el paso. A las diez de la mañana llegaron

á una venta solitaria, única habitacion que encontraron, y que está poco mas ó menos, á la mitad del camino. Hállase situada en una hondura entre dos pequeñas alturas; cerca de ellas corre uno de los mil arroyos que cubren la sierra como una red de plata: frente de la venta, entre los dos barrancos que se separan, alcanza la vista á ver el pueblo del Castillo de las Guardas. Detrás de la venta hay un pequeño valle verde, que en medio sostiene un pino enorme como un quita sol; bajo el pino rumian echadas unas vacas; sobre el pino está inmóvil un cuervo, como un vigia. Alrededor del valle se levanta el terreno cubierto de encinas, como un ejército, de defensas. El arroyo se paséa por el valle con pasos lentos, ántes de llegar á la estrecha salida entre los barrancos, donde está la venta; sepárase alli en dos, y abre los brazos para estrechar en ellos una islita, que más bien parece un florero de adelfas; de tal manera se aprensan en ella! En medio se alza un viejo sauce llioron, antiguo Jeremías, que está tan cubierto de yedra, que no se puede decir si sus ramas caen por tristeza, por amor al arroyo que besan, por vejez, ó por el peso de la yedra què lo abruma. Jamás cosa tan silvestre lo pareció menos: se creeria en ese sitio tan espontáneamente bello, ver jugar amorcillos y ninfas, ó al ménos ver volar entre las flores y mirarse en el cristalino arroyo, los colibrís, esa joya alada, ó pájaros del paraiso, ese adorno vivo. Pero

no se oye sino un mirlo que silba, ni se vé sino un lagarto tomando un baño de sol.

Nuestros viajeros no eran hombres que admiraban paisajes. Así, despues de haber descargado, y dado un pienso á sus bestias, almorzaron pan y chorizos, bebieron un trago, y tendiéndose sobre los aparejos, se durmieron profundamente.

A las dos de la tarde el primero que estuvo de pié fué Diego; al ver á sus compañeros dormidos aún, salióse y se sentó delante de la venta. No léjos de él, sobre unas ramas de jara, estaba sentada una niña de siete á ocho años, como una Reina sobre su trono: arrancaba á la jara sus flores blancas, y poníalas en su cabeza formando una corona adecuada al trono. Un delicioso olor, perfume que envidiarian los elegantes de la córte para sus gabinetes, embalsamaba el aire. Diego preguntó á la niña de qué provenia:

—Mi madre, dijo la niña, está encendiendo el horno, y serán las cornicabras ó la jara que quema. ¿No sabia Vd. que la jara olia tanto? Y huele tan bien, prosiguió la habladorcilla, porque suda sangre como Nuestro Redentor. Las flores tienen cinco hojas blancas, y cada hoja una mancha colorada y sangrienta, como las llagas del Señor. ¿Las vé Vd.? dijo acercándose á Diego y presentándole una flor. ¡Mire Vd., mire Vd! Cinco son.

Diego cogió la flor, y fijó largo rato sus ojos en ella: cual dibujada por un pintor, se veia una heri-

da sangrienta en cada hoja. ¡Cosa rara! Pero aquella inocente, suave y perfumada florecilla fascinaba su vista, montaba su imaginacion, y le iba causando un sentimiento de horror y espanto. Por el contrario, la niña las miraba con amor y complacencia.

—¡Dichosa tú, dijo Diego, que solo viste las heridas en flores! Si las vieses en el pecho de tu Madre ¿qué harias á los que se las hubiesen hecho?

La niña se quedó un rato parada, y contestó.

—El Señor perdonó: señal de que debemos perdonar tambien!

—¡Tú no quieres á tu Madre! dijo Diego levantándose bruscamente.

—Más que Vd. á su Padre, respondió la niña picada alejándose.

En este momento, el tio Anda-mucho apareció en la puerta de la venta bostezando y estirándose de modo que tapaba toda la entrada.

—Ese Nicolás, dijo, duerme como un muerto: le he despertado dos veces! Le digo: levántate, hijo Juan, y serás bueno; pero me responde: «Mas quiero ser malo y estar quieto!» Arriba, Nicolás, arriba! el tiempo pasa, y el camino queda.

Un cuarto de hora despues, el largo cordon negro que formaban los mulos, resbalaba como una larga culebra por la vereda caprichosa que daba mil vueltas y revueltas, no pudiendo seguir la línea recta á causa de lo accidentado del terreno. Las

encinas, castaños, robles, alcornoques y nogales se veian yá formando bosques en toda su fuerza y vigor; los arroyos se multiplicaban, seguidos á todas partes por las adelfas, que forman sobre ellos un toldo color de rosa como para conservarles su frescura. No puede encontrarse cosa mas linda en esta naturaleza severa y grandiosa de rocas y altos árboles, que esas guirnaldas de rosas colocadas en festones al pié de los montes; á no ser el ver la yedra de las sierras fresca y frondosa, trepar sobre las rocas desnudas y los árboles calvos de vejez, como lo hacen niños mimados sobre las faldas de ancianos austeros. Se dispone ó agrupa de una manera tan graciosa, que no parece, como la yedra de los llanos, velo; sino un adorno.

Despues de pasar por la aldea de Val de Flores y por el pueblo de la Higuera, divisaron por fin á Aracena. Aracena, labrada en forma de media luna al pie de una elevada roca, parece una hoz de piedra intentando cortar el monte por su base. Sobre esta roca hubo en tiempo de los moros un inmenso y formidable castillo: hoy dia es el cementerio, donde yace como el primero de sus muertos, el esqueleto caido del castillo guerrero. Una iglesia con su santo, dulce y pacífico aspecto, ha sucedido á aquella masa amenazadora.

—¿Vé Vd. aquella altura que se vá á conversacion con las nubes? dijo el tio Anda-mucho. Pues

allí es el campo santo; que acá no se bajan los muertos á la tierra, sino que se suben. Allí tenian un castillo los moros, y era tan grande, que cuando venian los cristianos, toda la gente del pueblo se encerraba en él. Una vez el gefe cristiano le mandó decir al moro que entregase el castillo. El moro le contestó con mofa que sí; que viniese á entregarse de él, y que le aguardaba para la cena. Al oir esto los cristianos se irritaron, y cogiendo sus armas, el gefe les gritó: «Ea, pues, valientes, á la cena!» —¡*A la cena*! repetian todos al subir al asalto; que fué tan esforzado y vigoroso, que tomaron el castillo, y quedaron dueños del pueblo, al que le pusieron por nombre su grito de guerra *A la cena*, que luego por corrupcion, andando el tiempo, se ha vuelto Aracena.

Diego Mena, cuya timidez se iba aumentando á medida que se acercaban, estaba azorado, y daba poco oido á los conocimientos históricos que el tio Anda-mucho ostentaba.

—¿Me asegura Vd., pues, le dijo, que seré bien recibido?

—¡Carambola! respondió éste, ¡quisiera saber en dónde no lo seria Vd.! Amigo, no se debe ser tan desconfiado en este mundo. ¿No sabe Vd. el refrán, que ruin es quien por ruin se tiene! ¡Vaya si estarán contentos; yo lo créo! Ya saben por mí que es Vd. jóven, bien parecido, de buena nota, buena gente, y que tiene con que pasarlo bien. A fé mia

que serian descontentadizos si no les acomodase Diego Callado.

—Tampoco me llamo Diego Callado, dijo este: me llamo Diego Mena.

—Lo mismo dá, respondió el arriero; yo me llamo Curro Moreno, y nadie me conoce sino por Tio Anda-mucho. Hombre de Dios! levante Vd. esa cabeza; que es Vd. un novio de los pocos.

—Tio Anda-mucho, me mira Vd. con muy buenos ojos.

—¿Y Pastora?

—¡Pastora.... ya! esa me quiere; y quien á féo ama, hermoso le parece.

—Vamos, vamos, Diego: Fray Modesto nunca fué guardian. Yo respondo: ánimo, y no ser niño.

Apenas llegaron, cuando el tio Anda-mucho mandó aviso de su llegada á la familia de Pastora, y nuestros viajeros, habiéndose afeitado y vestido como correspondia á la circunstancia, se pusieron en camino para la casa de Pastora.

Tio Anda-mucho precedia triunfalmente á Diego, cuya bella presencia y buen aire llamaban la atencion de todos los que lo encontraban: Iba mas turbado que una jóven de quince años.

—Tio Anda-mucho (decia el uno) no se hubiese metido en eso, si su recomendado no le dejase lucido.

—Tio Anda-mucho, le decia otro, las muchachas le van á rezar á Vd. novenas como á San Antonio, si traeis á menudo tales cargas.

—Tio Anda-mucho, añadió un muchacho, el viaje que viene, que no sean calzones, sino que sean enaguas.

—Haz que quieran venir, contestó el viejo y jovial arriero.

Llegaron en esto en casa de los Padres de Pastora. Era grande y buena: á la derecha de la entrada habia una sala con dos pequeñas alcobas paralelas: unas sillas de paja con espaldar recto, alto y tieso, guarnecian las paredes; al testero se apoyaba una gran mesa de nogal, negra y brillante á fuerza de años: encima se veia un enorme velon de ocho mecheros, que brillaba como si fuese de oro. Al frente de la puerta de la calle, la desigualdad del terreno hacia preciso subir algunos escalones para entrar en la cocina, que era la pieza en que se habitaba. Una enorme chimenea ocupaba el fondo de esta pieza. En el techo colgaba una enorme cantidad de jamones, chorizos, morcillas y embuchados que se curaban al humo. Una puerta llevaba á un corral, donde estaban el horno, los lavaderos, las cuadras y demas oficinas de la casa.

Cuando entraron, toda la familia, entre ella el Alcalde, estaba reunida. Al ver tanta gente, el pobre Diego sintió un penoso mal estar. Pastora, retirada detrás de su Madre, se sentia cual él mortificada; no que cual él fuese timida en sí, sino porque el amor ama el secreto como el ruiseñor la noche; y porque en todas las clases de la sociedad hay

una delicadeza en el amor, que una mirada azora, un cumplido irrita, una chanza hiere, y una vulgaridad indigna.

No obstante, Diego y Pastora cambiaron una mirada, que les dió tanta felicidad, que su embarazo disminuyó, y su situacion se les hizo mas tolerable.

—¿Y mi compadre? preguntó el Tio Anda-mucho queriendo ante todas cosas presentar el futuro al Padre.

—Ahora vendrá, contestó su muger. No estaba ahí cuando avisó Vd. su llegada; no os aguardábamos tan pronto.

—Es que yo tenia un buen arriero, respondió Tio Anda-mucho, guiñando para señalar á Diego.

En este instante se oyeron los pasos de un caballo; poco despues entró un hombre jóven aun. Le hicieron lugar y se adelantó, llevando en una mano sus alforjas, y en la otra su escopeta.

—Aqui teneis á vuestro Hijo, José Ramos; dijo muy ancho y con la cabeza erguida el Tio Anda-mucho: pienso que hallaréis que Pastorcilla tiene buen gusto.

—Bien venido sea en esta casa, respondió José Ramos; y tomando á su hija por la mano, añadió: Aqui está mi hija: vuestra es, pues os ama. Es lo que yo mas quiero en este mundo! Y Dios os bendiga como os bendice vuestro Padre.

Diego dió un paso adelante, levantó la cabeza,

que tenia bajada desde que el Tio Anda-mucho le habia cogido por la mano, y miró al hombre cuyas palabras le habian conmovido.

Su mirada se clavó en él, y no pudo separarla. Una palidez mortal cubrió su rostro. Sus ojos se agrandaron, y pintaron el asombro.

—Decid algo, le dijo al oido el Tio Anda-mucho, sois demasiado corto; esto pasa de castaño oscuro. ¡Van á creer que sois mudo!

Diego Mena estaba inmóvil: su cara causaba espanto.

—¡Por vida del Dios Baco! dijo el Tio Anda-mucho, fatigado, viendo que todo el mundo se agolpaba con sorpresa al rededor de ellos, ¡por vida del Dios Baco! ¿Qué veis en nuestro bueno, honrado y querido vecino José Ramos, que os pone hecho estátua como á la muger de Lot?

—Veo, dijo Diego con voz sorda, sin apartar su terrible mirada del Padre de Pastora, veo.... al asesino de mi Padre!

Un grito general fué seguido de un silencio de estupefaccion.

—¡Qué os atreveis á decir! exclamó al fin el Tio Anda-mudo. ¿Estais loco? ¿Es un acceso de delirio?

—Que echen de mi casa á ese insolente impostor, gritó la muger de José Ramos.

—¿Impostor? dijo Diego con agitacion convulsa. ¡Vedle! ¡Miradle! y ved como él no se atreve á desmentirme!

José Ramos habia bajado la cabeza sobre su pecho, y se apoyaba sobre su escopeta.

—Diego, (dijo el arriero, queriendo llevársele), perdeis la cabeza; teneis una manía que descompone vuestro cerebro. ¿No veis todo lo extravagante y disparatado de querer reconocer despues de cerca de veinte años á un hombre que no hicísteis sino entrever cuando érais tan pequeño?

—Lo dije entonces! exclamó Diego Mena exaltado hasta el delirio. De aqui á cien años, entre cien asesinos, reconoceré al de mi Padre. Y él mismo lo dijo: ¿no es verdad que lo dijísteis? Lo dijísteis al apuntar vuestra escopeta al pecho de aquel hombre honrado. «¡No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague!»

Al oir estas palabras, la escopeta, sobre la que se apoyaba José Ramos, cayó al suelo, y él mismo hubiera caido, si su viejo compadre y otros, no le hubiesen sostenido en sus brazos.

—Ya lo veis, prosiguió Diego con la misma exaltacion, no puede sostener la acusacion. Alcalde, en nombre de la ley, os requiero de arrestarle. Ustedes sean testigos de que no puede negar su delito. ¿No es verdad, asesino de Juan Mena, que reconocido por su hijo, te confiesas delincuente?

José Ramos quedaba anonadado.

—En el nombre del Dios de la verdad, yo, hijo de Juan Mena te pregunto: ¿Has matado á mi Padre?

José Ramos se incorporó, levantó al cielo su pálida cara, cruzó sus manos, y dijo con voz firme:

—Yo le maté!

—¡Vírgen Santísima! gritó su muger cubriendo su rostro con sus manos.

—¡Sí, pobre muger! ¡has vivido engañada! Pero lo sabes; no fuí yo el que te solicité. Sabes que rehusé cuando tu Padre me ofreció á mí, pobre criado, el ser su hijo. Y solo cuando una pasion de ánimo amenazó tu vida, consentí en unirme á tí y hacerte feliz. ¡He cumplido mi palabra, muger; he hecho por lograrlo cuanto he podido! Pero no me era dado borrar lo pasado, y lo pasado era, ¡gran Dios! ¡un crímen y el presidio!!!

—¡Presidiario! ¡Presidiario! ¡Justo cielo!!! murmuró su muger, cayendo como una masa inerte sobre una silla. Las mugeres presentes la rodearon.

—¡Oh! ¡llevadme de aquí; llevadme, y escondedme bajo de tierra! les dijo.

Se la llevaron desmayada.

Pero cual una jóven leona, Pastora vuelta en sí de su primer estupor, se habia echado sobre su Padre, y puesto la mano sobre su boca diciéndole:

—¡Callad, callad, Padre mio! ¡Os calumniais, os perdeis! ¡Vos, mi tierno, mi amado, mi santo Padre! ¡No! ¡jamás, jamás habeis hecho, no habeis podido hacer cosa mala!—¡Mientes, mientes, vil calumniador; no ha muerto á tu Padre!

—¡Hija! ¡Hija de mi corazon, dijo José Ramos,

no puedo mentir! Sí, yo soy el que guiado por mi desesperacion ¡le maté! Porque *él*, *su Padre*, me habia perdido, porque conmigo habia perdido á toda mi familia; porque *él*, *su Padre*, me habia quitado la muger á quien amaba con un amor sin límites! Pero desde entónces no he tenido ni un solo dia feliz, ni una noche tranquila. En mis coloquios con Dios, le decia que yo usurpaba mi bienestar. Siempre lo hé mirado como un préstamo, que tendria que devolver el dia que Dios asignase. Sabia que yo tambien tenia una deuda que pagar, que la justicia divina reclamaria. Ese dia es llegado. Estoy pronto. Vamos, prosiguió dirigiéndose al alcalde, llevadme; acortad mi causa.

—¡No! ¡no! gritó Pastora, no os le llevaréis, no. No; eso es imposible, imposible! Eso no será; ¡yo moriria! ¿Acaso no sabeis que él es el mejor entre los buenos, el padre de los pobres, el modelo de de todas las virtudes! Si le quitó la vida á aquel que todo se lo habia arrebatado, ¿porqué seria mas criminal que aquel que le hizo mas daño aun? Si una injusticia le envió á galeras, ¿porqué le deshonrarian como á un culpable? Las señales de los grillos yo las borraré, Padre mio, con mis lágrimas y cariños!

Pastora se habia echado al suelo; abrazaba y cubria de besos y lágrimas los pies de su Padre!

—¡Hija mia! la dijo éste levantándola y estrechándola sobre su corazon. ¡Oh Hija! dulce y sola

flor que haya florecido sobre la senda árida de mi vida! Tú has sido mi única dicha, mi alegría y mi gloria; flor divina que deberia brillar en el cielo con las estrellas; y que yo, desgraciado, ajo al separarme de ella con la deshonra!

—¡Die....go.... Die....go! gritó la infeliz jóven entre sollozos.

—Diego, dijo á su vez el viejo Padrino con lágrimas en los ojos y en la voz; tened piedad de ella! desistid, decid que una semejanza os indujo al error. Ved el interés general que inspira: desistid, en el nombre de Dios, desistid!

Diego Mena, cuyo dolor y misantropía distraidos un momento por su amor, sufrian ahora una cruel y profunda reaccion, respondió en voz sorda.

—Juré la expiacion de la muerte de mi Padre!

—Diego, dijo Pastora arrancándose de los brazos del suyo, y cayendo á los pies de su amante; ya que tanto amaste á tu Padre, debes saber como yo amo al mio! Por todo lo que has sufrido, no quieras hacerme á mí sufrir dolores mil veces mas desesperados aun! Diego, miente por generosidad, ya que mi Padre no quiere mentir por honra.

—¿Tuvo él piedad de su inocente víctima? dijo Diego sordamente, y volviendo la cara por no ver á Pastora.

—¡Basta, hija! dijo José Ramos, levantando á su hija: la vida no vale una bajeza.

—Anda! gritó Pastora, levantándose derecha y

orguida; altiva y bella en su dolor como una Lacedemonia. Anda, rico y feliz; pues trocaste los puros y dulces goces del amor por los embriagadores placeres de la venganza! ¡Anda! Y ya que no has tenido piedad, puedan Dios y los hombres rehusártela aqui abajo y allá arriba!

Aquella misma tarde fué empezada la sumaria del proceso de Manuel Diaz, conocido bajo el nombre de José Ramos. En su interrogatorio declaró su nombre y su crímen; añadió que despues de haberlo cometido, anduvo algun tiempo errante por la sierra nutriéndose de bellotas. Un dia se halló cerca de un arroyo, muy crecido por las lluvias, el cuerpo de un hombre ahogado. Este hombre habia echado su sombrero á la orilla opuesta ántes de echarse á nado; en este sombrero habia un pasaporte con el nombre de José Ramos, pobre soriano que venia á buscar trabajo á Aracena. Lo tomó, y en su lugar puso el que le fué librado en Ceuta. Este hombre fué enterrado en el pueblo inmediato como Manuel Diaz, presidiario cumplido, mientras Manuel Diaz llegaba á Aracena y bajo el nombre de José Ramos, entraba á servir en casa de su suegro, en donde se condujo de modo que se hizo apreciar de todos, y querer de la hija de su amo, sin pretenderlo ni desearlo.»

Dispénsame, sobrino, los detalles de lo que me queda que decirte. Bástete saber que Manuel Diaz, acusado de muerte á traicion, hecha sobre un hom-

bre indefenso, segun él mismo confesó, fué condenado y ejecutado.

Cuando le trajeron á Sevilla, su hija, á quien la familia tenia encerrada, por hacerlo así preciso su exaltado é insensato dolor, se huyó, echándose por una tapia á riesgo de su vida, y siguió á su Padre á pie, hasta que su Padrino que salió á alcanzarla, la halló á medio camino, echada debajo de un árbol, con los pies ensangrentados y medio muerta de dolor, de cansancio y de necesidad.

Se vió precisado á traerla á Sevilla: yo la recojí en mi casa. Pero á pesar de todo nuestro esmero y cuidado para dulcificar la horrible impresion de una desgracia que no se la podia ocultar, no pudo resistir. Sus nérvios destrozados le cuasaron una epilepsía incurable, y dicen es difícil el reconocer hoy dia á Pastora la Serrana, la flor de la Sierra, en la miserable y pálida epiléptica que llaman *la Hija del ajusticiado.*

Por lo que toca á Diego, á quien un terrible remordimiento y un destrozador pesar por su perdido amor, advirtieron tarde que habia hecho mal, perdió su razon ya alterada. Puedes verle en San Márcos, (1) donde está, y te dirá que le hacen verdugo sin querer él serlo. Allí los loqueros le pegan, y los curiosos se rien de él, cumpliéndose asi parte del anatema que sobre él pronunció la

(1) Casa de locos en Sevilla.

inocente víctima de su inexorable resentimiento, de sus falsas idéas de justicia y necio orgullo, al creerse instrumento de expiacion, cuando esta solo la dispone é inflige Dios!

CARTA TRECE.

Del mismo al mismo.

Paul, querido Paul; si tú crees que en el mundo entero hay un hombre mas feliz que yo, te engañas. De aqui á media hora salgo para Cádiz. No puedo decirte mas; mi pulso tiembla, mi corazon me ahoga.

La carta que te envio, te enterará de todo. Adios, te abrazo de corazon, y quisiera abrazar al universo.

JAVIER.

Carta de don Bernardino Bueno á Javier.

Muy señor mio y dueño:

Hay cerca de ocho meses que hicimos un viage juntos en Diligencia. Usted recordará que todo el mundo se burló de una mina de que yo hablé, y de la cual solo Vd. tomó una accion.

No he querido hablar á Vd. sobre ella hasta el dia en que mis esperanzas se hubiesen realizado.

Este dia es llegado; y con la mayor satisfaccion y alegría se lo hago saber.

Tenemos fuera de tierra una inmensa cantidad de mineral, y este se halla ser tan argentífero que dá la enorme cantidad de....

Hemos realizado una suma, de la cual tocan á vd. cuatrocientos mil reales, que están depositados en la casa..... de Granada, y de los cuales puede Vd. disponer.

Como no tengo ni necesidad ni ambicion de tanto dinero, estoy labrando con mi parte una capilla á la Vírgen.

Me han encargado que ofrezca á Vd. un millon de reales por la mitad de su accion. El sujeto que me ha hecho el encargo, me suplica encargue á Vd. que conteste cuanto antes.

Hágame Vd. el favor de decir á nuestros compañeros de viaje, si los viese, que es cierto que muchos se han engañado poniendo sus esperanzas en minas; pero que alguna vez se acierta. Y dígales Vd., sobre todo, que nunca se engaña nadie poniendo su confianza en un hombre honrado.

Soy de Vd. etc., etc.

Bernardino Bueno, Cura de....

FIN.

FE DE ERRATAS DEL AUTOR.

DE UNA EN OTRA.

Pág.	Lin.	Dice.	Léase.
17	8	Judas	Don Judas
24	21	ojos grandes, ojos redondos.	ojos grandes y redondos.
31	9	alto poder	el cetro del poder
31	12	arrancarles	arrancarle.
54	3	exclamó mi Tio	exclamó mi Padre
55		de nestra tia Juana y su marido	de nuestra tia Juana y de su marido
60	9	sabido acento.	conocido acento.
61	27	labrado esta casita?	labrado esta casa?
63	26	unos clamores	tales clamores
90	22	golpes rigurosos	golpes vigorosos
91	18	le habia dado la mano	le habia dado á mano.
98	7	tiene un mal nombre!	tiene mal nombre!
98	17	esta rata	rala, (*en andaluz, insolente*)
100	28	Y si su mercé lo desea,	(*Como esto lo contesta ella, debe estar en párrafo separado*).
101	10	entiendes?	estás?
102	4	que me traiga el santo óleo!	que me traiga el santolio!
111	10	cambio en su corazon	cambio en su rostro
113	12	para defenderse	para querer defenderse
117	28	no dejar la fuente vacía	con dejar la fuente vacía
119	28	y le decia	que le decia
120	24	murmuró entre dientes	(*Añádase*) : por eso me delató!
134	3	suave y sublime	suave y cristiana

Pág.	Lin.	Dice.	Léase.
135	4	se entristecia	se entristeció
136	12	me sacó las lágrimas	secó las lágrimas
138	12	hallar un hombre	hallar á un hombre
153	11	la noche camina	la noche que camina
153	14	¡Toma! ¡Rucio!	¡toma! ¡Ruch!
153	25	ese no ha traido	no ha traido
157	29	El serrano era alegre, bromista, chusco:	El serrano que era alegre, bromista, chusco;
158	9	la abre	abre la ventana
160	5	repitió	añadió
168	20	sorprendida la impaciente	sorprendida é impaciente
170	17	No saben;	No lo saben;
171	7	aprobará	aprueba
172	3	lujoso	aglomerado
173	6	parecia	pareció
182	18	enorme cantidad	gran cantidad
187	3	porque conmigo habia perdido á toda mi familia;	porque me habia perdido y conmigo á toda mi familia;

DE CON MAL Ó CON BIEN A LOS TUYOS TE TEN.

Pág.	Lin.	Dice.	Léase.
19	16	el sentido del corazon	el sentir del corazon

ERRATA IMPORTANTE

DE CALLAR EN VIDA Y PERDONAR EN MUERTE.

ULTIMA COPLA.

Dice.	Léase.
Ya estan dibujadas Niña tus facciones, Ahora viene mayo, Que te dé colores.	Ya estan dibujadas, Niña, tus facciones; Ahora viene Mayo, Que te las colore.

OBRAS COMPLETAS

DE

FERNAN CABALLERO.

CON MAL Ó CON BIEN

Á LOS TUYOS TE TÉN:

RELACION

POR FERNAN CABALLERO.

MADRID: 1856.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.

CON MAL Ó CON BIEN

Á LOS TUYOS TE TÉN.

Y solo el hombre pervierte
Sus justas obligaciones,
Si no vence sus pasiones
Como valeroso y fuerte.
(JUAN RUFO A SU HIJO).

Nosotros, insensatos, hemos hecho del matrimonio un miserable espantajo, que tratamos incesantemente de ridiculizar; como si no fuera al contrario! . . . . . .
(JULIO SANDEAU).

I.

Quien por los años de 183*** hubiese paseado por la muralla de Cádiz, ese paseo de piedra apropiado á aquella ciudad compacta, que parece haber salido de una cantera en una sola pieza, fuerte, bella y armada, como Minerva de la cabeza de Júpiter; quien en esa época hubiese pasado por el

trozo que corona la puerta del mar, hubiera podido notar dos mendigos, que, arrimados al pretil, imploraban la caridad pública, más con su triste aspecto, que no con descompasadas voces. Era el uno soldado, segun lo demostraban los restos de una casaca militar que llevaba; faltábanle ambas piernas, y sentado sobre un pedazo de corcho sujeto á su cuerpo con correas, se movia, merced á sus manos que apoyaba en el suelo. A su lado una mujer jóven, pero avejentada, y conservando á pesar de su decaimiento un noble tipo de belleza, se cubria parte de su rostro con un pañolon desteñido por la intempérie, que llevaba sobre la cabeza, meciendo en sus brazos á un niño pálido y enfermizo como su madre; mientras el lisiado enseñaba á una niña de seis años aquellas palabras más apropiadas para mover el corazon del hombre, y aquellas bendiciones más adecuadas para incitarle á merecerlas; esto es, la hermosa deprecacion: «Señores! ¡por la sangre de Nuestro Redentor y por »los pechos que le criaron, muévase su corazon á »piedad hácia estos infelices, sin más amparo que »el del cielo y el de las buenas almas! ¡Asi Dios les »libre de un malvado, de un testigo falso y de una »mala lengua!» Y la pobre añadia suspirando: «y les dé salud para criar á sus hijos!»

Algunos ricos pasaban respondiendo así á este clamor de la miseria:

—¡Qué plaga! ¡Qué repugnante aspecto en un

paseo público! ¿Porqué no habrá aquí, como en otras capitales del extranjero, asilos forzosos para la mendicidad? ¡Qué atrasados estamos! ¡Miren ustedes eso; un ente así, casado y con hijos! Deberia eso permitirse? Aquí todo anda como Dios quiere!

Pero otras buenas almas,—generalmente mugeres, clérigos ó niños,—se paraban, y daban limosna.

—Ahí tiene Vd., decian los primeros; la limosna mal entendida, el *ochavéo*, el maldito ochavéo, que es el que mantiene á esos vagos, á esa lepra! ¿Y sabe Vd. porqué dan esos beatos? Para que los vean dar; por pura hipocresía.

Y lo que vosotros haceis en no dar, detestables cancerberos de vuestro dinero, ¿cómo se llama?

—¿De qué sirven los pobres? decia un tremendo millonario que la echaba de gracioso, seguro de que los chistes de un millonario siempre hacen gracia. ¿De qué sirven, sino de estorbo? A los pobres, matarlos.

Esta bestial atrocidad hizo dar tales carcajadas á sus compañeros de paséo, que poco faltó para que se apagasen los tremendos cigarros habanos que llevaban en la boca, como los elefantes sus trompas.

La muralla que ostentaba tales hombres, que harian bueno al socialismo,—si por fortuna no fueran raros y contados,—ostenta tambien otros séres encantadores, que á su albedrío rien, saltan, cor-

ren, caen, se vuelven á levantar y á formar grupos, parecidos á los que forman los amorcillos en las escenas pastoriles de Boucher.

Estos séres son los niños, que primorosamente vestidos á la inglesa, envian sus Madres, en compañía de sus amas, á esparcirse á la muralla; mientras estas, sentadas en el ancho parapeto ó en los escalones que separan unos de otros los cañones que asoman por fuera del recinto su formidable ojo negro, se entretienen en conversacion unas con otras, sin perder de vista su rebaño.

Hacen allí, como es de pensar, gran papel los rosqueteros, los que, con sus canastos en las manos, pasan como una tentacion viva por entre aquellas hordas lilliputienses.

Tenemos, por reata del pecado de golosina de nuestra infancia, *una debilidad* por los rosqueteros, que nos parecen dulcísimos miembros del cuerpo social, á pesar de que, por una rara anomalía, suelen tener cara de vinagre. Aun hoy dia nos parece que adornan mucho mas graciosamente la muralla, que no los soberbios cañones; y creemos infinitamente preferibles los anises de los primeros á los de los segundos. Ello es que son entrambos, los cañones y los rosqueteros, accesorios necesarios de la muralla de Cádiz: sin los niños, los rosqueteros y los cañones, pierde todo su prestigio y toda su fisonomía.

—¡*Quero uno otro rosquete*! dijo á su ama una

rubita de tres años, cuyos rizos volaban al viento por sus hombros, debajo de una capotita de raso color de rosa.

—Y yo un merengue, añadió su hermana, decana de la tropa, que ostentaba con dignidad siete años.

—¿No sería mejor, respondió el ama envejecida en la casa, pues lo habia sido igualmente de la madre de las niñas; —no sería mejor, pues ya os compré esas chucherías, que diéseis ese dinero á aquella pobrecita niña, que quizás hoy no habrá comido pan?

El ama tenia dos fines, el caritativo y el higiénico.

—¿Que no habrá comido pan? dijo asombrada la niña mayor. Y sin volver siquiera la cara al incitador canasto del rosquetero, tomó los dos cuartos de manos de su ama, corrió hácia la pordiosera, y le dió la moneda.

—¿Y tú, Lolita, no le quieres dar limosnita á la pobre?

—*Quero uno otro rosquete*, respondió en tono decidido y firme la de la capota rosa.

El ama se lo compró.

—¡Quiere Vd. ahora, dijo refunfuñando el viejo rosquetero, que los angelitos de Dios dejen de comer dulces! Si eso sucediese, mujer de Dios, ¿de qué viviríamos nosotros? ¡Caramba con Vd., que desnuda á un santo para vestir á otro!

—¡Cicatera, golosa, mal corazon! decia entretanto la mayor á su hermana; esa pobre niña no ha comido pan, y tú has comido muchísimo, y *puding*, y postres. Anda, dale tu rosquete, corramos;-y agarrándola por la mano, la llevó de remolque á paso redoblado hácia la pordiosera, le cogió la mano que llevaba el rosquete, y la puso en la de la niña pobre.

Esta no se atrevia á tomar la dulce é incitadora ofrenda.

—Tómalo, tómalo, dijo la niña mayor.

—¿Me lo das? preguntó la pobrecita con ese encantador tutéo de los niños, compañero de su inocencia.

—¡Sí, sí, cógelo, anda!

La pobrecita lo tomó tímidamente, diciendo:

—¡Dios te lo pague!

Toda esta escena habia sido una sorpresa para la de la capota rosa, que no comprendia bien lo que pasaba, y á la que la veloz carrera á remolque habia aturrullado. Pero apènas vió pasar su querido rosquete á manos extrañas, cuando abrió su poderosa boca, y se puso á berrear como un becerro.

—¡Qué fea estás! ¡Qué feísima estás! le dijo su hermana echando á correr, y dejándola plantada enmedio de la muralla.

Entonces subieron los berridos al fortísimo, acompañados de un copioso aguacero de esas lá-

grimas, que brotan y se secan en los niños instantáneamente.

El ama acudió, y tambien la pobrecita, que quiso devolverle el rosquete. Afortunadamente el rosquetero, que giraba alrededor del grupo de las niñas como un abejorro alrededor de las flores, acudió, atraido por una seña del ama. La de la capota rosa, metiendo su blanca manita en el canasto, con el mismo íntimo placer con que un avariento mete la suya en un talego de onzas, cogió un rozagante rosquete, en el que hincó, con triunfo y denuedo, las blancas perlitas que adornaban su boca.

Satisfecho su primer anhelo, el de la golosina, trató su señoría de satisfacer el segundo, que era el de vindicar el derecho sobre su propiedad, con ese apego y potestad sobre ella que tenemos tan instintivo é innato, que han sido precisas toda la fuerza y autoridad del cristianismo para crear el desprendimiento. Pero la niña, que era aun demasiado chica para comprender la dádiva, ni hacerse cargo de la necesidad ajena, corrió hácia aquella que graduaba de usurpadora de su rosquete, y le aplicó bien aplicada, con todas las fuerzas de que podia disponer, una palmada en el brazo.

—¡Ah, pícara! exclamó su ama, que corrió tras ella sacudiéndola por el hombro: ¿qué se entiende, pegar, y pegar á una pobrecita que no te ha hecho nada? ¡Pídele perdon ahora mismo, ó si no, se lo digo á tu Madre!

—¡Niña mala, niña mala! dijo su hermana: pide perdon al instante á la pobrecita.

—No *quero*, recalcó á voz en grito y con magnífico aplomo la culpable incontrita.

—¡Bueno, bueno! ¡Pegona, soberbia y arrogante! dijo su hermana.

Cierto que, si la de la capota rosa hubiese leido á *Bernardo del Carpio*, habria contestado lo que el moro contestó á aquel:

¡*La arrogancia toda es mia*!

Pero á falta de voces, expresó eso mismo en una altiva y firme mirada.

—¡Vaya! Pedir perdon á una mendiga, dijo remilgadamente una niña de medio pelo, que lucia una peineta, un velo, el cual estiraba furiosamente, y un abanico, que parecia en sus manos un soplador de cocina.

—A todo el que se ofende, se pide perdon, contestó el ama; á eso las tiene acostumbradas su Madre. Si te cuesta pedir perdon á un pobre, pizpireta no le ofendas. Mis niñas saben que, sin perdon, está la ofensa siempre viva, y como una mancha en la conciencia, y que sin tener la conciencia limpia nadie puede vivir contento, sinó que está dejado de la mano de Dios. Pero tú dile á tu Madre, que en lugar de abanico, te compre un librito de doctrina. Así perderás los humos; que á todas les están

mal, mi alma; pero á los pobres, peor que á los ricos: ¿estás?

La niña á quien iba dirigida esta filípica, dió un nuevo estiron á su velo, y puso en movimiento acelerado, á un tiempo sus pies y su abanico.

—Pide perdon á la pobre, Lolita, corazon; prosiguió en tono suave y suplicatorio la buena muger; si lo haces, te llevo á la Alameda, donde verás á tu Mamaita.

—¿Hay *múica*? preguntó la niña.

—Sí, hay música; la de la tropa.

Lolita volvió su carita que engarzaba la capota rosa, hácia la niña mendiga, y le dijo:

—*Pedon*, *poecita*. Y en seguida, como tanto en la senda del bien como en la senda del mal, el primer paso es el que cuesta, segun dicen muy bien los franceses, dado este, Lolita entusiasmada alargó su rosquete á la pobre niña, con el ademan y expresion de rostro de Escipion al devolver á Alucio su hermosa novia hecha esclava en Cartagena. Verdad es que faltaba al rosquete la mitad, y que el ánsia de Lolita habia sido mayor que su apetito.

A la noche la niña mayor, refirió á su Madre cuanto habia pasado.

Esta señora, verdaderamente ilustrada, y qué tenia los buenos sentimientos que la verdadera ilustracion ennoblece y refina, tuvo un pesar real por la accion de su niña, y al dia siguiente fué ella

misma con sus hijas á llevarle á la pobre, ropa y socorros. Le gustó tanto la niña, que ofreció á su madre vestirla y costearle la escuela, y por eso hemos referido el anterior incidente, puesto que la impertinente palmada de Lolita tuvo para su pobre víctima incalculables resultados. Pero no anticipemos sobre lo venidero: preciso es saber ántes de todo, quiénes eran aquellos mendigos que presentamos al comenzar este relato; y esto es lo que vamos á referir, si nos quereis prestar atencion.

II.

El dia de San Juan del año de 1821, se notaba en el muelle de Cádiz un gran y alegre movimiento, debido á que era dia de toros en el Puerto.

Presentaba seguramente dicho muelle una bella y animada perspectiva á los ojos: en cambio eran destrozados los oidos por una descomunal y destemplada gritería, con la que el barquero de la bahía de Cádiz abusa espantosamente de sus pulmones y de los tímpanos de los que le oyen. Ciertamente se deberia poner coto, por órden de buen gobierno, á esta licencia de garganta, que, unida á la de expresiones, incomoda, aturde, escandaliza

é indigna al público indígena, y asusta al exótico.

—Señorito, dijo uno de los patrones de falucho, que se agitaba, gritaba y se movia sin cesar, y cuya voz ya estaba ronca, á un jóven, agarrándole por un brazo: Venga su mercé acá, mi amo; que en este mismo instantito doy la vela, y pongo á su mercé en el muelle del Puerto en lo que canta un gallo, sin que haya siquiera notado que va surcando el charco....

Y sin saber ni cómo ni por dónde, nuestro jóven se halló sentado en el falucho, ó, por mejor decir, preso en un ponton, pues una vez en el barco, ni se hizo á la vela éste, ni pudo volver á tierra aquel.

—Patron, ¿hay buen viento? preguntó acercándose medrosa é indecisa una vieja.

—En popa, como un puntapié. Ande Vd., que nos vamos. Iza, Miguel. ¡Eh, vosotros! A izar, á izar; que nos vamos!

Por de contado los marineros no se movieron; pero el patron habia cogido á la vieja por los hombros, y la habia empujado en el falucho, como un fardo.

Apenas bogaba el barco, cuando, conociendo la vieja que el poco viento que hacía, era contrario, exclamó desesperada:

—Patron, ¿no me dijo Vd. que el viento era en popa?

—Ya ha mudado.

—¡Si me lo acaba Vd. de decir!

—Como que no tiene ajuar, pronto se muda, contestó el patron.

Servando Ramos—tal era el nombre del jóven de quien hicimos mencion,—hijo de un rico comerciante de Cádiz, habia sido educado en Inglaterra; y á su reciente regreso á su pátria, habiendo muerto su Padre, se hallaba poseedor de una brillante herencia. Llevaba en su expedicion el elegante traje de majo sério, que los jóvenes gaditanos habian adoptado para ir á los toros. Consistia en pantalon, chaqueta y chaleco, blancos y finos como los copos de la nieve; una faja de seda celeste ceñia su cintura; un pañuelo del mismo género y color rodeaba su cuello, pasando los picos por una sortija, en la que brillaba un solitario de gran valor; calzaba zapatas de rico ante, para semejar á las de vaca de los *majos cruos*; sobre su cabeza, que adornaba una ensortijada cabellera, llevaba un sombrero calañés algo inclinado á la derecha; en una mano una chibata visualmente pintarrajada, y en la otra, (esto es, *del conjuro*) un abanico de caña ó *calaña*, en que estaban reproducidos con los mas primitivos rasgos del dibujo, el tio Nones, el tio Perniles y el tio Conejo, gitanos que vendian ó habian vendido por las calles trébedes, tenazas y otros cachivaches, y cuyo tipo original se explota en el teatro hoy dia con los tios Caniyitas y otros personajes de zarzuelas y sainetes, que, si bien no serán tipos

romanescos ni estéticos, son indisputablemente cómicos y genuinos.

Aunque, por su larga ausencia de la *tierra de María Santísima*, le faltase á Servando Ramos algo de la soltura y gracia necesarias para llevar bien el traje que vestia, (que solo se adquieren en el pais y con la costumbre de llevarlo), no obstante sentaba este traje muy bien á su linda persona; tanto, que habria podido servir de modelo á un pintor que hubiese querido ilustrar con adecuados tipos una novela de costumbres andaluzas.

Fiel á los hábitos contraidos en el extranjero, Servando, léjos de mezclarse en la conversacion general que sostenian los demas pasajeros, se recostó sobre el codo, y se puso á mirar hácia el mar.

Esta tiesura é incomunicacion, que nace generalmente en los ingleses de su cortedad de genio y de los hábitos de su pais, son en ellos cosas naturales, y no ofenden. Mas aquellos que en nuestro pais imitan esto, sin que á ello les autorice la costumbre, ni los disculpe la cortedad de genio, se hacen insufribles, porque demuestran desdén. Ahora bien, de todos los insultos, ninguno hiere cual el desdén; pues que los demas insultos recaen sobre algo, y nacen de una causa; pero el desdén germina y se eleva sin que se siembre, como la mala yerba.

Servando miraba la hermosa vista que á sus ojos se ofrecia, por no mirar á otra parte, y no

porque le llamase la atencion. Hay séres que, á no moverlos una pasion, nada miran con interés ni detenimiento, á no ser su espejo cuando están ellos delante. Son los táles instrumentos sin melodías, en los que no vibra sino una sola cuerda. No obstante, la vista era magnífica y grandiosa, como todas las que ostenta en su composicion el mar, que es la vista mas admirable y conmovedora despues de la del cielo. Aquel dia uno y otro rivalizaban en esplendores; la atmósfera que entre ambos se movia suavemente, brillaba como un flúido de cristal

Veíase en lontananza á Rota, rústica jardinera, que con las manos llenas de frutas y de legumbres, es la primera en dar la bienvenida á los barcos, que cansados y exhaustos de la travesía del líquido desierto, llegan á los puertos recogiendo sus alas, como los pájaros á sus nidos. Mientras más avanzaba el falucho hendiendo las aguas, que en aquel dia, mas saladas que amargas, levantaban suaves murmullos y melodiosos gorgéos á su paso, más se iba destacando la imponente mole abandonada del castillo de Santa Catalina, detrás del cual se iba retirando modestamente Rota, cual si se volviese á sus huertas, á sus viñas y á sus melonares. El fuerte coloso se alza aún, haciendo frente al embate de las olas, aunque sin su vida de fuego y su corazon de bronce; como un valiente y fuerte centinela que, aun desarmado y herido, no abandona el puesto. Entró el ligero surcador de la

bahía en el Guadalete, á cuya orilla izquierda se tiende y estira el Puerto de Santa María. Lo primero que á la vista se presenta, son sus magníficas bodegas, que surten á Europa de su mejor vino; y algo retirado de la orilla, ese circo magno, esa plaza de toros, teatro de la extraña y bárbara diversion, por desgracia, anexa al nombre español. Añeja diversion, que el tiempo poderoso no embota, que la civilizacion no modifica siquiera; en la que solo es nécia y toscamente grande el hombre que por lucro expone su vida, é impiadosa é inhumanamente pequeños los que, sin riesgo y seguros, le aplauden y le animan, sin poder socorrerle si sucumbe. Esto hace que tan repulsante regocijo no halle mas disculpa ante el juicio de la razon, ni ante el sentido del corazon, sino la embriaguez que produce, trastornando al hombre que ambas cosas posee, entendimiento y corazon; como lo hace la embriaguez del vino. Quítese, pues, la causa para evitar el efecto. Y así probará al mundo la España moderna que no cifra todo su pensamiento *civilizador* en suprimir los monjes y dejar arruinar los conventos.

Servando, con su propension inglesa al aislamiento, habia venido solo á los toros del Puerto, lo que le privaba de disfrutar con todos sus accesorios de aquella afamada romería, como lo hacian los demas jóvenes que reunidos hacian el viaje, comian y paseaban. Asi fué, que andaba las calles del Puer-

to, tan alegres y animadas en semejantes dias, como pájaro bobo, segun la expresion del pais.

Llegada la hora de los toros, siguió al tropel de gentes que se encaminaban ruidosamente hácia la plaza; entró, y se colocó cerca de un grupo de jóvenes gaditanos, en el que se hallaban varios conocidos suyos.

Servando, que fué muy pequeño á Inglaterra, nunca habia visto los toros; tenia inculcadas las idéas que infunde la educacion en los paises extranjeros sobre la indisculpable inhumanidad que hay en maltratar y hacer padecer á los pobres animales, puesto que no hay sana razon que pueda admitir que los crease el Dios de bondad solo para sufrir y ser víctimas del hombre. Sabía que en la ilustrada Inglaterra; en aquellas cámaras formadas de los hombres mas notables del Reino, que van á ellas por interés al país y no por el propio; sabia, decimos, que aquella asamblea de hombres superiores no se habia desdeñado de discutir esta materia, formando benéficas leyes que, ponen coto al bárbaro abuso del hombre sobre los pobres animales, que padecen el dolor físico y sienten la angustia moral, sin un amparo, sin un consuelo, sin una compensacion! ¿Qué es, Dios mio, toda la cultura del entendimiento sin la del corazon? Un brillante sol sin calor, una linda flor sin perfume, una bella voz sin modulaciones, un hermoso rostro sin lágrimas y sin sonrisas!

Asi fué que, aunque no era Servando, por cierto, una persona de sentimientos delicados ni tiernos, ni tenia uno de esos corazones fervientes de caridad y henchidos de compasion, que pasan por este mundo cruel como las ovejas por entre los abrojos, dejando, cual ellas copos de su suave vellon, lágrimas de lástima en cada espina; aunque no tenia sino las mas sencillas y cotidianas ideas sobre humanidad y cultura, al ver salir á la acosada fiera, y arrojarse sobre el primer indefenso caballo que, dócil al hombre, aguardaba á pie firme la espantosa embestida; al ver al toro destrozar sus entrañas; al ver al ginete en peligro de muerte, y que este atroz espectáculo era saludado por una algazara general, sintió todo su ser sublevarse, y se preguntó si estaba en una diversion ó en una carnicería. Hasta su físico se resintió al ver por el suelo enrojecido de caliente sangre las entrañas de un animal, aun vivo en la doble agonía de la muerte y del espanto; palideció, y se levantó.

—¿Estais malo? preguntó uno de sus vecinos.

Servando contestó afirmativamente, y se salió.

Alejóse de la plaza, entrando en el pueblo por aquellas calles, poco ha tan bulliciosas y animadas, ahora silenciosas y desiertas. Este silencio y soledad le hicieron bien al alma, cual lo hace un baño tibio á un cuerpo molido y cansado. Siguiendo rectamente la primera calle que se le presentó, que

era la de Santa Lucía, se halló en la plaza de la Iglesia Mayor.

Pesaba ésta grave y tranquila sobre sus gradas de piedra, como sobre un pedestal. Su vista causó al disipado jóven un inexplicable sentimiento de bienestar moral. Nunca está el ánimo tan ansioso por sensaciones suaves y mas dispuesto á gozarlas, como cuando ha sido conmovido por sacudimientos fuertes. Servando se sintió irresistiblemente impulsado á entrar en aquel lugar, cual el fatigado nadador á descansar sobre una firme peña, alrededor de la cual se agitan las olas del mar en su incesante movimiento. El templo estaba en aquella hora desierto; algunas lámparas ardian tranquilas ante las aras, cual vigilantes guardianes de aquellos lugares, derramando una suave y melancólica luz, semejante á la de la luna, sobre los altares á que daban culto. En aquel silencio dulcemente solemne ni aun sus propios pasos oia Servando: ¡tal era el instintivo respeto con que pasaba, cual una pequeña sombra, bajo aquellas augustas y elevadas bóvedas! Asi dió la vuelta al coro, y, siguiendo la fila de capillas, que separan de las naves grandiosas verjas de hierro, llegó á la última, que está al frente y es colateral al presbiterio. Venérase en ella la santa Imágen de María Santísima de los Milagros, patrona del Puerto, que lleva su nombre (1).

(1) El castillo del Puerto de Santa María, que pertenece á los Duques de Medinaceli, á pesar de estar poco cuidado, se

La reja estaba abierta, y asi pudo entrar Servando en aquel hermoso santuario, asombro de dignidad y riqueza, como los labra y solemniza el culto católico en España.

Cuando estuvo en él, notó que no estaba solo. Ante el altar de la Señora habia una mujer arrodillada, que con los brazos en cruz y el rostro alzado hácia la Imágen, oraba como oran los que oprime el dolor ó ahoga la angustia. Servando se paró. A pesar de ser un hombre de los mas adocenados, sentia, por el concurso de extrañas y conmovientes circunstancias, elevarse su espíritu á la contemplacion.—¡Qué contraste! pensó: esta llora y reza; aquellos se solazan con horrores, y rien! ¿Cuál es, pues, el estado mas perfecto? ¿No será el del dolor, que atrae á la criatura á los pies del Criador? ¿No son quizás un don de atraccion las lágrimas, si hacen levantar los ojos que bañan, al cielo?

Tales escenas como la que hemos descrito, se deberian presentar al hombre disipado, para hacerle pensar. Pues hay muchos que pasan su vida en una contínua actividad mezquina y estéril, sin caer en que el hombre debe pararse alguna vez y,

conserva perfectamente. Es antiquísimo, pues fué fundado por Mnesteo, príncipe ateniense. En 1264 expulsó el Rey D. Alonso el Sabio á los moros que le ocupaban; y en la torre primitiva, que aun existe, aunque reconstruido y agrandado el castillo por los moros, se halló oculta la santa Imágen, que escondieron allí los cristianos anteriores á la invasion; por lo que dió el Rey á la poblacion el nombre de la Señora.

separando su mente del círculo estrecho de intereses mundanos, elevarla á mas altas esferas: esferas en que todos concordaríamos, y en las que se realizaria el bello ideal de igualdad y convergencia, si todos de buena fé nos esforzáramos para alcanzarlas.

De cuando en cuando, algun nuevo lance de horror suscitaba en el circo una de esas inmensas griterías, de las que en otros paises no se tiene ni aun remota idéa; la que con golpes, palmadas y silbidos forma ese aturdidor conjunto, extraño y anómalo, que es á un tiempo lúgubre y triunfal, asombrado y delirante, desatinado y lógico, divergente y compacto, compasivo é inhumano, aterrador é incitativo!

Servando notó que cada vez que bramaba esta tempestad de humanas voces llegando en su ímpetu á aquel augusto santuario, ante el cual hay una valla que respetan el ruido y el movimiento del mundo, aquella mujer arrodillada se estremecia, y un acongojado gemido brotaba de su pecho.

Silenciosa y lentamente avanzó algunos pasos, arrimado siempre á la pared, hasta que pudo distinguir el rostro, que solo miraba á la Vírgen. Era una jóven de correcto perfil griego, con ojos árabes; tipo que se halla con frecuencia entre las mujeres del pueblo andaluz; flores preciosas y delicadas, y que por lo mismo, se ajan al primer contacto de la vida, sin el concurso de los años.

En sus grandes ojos pardos brillaban lágrimas, que corrian por sus mejillas aprisa, como corren las lágrimas cuando son muchas.

Al verla tan bella, debió redoblarse en el jóven que la observaba, el interes que le habia inspirado. La hermosura es un gran favor de la naturaleza, que expende á sus predilectas; á unas para su bien, á otras para su mal!

Oyóse entonces en el silencio el ruido que producian las ruedas de una calesa, que en lenta vuelta tocaban contra las chinas del empedrado. Apénas llegó este ruido á los oidos de la arrodillada jóven, cuando se levantó con desatiento, y con rápido paso, atravesando las naves de la iglesia, se dirigió á la salida. Servando, sorprendido de aquel brusco arranque, siguió á la jóven, y se halló casi á la par de ella en las gradas de la colegial. Hallábase en este momento la calesa enmedio de la plaza; llevaba el calesero el caballo del diestro; en la calesa estaba sentado un picador; su cabeza estaba caida sobre el hombro; sus brazos pendian inertes á sus costados; su chupa de tisú de plata y sus calzones de ante estaban enrojecidos de sangre; una mortal palidez cubria su rostro.

El griterío se oia en la plaza, mas vivaz, mas animado, mas atronador qae nunca.

Qué! ¡tan poco vale la vida de un hombre! respondió mentalmente Servando á aquellas alegres y exaltadas aclamaciones; mientras que á su lado re-

sonó el grito mas destrozador que puede lanzar pecho humano con la voz: ¡ *Padre*!!! y la jóven se precipitó hácia el carruaje, que apenas pudo el calesero parar á tiempo para que no fuese atropellada aquella infeliz, ciega y desatentada de dolor.

—¡Dios nos asista! ¡es su hija! dijo el calesero conmovido por ese profundo respeto y alta consideracion, que siente y demuestra el pueblo al tierno y santo amor á los padres.

—¿Está muerto? preguntó Servando, que habia seguido á la jóven.

El interrogado hizo un gesto que significaba que si no estaba muerto, en breve lo estaria.

—¿Dónde le llevais? tornó á preguntar Servando.

—Al hospital, contestó el calesero.

—No, dijo Servando; llevadle á una posada.

Y subiendo á la calesa á la infeliz hija, que estrechaba en convulso abrazo las rodillas de su Padre, la sentó al lado de este, que yacía sin sentido, y marchando junto al funesto carruaje, atravesaron las desiertas calles hasta llegar á una posada. En ella hizo Servando preparar un lecho al herido; mandó á varios emisarios en busca de un hábil facultativo, y, ayudado por los criados, subió y acostó en el lecho al infeliz moribundo.

A pesar de que ninguna esperanza dieron los cirujanos, todos los medios de curacion y de alivio fueron practicados por disposicion y bajo la inspeccion de Servando, en vista de que el herido

permanecia en un completo letargo, y su hija fuera de sí de dolor.

Antes de proseguir, referirémos lo acaecido en la plaza al infeliz picador. (1).

El tercer toro estaba inmóvil en medio de la plaza, en su reconcentrada ira. Veia pasar ante él á los chulos desplegando sus capas de visuales colores, como pájaros de diversos plumajes, sin hacer mas que seguir á esos mezquinos y temerosos provocadores con una despreciativa mirada, clavando en seguida su negra y ardiente pupila en los ginetes, fuertes campeones que, con su lanza en ristre, se le presentaban como adversarios más dignos de sus poderosos brios, y aguardando, como un hábil táctico y prevenido veterano, el ataque, en que no se le pudiese escapar el enemigo.

(1) Todo lo que vamos á referir, es la mas exacta verdad. El lugar y fecha en que esto pasó, no es del caso; pero escenas análogas se han visto en la mayor parte de las plazas de toros que en todas partes se han ido construyendo en estos tiempos ilustrados y regeneradores, á medida que se han derrumbado iglesias! Y no se han construido solo en España, á la que por tanto tiempo ha servido de baldon su aficion á los toros. Existe en Nimes un circo romano que sirvió á las bárbaras luchas de fieras, que tenia aquel pueblo fuerte, tosco, guerrero y primitivo. Sirvió despues para ver despedazar por dichas fieras carnívoras á los primeros Santos y sublimes convertidos. Lució la gran antorcha del cristianismo, y aquel pagano circo quedó anatematizado y sumido en su sangriento polvo. ¿Es creible que sea el puritano, el filántropo, el humanitario y fátuo siglo XIX el que, despues de diez y ocho siglos, rehabilite aquel teatro de horrores y de luchas sangrientas que cerró la civilizacion cristiana? Mal hacen los franceses en dar pábulo y estímulo á los instintos sanguinarios de su pueblo.

Los picadores, que conocian el inminente peligro, aguardaban á su vez que los chulos trajesen á la fiera á la cercanía de un lugar de refugio en la inevitable catástrofe.

El caballo en que estaba montado el Padre de Regla, se bamboleaba bajo el peso de su pesada carga, puesto que el miserable sér era de aquellos que se denominan en los *compte-rendus* de estas cultas fiestas jamelgos, mosquitos, arañas, esqueletos y otros burlones y despreciativos epítetos, sin que jamás les preceda el epíteto de *pobres*, que demostrase hay compasion en los corazones, como en un dia de borrasca, tal cual rayo de luz entre los nubarrones, prueba que hay sol en el cielo.

Este estado de inaccion, tranquilo y siniestro preludio del espantoso drama, se prolongaba. El público ansiaba por el excitante y ameno desenlace, y cuantos insultos contiene el soez repertorio de groseros improperios y denuestos, eran lanzados por este público á los infelices picadores, hombres valientes si los hay, y pundonorosos en su oficio de toreros, tanto como el valiente militar en su carrera de las armas.

—¡A él, cobarde; á él! ¿Para qué te metes á picador, si te pega mejor la rueca que la garrocha?

—Bien se deja ver que no es el toro una caña de vino; que no te vas á él.

Estos apóstrofes y otros que no son para estamparlos nuestra pluma, ni para presentarlos á

nuestros lectores, lanzaba el público á los picadores, como clavan los chulillos las banderillas á los toros para desatinarlos.

La algazara se hacía estrepitosa, y la Autoridad, olvidando su mision, y abusando de sus poderes, mandó al Padre de Regla que fuese á picar al toro.

Es sabido que en esta suerte, el toro debe ser el que tome la iniciativa, si ha de quedar en la lucha un medio de salvacion á su contrario. El picador, con todo el derecho que le prestaban las leyes establecidas, protestó. Entonces el bárbaro instrumento de la cruel autoridad y del inhumano público, descargó un palo sobre las ancas del caballo, que asustado ya por aquella vocinglería infernal, abierta y ensangrentada la boca por el freno con que le sujetaba su ginete, y con los ojos vendados, partió desatinado y sin direccion, y se echó encima de la fiera, cayendo traspasado el pecho por sus astas, y arrojando al picador sobre el lomo del toro, de donde rodó á sus pies. Este bajó la cabeza, introdujo su asta por la ingle de su enemigo, y levantándole en alto, le presentó al público como un ligero troféo, y como diciéndole:—¿Estais contentos? ¿Os he divertido? ¿Me perdonaréis la vida por esta hazaña, con el fin de que propague mi casta para vuestro solaz?—Despues, como si le incomodase aquel colgajo, sacudió la cabeza; pero gravitando el picador con todo su peso sobre

el asta, se le habia esta introducido en el cuerpo hasta atravesarle y salir por la espalda, y siendo el asta curva, no lo despidió; asi fué que permaneció el infeliz vivo en su cadalso. El toro entónces volvió á sacudir la cabeza, como para ensanchar la herida; despues, bajándola y alzándola con violencia, lanzó á gran distancia á su víctima, que cayó en el suelo boca abajo como un costal de arena. Aquel hombre enérgico se levantó erguido; su lívido rostro estaba cubierto de sangre que vertia una herida que al caer recibió en la frente; alzó un brazo con el que señaló á la autoridad y al público, como citándoles ante el juicio de Dios; llevó la otra á la enorme herida, de la que á borbotones se precipitaba la sangre, y cayó al suelo para no volver á levantarse más!

Algunas voces de las gentes del pueblo se alzaron indignadas. En los demás, aquel homicidio, aquella atroz agonía, aquella solemne acusacion y protesta de un moribundo, aquella terrificante responsabilidad ante Dios y la humanidad, todo aquel conjunto de asombrosos horrores pasó como un incidente; la fiesta siguió con la misma animacion y el mismo regocijo. ¡Y os lavaréis las manos diciendo que el torero se presenta voluntariamente! ¡No, no! que no se adormezca la conciencia con ese subterfugio! ¡No! Si no pagáseis con vuestro oro, si no animáseis con vuestros embriagadores aplausos á esos hombres, no habria toreros. ¿De-

cís que sois diez mil? ¡Inválida disculpa! Puesto que la sangre de un hombre se compone de bastantes gotas, para que haya una que manche cada una de las monedas que habeis dado para costear ese sacrificio humano, y la culpa de la muerte de un hombre es tal, que aun repartida en diez mil partes, basta la que os quepa, para que en su dia os diga el gran Juez: «Cain, ¿que has hecho de tu hermano?»

Esta es la ocasion perentoria de hacer una digresion. El autor tiene todo derecho para hacer cuantas quiera, asi como el lector tiene el de no leerlas. El romanticismo, que define Victor Hugo diciendo que es la libertad en literatura, nos da derecho á hacer digresiones, asi como se lo ha dado á Karr, tan querido del público, y á otros, que llaman novelas á un conjunto de digresiones diversas, y que á veces no tienen la mas mínima relacion con el fondo ni con la idea del asunto primordial, ni aun giran sobre puntos de interés ni de crítica. Empero la digresion que vamos á hacer es de un interés grande, trascendental, y tiene la mas patente actualidad.

En el periódico *L' Artiste* del mes de setiembre de 1853, hemos leido un articulito ligero y lleno de chiste, escrito por Teófilo Gauthier, en el que se entusiasma con toda la *furia francesa*, por las corridas de toros.

Léjos estamos de acriminar al señor don Teófilo

su aficion á los toros, que tienen, cual él, tantas otras personas apreciables por su mérito y distinguidas por su talento; y le agradecemos que, mas justo que anteriores escritores, no condene á la nacion entera al estado de barbárie solo por las corridas de toros, sino que reconozca lo grandioso y fascinador de este espectáculo. Pero sentimos ver que despues de tantos años en que los estranjeros han colgado á España sus corridas de toros como un sambenito; en el momento en que la opinion de las gentes cultas y de buenos y humanos sentimientos, principia á darse á luz contra ellas; cuando empiezan á caer en la prensa estas gotitas del agua pura de la moral, de la humanidad y la cultura, que á fuerza de repetirse y con el auxilio del tiempo, acabarán por filtrar el duro ladrillo; sentimos que escritores extranjeros, *plus royalistes que le roi*, mas españoles que los españoles, vengan haciéndose paladines de este espectáculo inhumano, cuando en España misma no los ha hallado en la prensa. ¡Tal es el buen sentido de esta Nacion, enemiga de la paradoja, y llena de respeto á los sentimientos morales! Al leer aquel artículo escrito por uno de los hombres mas cultos de uno de los paises mas civilizados del mundo, no hemos podido menos de preguntarnos ¿si será la decantada civilizacion de nuestro siglo, un fuego fátuo, un barniz, un dorado *ruolz*, que cubre el hierro y no lo penetra?

De este artículo pequeño solo copiarémos unas pocas líneas, que ponemos á continuacion, aunque no sea mas que para defendernos por nuestra parte del ridículo que echan sobre los que claman contra una diversion, que se compone de tan horrorosos hechos, y tiene moral y materialmente tan perniciosas consecuencias. Dice asi:

«Dígase lo que se quiera; pero ese noble y *católico* desden por la vida, tiene una grandeza que siente vivamente el pueblo, y que no podrán rebajar las *sensiblerías lacrimosas* de los retóricos (*rhéteurs*). Suprimid las corridas de toros, y ciertamente se hará un cambio grande en el *timbre* moral de la España. Ciérrense las plazas, y caerán los españoles en la inepta adoracion de los *castratos* y de los tenores, en el insípido *enervamiento* musical, en la apoteósis de la arieta y de la cavatina: en lugar de España habrá Italia.»

¡Nunca hemos visto más, ni más brillantes paradojas acumuladas en ménos palabras! Al ver hasta qué punto puede una rica y florida imaginacion extraviar á un hombre de talento tan superior y de cultura tan distinguida, se pregunta uno si será la imaginacion, cuando se emancipa de la razon, la sirena de los bellos cantos del mito griego?

¿De dónde habrá sacado Mr. Gauthier que el desdén á la vida sea católico? ¿Equivocándolo con el ánsia por el martirio de los santos mártires? Siguiéndo esta tésis progresivamente, vendrémos á

sacar que los suicidas anatematizados por la Iglesia son eminentemente católicos (1).

Llama Mr. Gauthier retóricos ó declamadores á los que se han pronunciado contrarios á los toros. Nunca hubo epíteto peor aplicado, y la prueba está en los tres escritos que, bajo los auspicios de *El Heraldo*, y reproducidos por otros respetables órganos de las opiniones reinantes, vieron la luz pública. Fué el uno un grave y razonado artículo que resumía los perjuicios materiales de tan destructora fiesta; fué el otro una composicion en verso, que llena de chiste y de gracia, ponia en relieve todo el tosco ridículo de tan heterogénea reunion de hombres y de cosas; y por último, el tercero una sencilla llamada á los mas comunes sentimientos del corazon, y á las mas cotidianas nociones de cultura, escrito por la pluma que traza estos renglones. Ninguno de los tres necesitó acudir á la retórica, ni á su verbosidad y artificio, para exponer sus razones

(1) Mientras esto se imprime, (1856) en el mismo dia en que un periódico de los mas acreditados de la córte daba cuenta del suicidio de una persona notable que no debemos ni queremos nombrar, hemos visto en una novela traducida que asimismo insertaba, disculpado y preconizado aquel horrendo crímen, diciendo que es anticiparse á las miras de la Providencia, y apoyándole en textos de la *Imitacion de Cristo*! Es decir, que no basta ya á la corrupcion del siglo escarnecer la moral y suprimir la Religion; sino que llega la perversidad y aun la demencia hasta el punto de pretender que contribuyan aquellas al triunfo de la impiedad y del escepticismo! Pero esta gradacion es lógica, y con razon la presentía nuestro autor.

(*Nota del E.*)

profundamente morales, altamente cultas, incontestablemente religiosas y humanas.

Suprimidas las corridas de toros, Mr. Gauthier no halla otro estado posible para España que el insípido enervamiento musical: en su opinion no hay alternativa. Los franceses pueden ser franceses; los ingleses, ingleses; los alemanes, alemanes, sin toros ni enervamiento. Pero España sin toros, está amenazada de una furiosa melomanía con todas sus mas fatales consecuencias.

No nos detendrémos ni cansarémos al lector con la refutacion de estos y otros parecidos asertos, que estampó sin duda el señor don Teófilo en la embriaguez de la alucinacion, que causa al hombre de mas mérito la fascinadora atrocidad. Pero no podemos ménos de decir que creemos que todo hombre de razon y de buenos sentimientos debe anteponer á la atraccion que arrastra hácia inhumanos espectáculos, la represion de los incultos instintos del hombre, el pudor de la moral, y la delicada decencia del buen gusto. La rienda suelta en las acciones, asi como en los pensamientos, forma los calaveras de hechos y de idéas. Dice su paisano Desmahis, que el talento es como el oro: dále su valor el uso que de él se hace. Asi es que la mision del hombre de talento crítico y escritor público, no nos parece que es adular las pasiones públicas y de la plebe, aunque en su fuero interno participe de ellas; sino que es más severa, más

culta y más civilizadora esta mision; y creemos que tiene más mérito, más desprendimiento y mejor intencion el que las combate. Hombres como Mr. Gauthier, á los que dotó Dios de un gran talento, lo deben emplear como faros, en seguras y floridas márgenes, y no como antorchas de saturnales. ¡Qué bien pensaba Condé cuando decia que preferia un *bon esprit* á un *bel esprit*, esto es, la sensatez al chiste!

III.

Volvamos á la cabecera del desgraciado agonizante, donde gemia su hija, á quien iba á dejar su muerte huérfana y desamparada.

Hasta entónces, cuanto habia hecho Servando era la noble accion de un corazon generoso y compasivo. Pero, por desgracia, no era solo la compasion la que le movia, y la que le detenia al lado del moribundo. Era el encanto que tenia y la atraccion que ejercia sobre él aquella hermosa y pura jóven, tan interesante en su inmenso dolor, y tan abstraida por él, que ni aun se le habia ocurrido rehusar ni agradecer los cuidados y la costosa asistencia que procuraba á su Padre aquel bello y ele-

gante desconocido. Servando habia querido avisar la desgracia á Medinasidonia, pueblo de naturaleza del herido; pero Regla,—asi se llamaba la hija del picador,—le habia objetado que no existia su Madre, y que no tenia ningun pariente cercano alli.

Servando, pues, en vista de esto, no quiso abandonar á la pobre desvalida. Rico, mimado por su Madre, y dueño de su voluntad, escribió á esta señora que agradándole el Puerto de Santa María, pensaba permanecer en él algunos dias.

Servando era como son hoy dia muchos jóvenes, que con una apariencia afectadamente fria, y erigiéndose néciamente en propagandistas del indiferentismo en todas materias,—indiferentismo desdeñoso que establecen como punto culminante de la superioridad moral del hombre,—sienten, á pesar de sus teorías, una gran efervescencia sanguínea ó nerviosa, sin perjuicio de su gran sequedad de corazon. Asi fué que se apasionó de Regla. No obstante, al verla tan pura y tan cándida, tan amante de su Padre, tan ciegamente abandonada á la caridad de un extraño, Servando no osó premeditar un plan, porque no era un malvado, ni era un seductor.

Ese horroroso tipo es desconocido en España, aunque lo nieguen aquellos que nos querrian al nivel de todo lo extranjero, hasta al de sus mas refinados vicios. Seductor de profesion no lo es en primer lugar ningun hombre jóven: todo tiene que

aprenderse en este mundo, hasta la perfeccion en los vicios! Y por lo regular, el mal hombre que escoge una víctima para seducirla, es un hombre frio y gastado, que desea por atractivo, por vanidad ó por testarudez, y no ama de corazon; que asi, todo lo calcula y nada siente; y que gozando en triunfar y no en ser amado, hace derramar lágrimas premeditadamente, y ofrece su amor, como el asesino vil que envenena ofreciendo una emponzoñada flor.

Un incidente vino en breve á dar mas vehemencia á la efervescente, aunque efímera pasion, de Servando. Una mañana, que estaba sentado con la hermosa hija á la cabecera del moribundo, que yacia siempre sin conocimiento, se abrió la puerta, y entró un mozo bien portado en traje de campesino, en cuya marcada fisonomía se veian el sello de la honradez y la entereza de un carácter enérgico.

Al verle Regla prorumpió en sollozos, exclamando:

—¡Sebastian, Sebastian! ¡se muere! ¡Al Padre de mi alma me lo han matado!

Pero Sebastian, estático, solo contemplaba elegante jóven, sentado con tanta franqueza y libertad al lado de Regla.

Quizás en este momento, y no ántes, Regla consideró claramente una situacion que hasta entonces habia visto confusa al través de sus lágrimas. Levantóse como asustada, y cogiendo á Se-

bastian, que permanecia inmóvil, por la mano, le arrastró tras sí al lado del postrado herido.

—Padre, dijo acercándose á su oido: aqui está Sebastian; Sebastian, vuesto sobrino.

El moribundo no dió señal alguna de haber oido.

—¡Lo ves! esclamó Regla torciéndose las manos. ¡No te conoce, no te conoce! ¡Se muere! ¡se muere!

Entonces Sebastian, llevándose á la desconsolada jóven al extremo opuesto del cuarto:

—¿Qué hace ahí ese usía? preguntó con la severidad de la honradez y la aspereza de los celos.

—¿Ese? contestó Regla; si no fuera por ese, ¡qué sería de mí!—¿Acaso estabas tú aqui?

—¿Y necesitas, repuso con reconcentrada indignacion Sebastian, quien haga mis veces cuando yo esté ausente?

—Yo no sé lo que ha pasado, contestó angustiada la pobre niña. Pero sé que nada podia yo hacer ni disponer; que él todo lo ha hecho por mi pobre Padre, y que es un ángel que Dios me envió en mi tribulacion.

—¿Un ángel, eh? dijo con rabiosa sorna Sebastian. Mira, Regla: nada puedo decirte ahora, porque la garganta se me anuda; pero sábete y créeme: QUE CON MAL Ó CON BIEN, Á LOS TUYOS TE TÉN.—Voyme, porque no soy dueño de mí, y no quiero que haya un desmán. Voy á hablar con el contratista de la plaza; dentro de una hora estoy de vuelta, y ten entendido que si he de entrar yo, ha de

haber salido ese señorito; que aquí no hay lugar para los dos. Ó él, ó yo: estás prevenida. Dueña eres de tu voluntad; que puñal no te he de poner al pecho para que á mí me la des. Pero ten presente, Regla, lo que á decirte vuelvo: CON MAL Ó CON BIEN, Á LOS TUYOS TE TÉN.

—¡Sebastian! esclamó Regla: Sebastian, óyeme. Pero Sebastian habia desparecido sin añadir ni un adios.

Regla se volvió ahogada en llanto á la cabecera del herido. ¡Padre mio! exclamó la pobre niña. ¡Padre mio! ¡No os vayais, no me dejeis desamparada!

—¿Qué teneis? preguntó Servando.

—Es que no quiere volver.

—¿Quién?

—¡Sebastian!

—¿Y qué le hace?

—Mucho, señor.

—¿Pues quién es Sebastian?

—Es mi novio.

—¿Y le amais mucho?

—¡No tengo mas amparo que él!

—¿Y yo?

—No sois mi novio.

—Pero puedo serlo.

—¡Qué, señor! los ricos no son novios de las pobres.

—¿Qué lo estorba?

—Aquello de que cada oveja con su pareja.

—Parejas son los que se aman, Regla.

—Señor, no hagais burla; no es razon hacerla de una hija á la cabecera de su Padre moribundo.

—Es que no me burlo, Regla; pues te juro que te amo con toda mi alma.

—Eso no quita que querais hacer burla de mí, señor.

—Si tú me amases á mí, Regla, no serías tan desconfiada. Serlo conmigo, prueba que eres una ingrata.

—¡No soy ingrata, no, no! exclamó la pobre niña, que dió otro sentido á la frase. Lo que os agradezco lo que por el Padre de mi alma estais haciendo, Dios lo sabe, que es el que conoce los corazones. ¡Ay, Jesus, Jesus! ¡Padre, no me dejeis desamparada!

Los sollozos desgarraban el pecho de la infeliz Regla.

Todos los corazones son accesible á la compasion en ciertas circunstancias, y más cuando el objeto que la inspira, reune á una situacion destrozadora el encanto de la juventud y de la hermosura.

—¿Porqué te desconsuelas asi, Regla? dijo con voz conmovida Servando; ¿porqué ese desasosiego y congoja?

—Porque dice Sebastian que se va y no hace más caso de mí, si os halla aqui cuando vuelva, contestó la atribulada niña.

—¡Y bien, que se vaya! respondió con rabia y desdén Servando.

—¿Y qué será entonces de mí?

—Una mujer rica y feliz.

—¿Cómo?

—Eso es de mi cuenta.

—Os equivocais, señor, que es de la mia.

—Te doy desde luego, y por ahora, esta posada, que está de venta.

—Yo no tomo regalos de un extraño, repuso Regla con esa dignidad femenina, la mas pura y la mas noble de todas las dignidades.

—¿Me rechazas, Regla? Me iré, pues, dijo Servando.

—¡Y qué otro remedio! exclamó la pobre niña, volviendo á verter un torrente de lágrimas, que le arrancó la próxima separacion de su bello y generoso protector.

—Dejarle ir á él, contestó este.

—Eso es una mala partida, señor.

—¿Y no lo es echarme á mí?

—No señor.

—¿Y porqué?

—Porque vos, señor, me dais mala sombra; y él, aunque pobre, me la da buena.

Servando, vencido en sus argumentos por la sencilla lógica de la honradez, dió indeciso algunos pasos por la habitacion. Mil sentimientos diversos le agitaban. Su pasion exaltada por los ce-

los, su orgullo ajado por verse echado de allí por un rústico campesino, la impresion de felicidad que le causaba la inclinacion que dejaba traslucir por él aquella sencilla é ingénua jóven, á quien dos hombres venian á acongojar á la cabecera de su moribundo Padre: todas estas cosas le afectaron profundamente. Conoció que no habia alternativa. Debia alejarse, ó debia amparar honradamente á aquella inocente y bella criatúra. Asi fué que, despues de un rato de reflexion, prefiriendo como hombre débil y voluntarioso, lo presente á lo futuro, la satisfaccion al sacrificio, Servando se acercó á Regla, y le dijo con ese tono de sinceridad que no se imita:

—Regla, ¿quieres ser mi mujer?

Regla contestó en ese mismo sentido:

—¡Tanta dicha para mí!

—¡Tanta dicha para los dos! repuso Servando.

Y acercándose al lecho del picador, asido de la mano de Regla:

—Vivid, le dijo: vivid para vernos felices!

Regla dió un agudo grito; pues en aquel instante abrió el picador desmesuradamente los ojos, dió un gemido, y espiró.

Regla se echó sobre el exánime cadáver de su Padre.

En este momento llegaba Sebastian. Servando le salió al encuentro y le atajó el paso.

—Murió, le dijo, y alargándole un bolsillo de dinero, añadió: disponed el entierro.

—El cuidado será mio, respondió Sebastian sin tomar el dinero. Y para costearlo tengo los medios; que no ha menester que se entierre mi tio de limosna.

Dió en seguida unos pasos para entrar en el cuarto mortuorio.

—¿Qué quereis? preguntó con sequedad Servando.

—Llevarme á mi prima.

—Es que me la llevo yo.

—¡Vos! exclamó Sebastian encendiéndose sus ojos como dos hogueras; eso está por ver. Regla al perder la sombra de su Padre, no debe estar, ni estará, ¡por las llagas de Cristo lo juro! sino á la sombra de su marido.

—Y asi será, porque su marido soy yo.

—¡Vos! exclamó palideciendo el pobre jóven. ¡María Santísima, qué desatino!

—Si desatino se comete, repuso con altivez Servando, estará de mi parte.

—¡De ambas, señor, de ambas! exclamó con dolor Sebastian.

—¿Y en qué fundais tan insolente aserto?

—Lo fundo en que ha de ser Regla mas infeliz que la nave que naufraga por llevar mucha vela; y vos, como la que no camina á gusto por llevar á remolque un cuerpo extraño. Porque extraños sois

y lo seréis, y siempre aconsejó el refran «que con mal ó con bien, á los tuyos te tén,» y dijo la sentencia «que á quien de los suyos se aleja, Dios le deja.»

Diciendo esto se alejó Sebastian desesperado.

Servando depositó á la desconsolada Regla en casa de la hermana de la posadera, que era una mujer honrada, y mientras á su lado le prodigaba consuelos y halagos, Sebastian, con otro pariente y dos de la cuadrilla, llevaban sobre sus hombros el cadáver del picador al cementerio, último, tierno y respetuoso tributo de cariño y aprecio que da el pueblo á sus allegados.

IV.

Algunos dias despues de las escenas que hemos referido, estaba Servando una mañana en su cuarto en Cádiz, echado sobre su sofá, pasando revista á un frac y chaleco que le habian enviado de Lóndres.

Estas remesas de vestidos enviados de Lóndres á los currutacos de Cádiz por los paquetes, sea dicho entre paréntesis, fué lo que les valió el nombre de *paquetes*

Abrióse la puerta, y entró un caballero francés,

amigo suyo, sugeto que definirémos *roué*, como él se definia con complacencia á sí mismo, lo cual quiere decir *liebre corrida*. Es de advertir, que esta liebre habia sido corrida, no por vergeles, sino por bastos matorrales; lo que no impedia que vistiese con suma y aun exagerada elegancia: no siempre están en armonía lo interno y lo externo.

Mr. Artur Folichon, este era su nombre, no era el tipo del francés alegre, vivo, amable, chistoso, valiente, bondadoso, tan dispuesto á dar una estocada como un abrazo, tan apto para el placer como para el estudio; á los goces como á los sacrificios; á llorar con el triste, como á reir con el alegre. No, ¡nada de eso! Mr. Artur Folichon era un francés *parlamentarizado*, sério, sentencioso, echándola de importante, aunque maldita la importancia que tenia. Estaba este ciudadano alzado sobre su opinion en todas materias, como sobre un pedestal. No creia en la infalibilidad del Papa; pero creia en la suya; lo que hacía honor á su despreocupacion, pero no á su modestia. Entre varias anomalías que ostentaba, era una la de detestar é imitar todo lo inglés, pero sobre todo la aficion á viajar y la ironía; en este ramo era una especialidad, y rayaba en lo sublime, como la gran cómica Mlle. Rachel.

Poco interés tiene la biografía de semejante sujeto: solo dirémos en globo, que habiéndole hallado á mano en una revuelta política un personaje,

le dió una mision secreta y poco propia para salir á luz; que la desempeñó perfectamente mal; que el personaje, para quitarse de encima aquel moscon que podia zumbar desagradablemente, le proporcionó la regencia de un periódico, cuyos fondos desaparecieron con Mr. Artur Folichon, que se los comia en la agradable vida de *touriste*, esto es, viajero que viaja sin mas objeto que el de divertirse. Soberbias existencias, llenas de boato y de goces, que hace brotar á centenares el siglo XIX por ensalmo, como trasformaciones de comedias de mágia, ante cuyo resplandor instantáneo se quedan algunos papamoscas con la boca abierta, incluso el que esto escribe.

—¡Oh! dijo al entrar. Por lo visto el Puerto es un Versailles poblado de Lavallières, Montespanes y Fontanges, puesto que no es posible que sean los ojos de los toros los que hayan detenido alli á un Lovelace como sois vos. ¿Habeis dejado á alguna Ninfa del Guadalete vuestro corazon tierno y juvenil?

—¡Porqué no he de confesarlo! exclamó Servando con expansion; ¡se ha fijado para siempre!

—¡Para siempre! Querido, ese aserto en punto á amores, y por regla general en todo, ha caducado con el despotismo y la inquisicion. *Pour toujours*, no se halla mas que en los lemas de los sellos.

Ni jamais ni toujours
C' est la divise des amours.

—Me indigna, repuso Servando, que los indiferentes se burlen de un lenguaje que mañana les harán usar unos bellos ojos.

Mr. Folichon se levantó, y dió algunos pasos hácia un elegante botiquin que Servando habia traido de Lóndres.

—¿Qué haceis? preguntó este.

—Quiero prepararos unas gotas de digital, respondió el interrogado. La digital es un medicamento que tiene la virtud de calmar el curso de la sangre.

—No estoy malo, dijo Servando.

—¡Oh, y de peligro! repuso su interlocutor; teneis calentura de mas de cien pulsaciones por minuto.

—Si lo estoy, no quiero curarme.

—¿Sois, pues, feliz?

—Lo seré.

—Las esperanzas son los modestos goces de una virtuosa juventud.

—Sabréis, para que no creais ilusorias mis esperanzas, que me voy á casar; pero es un secreto. No quiero que lo sepa mi madre.

—¿Casarse? ¡A los veinte y dos años! ¡*quelle folie*! Pero locura que hace honor á vuestra moralidad. Solo nosotros, los hombres de mundo, esto es, los *corrompidos*, como dicen las mamás, miramos como una detestable carga el *santo vinculo*.

De cierto que si la madre de Servando ú otra

persona sensata y sencilla hubiese estado oyendo á Mr. Folichon, hubiese tomado esta fina y graciosa ironía por una verdad de Pero Grullo.

—No tengo el mérito de casarme por moralidad, repuso Servando: lo tiene aquella divina criatura, tan imposible de seducir, como imposible de olvidar.

—¿Una Lucrecia? ¡Qué casualidad! ¿Hay muchas por aqui?

—Averiguadlo, respondió Servando soltando una carcajada.

—Me guardaré, me guardaré, contestó picado Mr. Folichon; no me quiero exponer á dar con tan inexorable vestal, que me hiciese perder la cabeza hasta el punto que la habeis perdido vos. ¡Guarda, Pablo! como dice mi Gil Blas cuando limpia las pistolas que me sirven para mis desafíos.

—Pues, amigo mio, cada cuál busca la felicidad á su manera. Por mí, me uniré á aquel ángel, sin el que no podria hallarla.

—Buscad otra voz; el *ángel* ha pasado de moda; equivale á Clóris, y es *espantosamente rococó*.

—¡Si viérais qué bella es!

—¡Ya! las feas no entran en juego.

—¡Qué pura y qué virtuosa!

—¡Ah! ¡ah! ¡tanto peor!

—¡Qué corazon tan amante!

—A los que tengo la mas decidida antipatía.

—¡Antipatía! ¿Y porqué?

—Porque un corazon amante es el mas despótico y egoista tirano, es la caja de Pandora, es un manantial de lágrimas, un ventisquero de suspiros, un repuesto de exigencias, un arsenal de quejas y reconvenciones. Pero á todo esto, ¿quién es la dichosa?

—No me desdeño de decirlo: es la hermosa hija del picador á quien mató un toro en la corrida del dia de San Juan.

—¡La hija de un picador! dijo sin alterarse el confidente de Servando. Una *mesalianza* es una cosa muy *fashionable*, amigo mio; pero es muy tonta.

—¡Tonta!

—Si, si; es, como dice nuestro profundo Talleyrand, peor que una culpa; es una pifia.

—Es que vos haceis del casamiento un asunto de cabeza; y para mí es un asunto de corazon.

—Ese es el lenguaje de una cándida y sentimental colegiala de Saint-Cyr.

—¡Ah! ¡Si la viérais!

—Por vista. Será una Venus; pero toda la belleza del mundo, no hace *conveniente* á un partido.

—Es la virtud misma.

—Cálculo, amigo, cálculo. Sois muy novicio, extremadamente novicio, *mon cher*.

Don Arturo Folichon se creia padre maestro, porque siempre pensaba lo peor. Muchos hay que tienen esa misma conviccion, y que suelen equi-

vocarse en sus fallos, como Mr. Folichon en la referida circunstancia.

—Mi palabra está dada, dijo resueltamente Servando para cortar una polémica que le era enojosa.

—¡Palabra á mujeres! esclamó Mr. Folichon alzando los hombros, *allons donc.*

—¡Me casaré, sí señor, me casaré! repuso exasperado Servando.

—Tened presente, dijo su interlocutor, que es para toda la vida, segun las sabias instituciones que nos rigen. Supongo que asi como sois un tortolito en el amor, sereis un fénix en la constancia; un segundo Adan en el exclusivismo.

—Ello es, contestó riendo Servando, que no sería malo el poder renovar la mercancía cuando se avería ó cuando cansa.

—Ved abí por lo que no quiero casarme, dijo el solterito de cuarenta años, el calavera rancio, el enamorado gastado, el mariposon valetudinario, el petimetre *á régimen confortativo*, arreglando delante de un espejo el casquete que adornaba su cráneo calvo y vacío.—No me he casado, por no ser un mal marido; porque *siempre perdiz* hasta al Obispo cansó, cuando se las hizo servir diariamente Luis XIV.

El señor Folichon colocaba en la misma calificacion el estómago y el corazon, el paladar y los sentimientos; en lo que lógicamente seguia las inspiraciones de su escuela materialista.

—Creedme, *mon garçon*; desistid de esa locura, prosiguió el consejero.

—¡Oh, imposible, imposible! esclamó Servando: sin aquel ser encantador no puedo vivir.

—Pues haced un casamiento fingido, ya que solo la grave ceremonia puede humanizar aquel *dragon de virtud*: eso es novelesco, y es un golpe digno de un legítimo D. Juan Tenorio, héroe poetizado, cantado, popularizado y admirado, y cuya gloria es imperecedera.

—Eso es una felonía, esclamó Servando.

—Y vos, con vuestros *grands mots* y severos principios, un tipo de moralidad, digno de recibir el premio de virtud instituido en mi pais por el benemérito *Mr. de Monthyon*. Venid acá, inocente: ¿no veis que esa mujer, esa *mijaurée*, esa marisabidilla os quiere arrastrar á cometer un disparate? Considerad que cuando se desengañe de la estratagema, estará hecha á la buena vida, y que con tal que se la proporcioneis, estará contenta, y habréis pagado vuestra deuda. No os faltará un ayuda de cámara que cargue con ella si la dotais. *Mon cher, celá se voit tous les jours* (1).

—En Francia, puede, dijo Servando; pero aqui no.

—Pues es preciso, querido, repuso Mr. Folichon, que os despreocupeis y entreis de lleno en la senda de la libertad universal, de hechos, de senti-

(1) Eso se ve todos los dias.

mientos, de pensamientos, de palabras, de cultos, y sobre todo, de conciencia. Mientras la libertad no reine sola y universalmente, no hemos hecho nada.

Servando tenia una de esas naturalezas como por desgracia tienen muchos, que son semejantes á las materias absorventes é inodoras, que se impregnan desde luego de la esencia de aquellas con que se ponen en contacto; naturalezas fluidas como los rios, impetuosas á veces, pero que siempre acaban por seguir la senda por donde se las quiere llevar. Por eso los buenos Padres cuidan y deben cuidar tanto de las relaciones que hacen y de las sociedades que frecuentan sus hijos.

El amigo de Servando, no solo logró con su perversa fraseologia persuadir á Servando á cometer el mas inícuo fraude, sino que le ayudó en todo á llevarlo á cabo, haciendo en esta sacrílega farsa de testigo, y su bien adiestrado Gil Blas, de sacerdote.

Pasaron los presuntos esposos algunos meses felicísimos, que fueron para ellos esa *luna de miel*, como llaman los alemanes é ingleses al tiempo que nosotros denominamos *comer el pan de la boda*, y que tiene su mayor encanto para los que se aman, en la dulce certeza que encierran justamente aquellas palabras que horripilaban á Mr. Folichon, y son: ¡PARA SIEMPRE! ¡Cuán lejos estaba del amante y honrado corazon de Regla el falaz engaño de que

habia sido víctima! Pero digamos en honor de la realidad, puesto que los tipos enteramente malos son raros, y mucho ménos cuotidianos que los enteramente buenos, digamos que Servando, que amaba á Regla, abrigaba el propósito firme de legitimar á su mujer é hijos, si los tenia, cuando faltase su Madre. ¡Qué poco tienen presente los que difieren un buen propósito, un refran que sábiamente dice, que por la calle de DESPUES se llega á la plaza de NUNCA!

V.

Sebastian, aquel hombre honrado que se habia visto expulsar del lado de su prima por otro nuevo amor, y por la brillante é inesperada suerte que este la ofrecia, siendo así que él la amaba con tan profunda pasion; Sebastian, herido en sus sentimientos, avergonzado y abatido, no quiso volver á su pueblo: se contrató por sustituto en un Regimiento, envió el dinero á su Madre, y marchó.

La entrada de las tropas de la intervencion francesa, que por aquel entonces se verificaba, y ofrecia la perspectiva de una guerra, le afirmó en su propósito.

Servando, imbuido por su amigo en las idéas mas ultra-exaltadas, se comprometió ostensiblemente en los sucesos que tuvieron lugar por entónces, que no es del caso referir y es triste recordar, como todo lo que son disturbios en una familia, tan feliz, tan gloriosa, tan respetada cuando era unida!

Servando, pues, con su energía de fósforo, gritó, escribió, actuó, gastó é hizo cuanto es dable para ponerse en evidencia, y lo logró tan á deseo, que en cuanto el Rey salió de Cádiz, tuvo él que esconderse por no ser arrestado.

En cuanto al interesante Arturo, desde que se acercaron á Cádiz las tropas francesas, habia desaparecido como por ensalmo.

Desde luego los amigos de Servando, le aconsejaron que emigrase por algun tiempo, mientras estuviesen vivos y activos los resentimientos, esos resentimientos con que cada partido recrimina al contrario, cual si estuviese libre de ellos. Se habló al capitan de un buque inglés, para que recibiese á su bordo á él y á Regla, de la que no queria separarse. La dificultad que se presentaba, era el cómo trasladarse á bordo, siendo Cádiz una plaza cerrada, cuyas tres únicas puertas se cierran de noche.

Está Cádiz minado por magníficos husillos, muy conocidos de los contrabandistas en grande, que en todos tiempos, á pesar de la vigilancia, han entrado por ellos contrabandos en escala mayor.

Aun cuando están estas galerías subterráneas provistas de trecho en trecho de enormes rejas, se sabe superar este obstáculo cuando el interés excita la voluntad, aguza el entendimiento, y triplica la fuerza del hombre; asi es que dichas rejas han sido limadas cuando las circunstancias lo han requerido. La salida por un husillo fué, pues, el medio adoptado para la fuga de Servando, y se fijó una hermosa noche de luna para emprenderla.

En aquella misma noche, Sebastian, cuyo Regimiento habia venido de guarnicion á Cádiz, estaba colocado de centinela en uno de los puestos de la muralla. La luz de la luna, que hace aparecer los objetos menos distintos y más bellos, como aparece el rostro de una mujer al través de un suave velo de gasa, daba á las hermosas y uniformes casas de Cádiz el aspecto de palacios de mármol. El mar parecia hallarse en uno de sus pocos momentos de completa calma, y sentir placer en dejarse platear por la luna. Los barcos que poblaban la bahía, estaban inmóviles, cual si estuviesen presos en un mar helado. Alrededor de la vasta ensenada yacían tranquilos los pueblos que la circundan, como blancos campamentos de un dormido ejército. Nunca la naturaleza preparó una noche más muda para el silencio, más tranquila para el sueño! Solo oia Sebastian el ruido de sus propios pasos, y el anhélito angustioso de su pecho, cuando tendia la vista en lontananza, y la fijaba en el

Puerto de Santa María, aquel lugar de funestos recuerdos, de acerbas memorias, en dónde su destrozado corazon habia aprendido cuánto dolor podia contener sin quebrarse, y cuánta sangre podian derramar sus heridas sin dejar de latir.

—¡Allí, pensaba, allí está aquella que tan pronto aprendió lo que nunca sabré yo, el olvidar su primer amor! Se deslumbró como mariposa ante cuyos ojos se presenta una luz. ¿Quemaráse en ella, ó será feliz? ¡Si siquiera supiese que lo es! ¡Si la viese una vez siquiera!

Parecióle en aquel instante que oia al pie de la muralla el chapaletéo de un remo que con precaucion hendiese las aguas. Sebastian se paró sorprendido. El ruido, aunque lento, continuaba.

—¿Qué podrá ser esto? pensó: será algun pobre mariscador, que buscará mariscos entre las rocas que la maréa baja deja á descubierto.

El ruido no era interrumpido, y parecia acercarse.

La curiosidad movió á Sebastian á asomarse por una tronera. ¿Cuál no sería su sorpresa al ver que en una pequeña lancha que se habia arrimado á la muralla, se preparaba á entrar un hombre, que una vez dentro, hacia señas á una mujer, que cual una sombra, parecióle que salia de la base de la compacta muralla?

Sebastian creia soñar. No queria creer á sus sentidos, cuando una voz queda, pero que la com-

pleta calma hacía llegar distinta hácia él, pronunció estas palabras:

—No temas, Regla.

El corazon del soldado despertó sobresaltado, y con todas sus pasiones, al oir aquel nombre, cual el dormido leon, por la bala que le penetra.

—¡Regla! repitió, cual un apagado y lúgubre eco. ¡Ella! ¿Es ella?

Saltaba en este momento la jóven, de roca en roca, sostenida por la robusta mano del barquero.

El espesor de la muralla era tan considerable, que Sebastian no distinguia bien toda la escena. Ansioso, fuera de sí, suelta el fusil, y sube al ancho reborde que hace declive: el fusil suena con fuerza al dar contra la argamasa del piso; al oir aquel ruido la jóven, que ya está sentada en la lancha, alza la cara, la que entónces alumbra la luna de lleno. Sebastian la ha reconocido. ¡Ella! Es ella, la mujer que tanto ama, la que al fuerte empuje de los remos se aleja en aquella embarcacion, que huye ligera sobre la superficie del mar, deslizándose pronta, como un trinéo sobre el resbaladizo hielo!

Un vértigo oscurece la vista, y hace perder el equilibrio á Sebastian, que resbalando en el plano inclinado de la tronera, cae desde aquella inmensa altura sobre las rocas.

El infeliz se ha quebrado en la caida ambas piernas. No puede moverse, y en vano implora su voz auxilio, en aquel paraje desierto: dos horas

faltan hasta el relevo de los centinelas. Para colmar el horror de su situacion, la maréa empieza á subir, agitada é inquieta, y no descansará hasta que llegue á la muralla, cubriendo á su paso las rocas. Ya en su ascenso va golpeando las mas avanzadas, con lo que hace imposible oir á distancia el clamor del desvalido. En vano los redobla: ¡nadie responde! Y el agua sube, sube, sin que poder conocido, sin que circunstancia eventual haya jamás detenido un instante, su periódico y pujante flujo! El infeliz ensaya el rastrearse sobre sus manos; ¡vano esfuerzo! pues no puede arrastrar sus destrozadas piernas. ¡Y el agua sube sin detenerse, sin vacilar, sin descanso! y llegará á su límite, pasando sobre el desvalido, fria, amarga, brutal é inexorable, como la crueldad! Quiere, en su agonía, asirse á una roca mas elevada que las que la circundan; no puede; y se cae con un hondo gemido de dolor: ¡y el agua sube todavía! ¡Ya ha cubierto sus doloridas piernas; ya ha salpicado su pecho; ya murmura la sentencia de muerte en sus oidos! Entónces Sebastian, que era un buen cristiano y un hombre valiente, se resigna; cruza sus manos, y levanta su corazon á Dios en actos de fé, pues en Dios cree á puño cerrado; en actos de caridad, pues á todos sus hermanos perdona y abraza en un último adios; y en actos de esperanza, pues implorando y confiando en su misericordia, en manos de su Dios entrega su alma!!! ¡Y en el horizonte

asoma el alba, tranquila, suave y pura; como si el dia, al cual trae de la mano, hubiese de dar la vuelta de este miserable globo, sin alumbrar horrores y sin oir lamentos! Acompañábala una fresca brisa que henchia las velas de una fragata inglesa, mientras al compás de la monótona cantinela de sus marineros, levaba el áncla que aun la retenia.

Llegaba entónces á la bahía el *Seronero* del Puerto; esto es, el falucho, que antes de abrirse las puertas, trae al muelle de Cádiz frutas y legumbres para su abasto. Los marineros divisaron al infeliz que habia renunciado á la vida; le recogieron y llevaron exánime al hospital.

¡Qué cadena de eventos y de casualidades eslabona á veces la fatalidad! Acatémosla como piedra de toque, para no maldecirla como cruel tortura.

VI.

Habia Servando, al llegar á Lóndres, alquilado una casa pequeñísima (y ponemos el superlativo, porque allí son todas pequeñas). Estaba situada esta casa pasado Bedlam, que es el hospicio de los locos, y el jardin zoológico de Surrey, en el arrabal de Kensington, por ser ménos caros allí los

arriendos. Entrábase por la puerta de la calle (que en Lóndres están todas cerradas, como signo de inhospitalidad), en un corredor largo, que al frente tenia una escalera angosta y de madera, como son todas allí, cubierta de un paño ó lienzo de alfombra, que sujetaba en cada escalon una varita de metal. En el hueco de la escalera estaba la bajada de otra que conducia á la cocina, despensa y demás oficinas interiores, colocadas allá en sótanos, que reciben la luz por zanjas abiertas delante de las casas, guarecidas por verjas de hierro. A la izquierda del corredor habia dos puertas: la primera era la de una salita cuadrada con dos ventanas á la calle; la segunda daba entrada al comedor, que tenia dos ventanas al jardin; jardin pequeñísimo, frio y estéril, en el que un solo árbol, triste como un cautivo solitario, delgado y lánguido, se estiraba, á fin de sacar sus ramas por cima de la tapia, buscando el campo. Arriba tenia la casa dos habitaciones, iguales á las de abajo, que servian de dormitorios. El tercer cuerpo se componia de boardillas, en una de las cuales dormia la sola criada que tenian.

Por las mañanas, segun allí se acostumbra, llegaban á la puerta el carnicero, el panadero, el lechero, y el que traia la hortaliza; lo demás necesario para la vida, y los géneros ultramarinos, los traia la criada, de una tienda vecina. En este local, que aqui llamaríamos *tabuco* (en lo demás, bien y

cómodamente alhajado), instaló Servando á Regla, y en él permaneció completamente sola y aislada, porque hasta el mismo Servando, con motivo de la gran distancia del centro de la ciudad, no tardó en pasar todo el dia fuera de su casa.

Cuando alguna vez se quejaba Regla suavemente de su completo aislamiento, eran los usos del pais, el ignorar ella el idioma, y las pocas relaciones que aseguraba tener, suficientes pretextos á Servando, para convencerla de que no podia ser otra su vida de la que era, mientras estuviesen en Inglaterra. Pero ¿quién podria explicar la profunda melancolía, ese, llamado por los suizos que de él enferman y mueren, *mal del pais*, que se apoderó de la hija de la bella y resplandeciente Andalucía, en aquel país mústio y encapotado en sus neblinas; de la expansiva y afectuosa española, entre aquellas gentes esquivas y reconcentradas: gentes que despiden de sí cuando no conocen, cual si por cada poro arrojasen, al modo de la penca del cactus, una sutil púa? ¡Cuántas veces buscó la pobre niña separada de sus semejantes, la mirada de una vecina, jóven como ella, cuya fresca y sonrosada cara asomaba bajo una profusion de dorados rizos, ó la de alguna grave matrona, cuya blanca, tersa y serena frente, parecia el trono de la virtud clemente! ¡Con el corazon en ella, les salía al encuentro la dulce mirada de la reclusa, implorando una recíproca señal de benévola atencion! ¡Mas era

en vano! Las miradas inglesas no se fijan en nadie; lo que si bien tiene mucho de fria sequedad, tiene tambien no poco de circunspecto decoro. Pero esto no estaba al alcance de la pobre hija del picador, ni mucho menos podia figurarse, que fuese el contacto con ella, uno de los casos que autorizan y hacen loable esa circunspeccion. Veíase, pues, sola y estacionaria entre aquel inmenso gentío en constante movimiento. Y nunca es mas amarga la soledad, que enmedio del bullicio; no solo por el contraste, sino porque de esta suerte pierde su dulce calma y su suave tranquilidad, sin una compensacion.

Como por consuelo, tuvo Regla por aquel entónces una niña, cuyo nacimiento y bautizo pasó tan solitaria y calladamente, como pasaban todos los demás incidentes de su triste vida.

A los tres años dió Regla un hermano á su hija, sin haber variado su vida en nada, sino en el alejamiento cada vez mayor de su marido. Levantábase este á las dos: salia á las tres, á cuya hora pasaba un ómnibus por su puerta, y no volvia á entrar en su casa hasta la madrugada. Así fué que, este niño nació y se crió entre lágrimas, pues Servando, no solo demostraba á Regla falta de cariño, sino un despego que tocaba en desdén.

En esta época habia encontrado allí, y se habia vuelto á intimar Servando con Mr. Artur Folichon, pues hay entes que parece pone el mal Espíritu en

la senda de los que quiere perder, en los momentos oportunos para ejercer su maléfica influencia.

El señor Folichon habia querido visitar á Regla. Pero Servando habia sabido sustraerse á esta exigencia, porque en los hombres de mucho amor propio, sobreviven los celos al amor, y Servando conocia á un tiempo que Regla era una rara belleza, y el señor Folichon un hombre corrompido, que ignoraba absolutamente lo que era respeto en concepto alguno. Ménos corrompido que él, era Servando mas vicioso. Juntos jugaban en las odiosas casas de juego. Servando se arruinaba, y su amigo, siempre impasible, nunca perdia. Juntos bebian; pero jamás se privaba el ex-agente. En sus bajos amores, nunca prodigaba este su dinero, ni sus halagos; y mientras el egoista calculador andaba boyante, dándose tono, y con ínfulas de diplomático, comprando cosméticos, Servando habia destruido á un tiempo en aquella gran Babilonia, su salud, su caudal, su juventud, su honra y su bella parte moral, y descendido gradualmente á la ignominiosa cloaca á que conducen los vicios. Habíase efectuado este fatal descenso, empezando por despreocupado, y acabando por cínico. Así, aquel jóven tan bello, tan rico, tan querido, que habia sido la gloria y la esperanza de sus Padres, arruinado, exhausto, embrutecido y mortalmente enfermo, fué preso un dia por disposicion de sus acreedores, y detenido en la prision por deudas, *the Fleet*.

Dos dias habia que Servando faltaba de su casa. La pobre Regla lloraba, aunque no era esta la primera vez que habia sucedido; pero ¡temia! temia instintivamente *algo*.

Tenia una mañana su niño en brazos, y para dormirle, le cantaba en suave y triste voz las estrofas siguientes de una antigua letrilla que recordaba:

Que no quiero amores
En Inglaterra,
Porque otros mejores
Tuve yo en mi tierra;
Que cuando allí vaya,
¡A fé, yo lo fio!
Buen galardon haya
Del buen amor mio;
Que son desvarío
Los de Inglaterra,
Pues otros mejores
Tuve yo en mi tierra!

Su canto acabó en lágrimas; pues Regla, cual un pájaro de clara y brillante atmósfera, habia perdido en aquella tan fria y tan densa en que vivia, sus alegres gorgéos y ligeros voletéos.

Abrióse en aquel instante la puerta, y Regla fué agradablemente sorprendida por la vista de un antiguo amigo de su marido, que este habia escogido por testigo de su casamiento. Así fué que le hizo una cordial acogida.

Mr. Folichon manifestó á Regla, con expresiones

harto familiares, que la hallaba embellecida y mas linda que nunca. Preguntóle en seguida, si le agradaba aquel pais, y si no echaba de ménos el suyo. Al oir nombrar á España, los hermosos ojos de Regla se llenaron instantáneamente de lágrimas.

—Esto os parece muy triste, dijo su visitante; es natural. Aquí, en lugar de naranjas, hay patatas; en lugar de vino, cerveza; en lugar de sol, gás; en lugar de guitarra, maquinarias. Y la hija de las riberas de la bahía gaditana, que es el trono de la luz, no puede aclimatarse en el pais de la triste oscuridad. Así, es una inaudita barbarie el dejáros tan sola.

—Me acompañan mis niños, dijo Regla, mirando á su hija sentada á sus pies sobre la alfombra, y á su hijo, dormido en la cuna.

—Esto no basta, repuso el visitante: á vuestra edad se desea disfrutar de otras compañías; de simpatía y de amor; del mundo y de sus placeres.

Mr. Folichon, diciendo esto, se acercó á ella atrevidamente, y añadió:

—Siempre he sido vuestro apasionado, Regla. No os lo he podido demostrar, porque Servando, con sus feroces celos españoles, os ha tenido secuestrada de todo trato, con lo que os ha proporcionado una vida triste, y descolorida. ¡Oh! yo haré vuestra existencia brillante y divertida; no languideceréis oscura y solitariamente. Erguid vuestra cabeza, quebrad vuestra cintura, colocad un

puñal elegante en vuestra liga, y os prometo que, la bella andaluza, hija de un picador de fama, la adquirirá européa bajo mis auspicios, solo con alargarme esa mano que Servando desdeña.

Regla apoyó el pie en el suelo, y con este empuje hizo retroceder el sillon de rodajas, en que estaba sentada á una conveniente distancia.

—No quiero, ni deseo más amor que el de mi marido, dijo; más compañía, ni más distraccion que la que me proporcionan mis hijos.

—¿Pero acaso poseéis el amor de Servando?

—¿No lo habia de poseér su mujer, la Madre de sus hijos?

El señor Folichon se echó á reir. Vamos, Regla, prosiguió: descended de vuestros zancos al terreno llano de la realidad, y contestadme á la proposicion que os he hecho.

—¿Os olvidáis, señor, qué estáis hablando con una mujer honrada, que lo es de un amigo vuestro?

—¿Con la señora de Ramos, eh?

—Con la mujer de don Servando Ramos.

—¿Hablais formal, cara de rosa?

—¿Habéis venido á insultarme? exclamó indignada Regla; ¡esto es inaudito!!

—Nó, nó; he venido, como vienen los buenos amigos, en la necesidad; y cuando puedo séros útil.

—¿Desbarráis?

—No desbarro; pero desbarro seria en vos desechar la suerte que os brindo. ¿Amais, pues, tan-

to á ese perdido que no hace caso de vos? ¡Vamos! si no hay como tratar mal á las mujeres, para tenerlas sumisas, amantes, fieles y satisfechas!

—No se trata de si estoy satisfecha ó no; se trata de mi deber. ¿Úsase acaso en Francia que las mujeres abandonen á sus maridos?

—Maridos como el vuestro, sí.

—Pues las españolas no abandonan ni á los buenos ni á los malos.

—Pero, señora, un marido como el vuestro, es de quita y pon; y no incurriréis en el delito de bigamia por tomarme á mí en su lugar.

—No os comprendo, ni sé lo que quereis decir. Lo que si sé es que deséo que concluyais tan escandaloso tema.

—Pero ¿será posible, repuso con impaciencia su interlocutor, que hace tanto tiempo vivais, como el primer dia, en el error craso de creer á esa buena pieza de Servando vuestro legítimo marido? ¿que tengais aun aquella farsa, en la que por complacerle hice el papel de testigo, y mi ayuda de cámara el de sacerdote, por lo que vosotros los religiosos llamais un *santo sacramento* y la pulcra ley un *contrato indisoluble*? ¿Os fingís ignorante, ó lo sois realmente?

Regla, al oir estas palabras, por un violento impulso se habia puesto de pie; pero faltándole las fuerzas para sostenerse, se apoyaba con una mano en el brazo del sillon.

—¡Famosa actriz! pensó el señor Arturo contemplando aquel rostro lívido, aquellos ojos asombrados, y el temblor nervioso que se iba apoderando de la infeliz. Con qué, la dijo, ¿qué determinais? ¿Seréis por mas tiempo, con vuestra belleza y juventud, la víctima de ese déspota?

—Salid! dijo con honda y ahogada voz Regla.

—Y ¿acaso sabeis que Servando está en *The Fleet* preso por deudas, y que no teneis á quien volver la cara?

—Dejadme y alejaos, tornó á decir la infeliz con sus trémulos y descoloridos labios.

—Tened presente, prosiguió el *buen amigo*, que en Lóndres no tendréis, como en vuestro pais, el *Meson de la Estrella* que á todos cobija. El de aqui, cuyas estrellas son de gás, es un soto vedado. Cuando os echen de esta casa el dia que no la pagueis, seréis severamente perseguida por vaga.

—¡Idos, idos! gritó en su desaliento y desesperacion Regla: ¡idos, ó pido socorro!

—Vamos, hermosa, ¡*cachaza*! como se dice en vuestra tierra, repuso su interlocutor: no os exalteis, ni irriteis vuestra sangre; que eso hace criar mala tez, y la vuestra ha ganado mucho con las frescas nieblas del Támesis. Dejaré que se calme esa vuestra sangre andaluza *mousseuse* como el vino de Champagne, y volveré cuando esteis más serena y en disposicion de apreciar lo que en vuestra situacion vale un amigo; y se levantó.

Cerca de la puerta se volvió, y añadió:

—Lo primero que debeis hacer con esos niños... el señor Arturo iba á añadir: es llevarlos á un hospicio, pero al notar que Regla habia cogido á su niña en uno de sus brazos, y que echada de rodillas ante la cuna apretaba con el otro á su hijo contra su pecho, salió murmurando:

—No es sazon ahora. Vamos, estas españolas son energúmenas en toda especie de amores. Dejemos pasar la ráfaga. La necesidad me la traerá atada de pies y manos.

¿Qué extraño es que aquel hombre vagabundo, sin casa ni hogar, sin lazos domésticos, no comprendiese siquiera los hermosos sentimientos de los vínculos santos de familia?

Regla no tenia hácia su marido uno de esos amores obstinados, que ningun mal comportamiento entibia, que ningun desvío aleja, y que ninguna repulsa rechaza: amores que por cierto no nos simpatizan, porque no nos gusta el amor que es ciego, ni el que se impone á la indiferencia. Pero si no amaba ya con ternura y pasion al hombre cruel y vicioso que la habia abandonado, le conservaba un profundo apego, pues era su marido y el padre de sus hijos. Todo lo hubiese sacrificado por él, y conservaba la esperanza, que tienen las mujeres virtuosas casadas con calaveras, de que la vejez, los padecimientos ó las desgracias les volverán á traer á los extraviados, recibidos entonces

por ellas como hijos pródigos. ¡Cuántos casos de estos se hallan! Pero el mundo ni los ensalza, ni repara siquiera en ellos: miles de plumas se emplean en poetizar los sufrimientos y combates de la indigna muger adúltera. Pero, ¡cuán pocas, en pintarnos el comun, aunque sublime tipo de la mujer de virtudes domésticas!!

—¡Madre, madre! repetia la niña abrazando á la inerte Regla.

Pero Regla no respondia.

Entonces la niña empezó á llorar con corazon encogido.

Al oir el llanto de su hija, Regla sacudió su postracion, y tomó á la niña en sus brazos con apasionado cariño. ¡Pobre mia.... pobre mia! exclamaba ahogada en sollozos. ¡Pobre mia! Qué suerte te han hecho tus Padres! Tu Madre te deshonra; tu Padre te reniega. ¡Extraños pasaréis en la sociedad, hijos de mi alma, porque en ella no os proporcionaron lugar los que os dieron el ser. Huérfanos morales, sin nombre, sin raices, sin filiacion ni consanguinidad, sin mas amparo que el de vuestra pobre Madre, que nada os puede dar, nada sino la sangre de su corazon!

Regla se hizo desde luego cargo de su situacion y de su completo desamparo: sabía de atrás que Servando caminaba á su ruina; que despegado de ella y de sus hijos, enfermo, estragado y embrutecido por los vicios, y por último, encar-

celado, nada haria ni nada podia hacer por ella. En breve seria expulsada de la casa; en breve no tendria pan para sus hijos! A una sola persona conocia en aquella inmensa Babel, y esta persona solo se habia acercado á ella con el fin de abusar de su desgracia! Pero Regla tenia aquella energía innata en las almas honradas, que les da el noble valor de arrostrar la vergüenza para huir del oprobio.

Acudiré, pensó, á su familia, para que ampare á estos inocentes, agenos á la infamia de su Padre; y si me rechazan, alargaré la mano para mantenerlos, á la caridad pública allá en España, donde no hay una inhumana ley que lo prohiba. ¡Oh España, Madre mia! muera yo en tu suelo, y ampara á mis hijos! exclamaba, asiéndose su alma á su última esperanza.

¡España! pais benéfico para los necesitados, en que la pobreza anda libre y honrada como la vejez, y en donde se halla el magnífico tipo del pobre altivo; no porque conozca la modernamente vulgarizada palabra de *dignidad del hombre*, sino porque sabe las antiguas y rancias máximas y sentencias cristianas, tales como estas:

«No hemos de socorrer á los pobres como á necesitados, sino rogarles como á patronos é intercesores.»

«Más merced te hace el pobre en recibir tu limosna, que tú en dársela.» (Lo que quiere decir que el provecho espiritual es para el que da).

«Cuando un pobre te pide limosna, considera á Jesus que te dice: *Dáme lo que te di.*»

¡España! conserva tu religiosidad como antorcha de Dios; mientras que todas las que encienden en otras partes los hombres, son fuegos fátuos, mudables, inconsistentes y sin calor.

Tres dias despues recibió Regla por un elegante *groom* (especie de paje caballista) la siguiente esquela:

«Servando ha sucumbido anoche de unas calenturas tifoidéas; estais pues, libre, pero aun mas desamparada que ántes. ¿Rehusaréis todavía el amparo con que os brinda un hombre que os ama?

ARTURO FOLICHON.»

Regla hizo entrar al enviado; le presentó la esquela, que en seguida echó sobre las brasas de la chimenea, y le hizo seña de que llevase esa respuesta á su amo.

VII.

Pagó Regla un sincero tributo de dolor á la muerte de aquel que tan inícuamente la habia engañado; pero que habia sido su tierno amor y el Pa-

dre de sus hijos; y pensó en poner cuanto ántes por obra la determinacion que habia tomado de volver á su patria. Vendió para el efecto cuanto tenía, por medio de la criada; acudiendo en seguida al Cónsul español, que compadecido de su desamparo, de su falta de saber y experiencia, se encargó él mismo de proporcionarla su pasaje á bordo de un buque mercante inglés de los que hacen la travesía de Lóndres á Cádiz.

El capitan de este buque era una masa estúpida é inofensiva, que en toda la navegacion dió cuenta de su persona; tomó el meridiano, mandó la maniobra, comió con buen apetito carne salada y patatas, durmió profundamente como angelito proporcionado á la cuna y á las mecidas que le arrullaban el sueño, y no habló una palabra.

Quince dias duró su largo y penoso viaje; quince dias, en que las mas amargas penas y acerbos cuidados asaltaron sin cesar el corazon de aquella infeliz mujer, con la misma constancia con que las amargas olas del mar asaltaban al barco, á quien no dejaban un momento de sosiego.

Al llegar á Cádiz se destrozó aun mas dolorosamente su corazon, pues en Inglaterra solo dejaba recuerdos de sus desgracias; pero aquí hallaba todos los de su corta felicidad.

Al saltar en tierra, trémula y avergonzada, se cubrió la cabeza y parte del rostro con un gran pañolon; tomó á su niño en brazos, á la niña de la ma-

no, y con el corazon palpitante se dirigió á casa de la Madre de Servando. Pero aquí la aguardaba un nuevo desengaño: la Madre de su marido habia muerto. Entonces Regla se presentó al marido de la hermana de Servando, hombre muy rico, pero tan positivo, que sin documentos ni papeles legalizados, rehusó reconocer en ella á la muger y en los niños á los hijos de su cuñado, á quien calificó de disipador, de mala cabeza, de vicioso, añadiendo que habia hecho muy mal en tener queridas, y mucho peor en quedarle á deber unos cuantos miles de reales que salia alcanzando en la cuenta de la testamentaría; que así, era justicia distributiva la que le habia arrestado en Lóndres por deudas.

Regla salió de allí aterrada. ¡Era cierto que la infeliz, ni un documento, ni siquiera una carta tenia que presentar en comprobacion de lo que decia! ¡Estaba perdida! ¡Hundida en la mas profunda miseria!

Si Servando hubiese muerto en su pais, con un sacerdote á la cabecera, que le ayudase á bien morir, ciertamente que en el lecho de muerte se hubiese casado legalmente, y legitimado asi á esas pobres criaturas. De esta suerte, aunque hubiese disipado todo su caudal, les habria proporcionado, ademas del nombre y del nacimiento, el amparo de su pudiente familia, y dado el derecho á herencias que en lo succesivo pudieran haberles tocado.

Mas nada de eso habia sucedido; y Servando habia muerto solo, sin consuelo, sin guia, sin solemnidad, cara á cara con el horripilante esqueleto que tan propiamente simboliza la muerte!

Nos hemos valido de la frase vulgar de *bien morir*, porque cuando mas queremos elevarnos para pintar en su exácta luz los mas altos puntos de la religion católica, tenemos que acudir, con preferencia á las voces é imágenes de que se sirve la cultura literaria, á las expresiones comunes y casuales de que se sirve el pueblo español, pues ningunas expresan la idea católica con mas propiedad, concision, exactitud, profundidad, poesía y elevacion.

El cuñado de Servando vivia frente á la muralla. Al salir de alli Regla, sin saber qué hacer, ni atinar dónde refugiarse, huyendo de las gentes que se cruzaban en las calles con la febril agitacion comercial, se subió por la primera rampa ó escalera que se le presentó, á la muralla. Era por la mañana, y estaba este paseo de la tarde casi desierto. Regla andaba desatinada. Su misma angustia la hacia no poder estar parada, y así seguia andando, llevando siempre en brazos á su hijo, débil y macilento, y teniendo de la mano á su niña, que no habia probado aun bocado, y le pedia pan. Sus ojos ardian con el fuego de una calentura lenta que minaba su vida, y era hija de la tísis, mal que tan fácilmente se adquiere y desarrolla en la fria y va-

riable atmósfera inglesa. Su pecho se partia de dolor á un tiempo físico y moral. ¡Cuánto habia decaido, cuánto habia envejecido aquella pobre jóven en pocos meses! ¡Cómo habia tronchado el huracan aquella hermosa y lozana planta, que se ajaba y secaba inclinada sobre sus tiernos retoños!

Llegado que hubo al paraje de la muralla que cubre la bulliciosa Puerta del Mar, se paró exánime, y miró aquella plaza de San Juan de Dios, en que bulle con tan incesante actividad el hombre; en la que se ostenta el gran acopio de comestibles, que sustenta á un tiempo al que los compra y al que los cria; al que los transporta y al que los vende. Recapituló cuán magna y benéfica es la institucion del dinero; cuán universal su poder y su accion: pues une el hombre al hombre, los paises á los paises, y hasta el hombre á su Dios, si de su dinero hace buen y benéfico uso. De aquí recayó en la contemplacion de sus desgracias; recordando al autor de todos sus males, que sin ser un hombre perverso, ni un consumado bribon, habia llegado á ser un criminal y un ente desnaturalizado, solo por esa indiferencia hácia el bien, esa falta de respeto á la religion y á las instituciones, esa carta blanca dada á las pasiones, llamándolas *instintos de la naturaleza*, y á estos, incontrarestables, pretendiendo que el Criador, pues que las dió, no pudo hacer una ley de la virtud, ni constituir en deber el dominarlas y vencerlas.

—¡Ah! exclamó, ¡qué de oro echaste á tu vanidad y á tus vicios; y tus hijos no tienen pan, ni lo pueden aun ganar!

—Tengo hambre, Madre; tengo hambre! repetia la niña llorando.

—¡Hija, si no tengo qué darte! respondió la Madre desesperada.

—Toma, pobrecita criatura de Dios, dijo alargándole un pedazo de pan un pordiosero: pobre soldado, que privado de ambas piernas se arrastraba por el suelo.

La niña se abalanzó al pan; la Madre volvió la cara para dar las gracias al compasivo mendigo, y ambos, al encararse, quedaron cual dos estátuas, frios é inmóviles.

—¡Regla! exclamó al fin el soldado con asombro.

—Sebastian, ¡oh, infeliz! gimió Regla, prorumpiendo en un acerbo llanto.

—Menos de compadecer soy que tú, repuso el lisiado con amargura; yo no tengo sobre mí desventuras ajenas.

Regla redobló sus sollozos.

—¿Y tu marido? preguntó el mendigo.

—El Padre de mis hijos murió.

—¿Y nada ha hecho por vosotros?

—Murió encarcelado por deudas.

—¿Y su gente?

—No nos quieren reconocer.

—Pues ¿qué te queda, infeliz?

—¡Nada! respondió la desdichada, dejándose caer anonadada sobre el pretil de la muralla.

—Te quedo yo, Regla, dijo dolorosamente compadecido Sebastian. Soy un pobre lisiado, y poco puedo por tí; pero me queda voz para pedir limosna, y oidos cristianos que me oigan.

—¡Pedir limosna! exclamó Regla sollozando.

—¿Y qué mal ni qué ignominia hay en eso, para aquellos á quienes otro recurso no queda? Alza tranquila la frente; que lo que Dios no prohibe, no es deshonra. Seis años há que soy un miserable lisiado sin poderme valer; y ni un dia, Regla, me ha faltado el pan. No me he acostado una noche con hambre, y sin rogar á Dios por las almas caritativas, que no se desdeñan de alargar su limosna á un pobre.

Desde aquel dia prohijó el pobre lisiado á aquellas criaturas abandonadas; les dió pan y hogar, su cariño y su amparo. Pero Regla caminaba con paso rápido al sepulcro, á pesar de los cuidados y esmero de su primo, que redoblaba con angustia sus apelaciones á la caridad pública.

En uno de esos dias de tribulacion fué cuando acaeció la escena que hemos referido al principiar, con la niña de la capota rosa, y que tuvo por resultado el interesar á su Madre por la pobre niña, á quien vistió y puso en la escuela. Entonces Sebastian pudo dedicarse con mas desahogo al cuidado de Regla, que cayó postrada. Pero todo su esmero

fué en vano; el mal de Regla no tenia remedio, asi como su pena no tenia consuelo.

La enferma se preparó á morir con la calma del que mira una buena muerte como un descanso, pero tambien con la angustia de la Madre, cuya muerte rompe el solo lazo que une sus hijos al género humano. Solos, desconocidos, pobres, repulsados, ¿qué iba á ser de ellos?

—¡Oh, mis pobres hijos! dijo la infeliz estrechando á ambos contra su pecho.

—Tus hijos son hijos mios, la dijo Sebastian; descansa; que cuenta te daré de ellos ante el tribunal de Dios, cuando en él comparezcamos todos.

—¡Sebastian!... ¡Sebastian! exclamó con débil voz la moribunda: ¿cómo pagarte cuanto por mí haces y has hecho?

—Y yo ¿qué he hecho, pobrecita mia?

—Sellar cuanto puede hacer una criatura por otra, con no poner precio á sus beneficios! ¡Dios te bendiga, como lo hago yo en la hora de mi muerte para premiarte, porque las bendiciones de los moribundos llegan á Dios con sus almas. Sebastian, tú hubieras hecho de mí una mujer feliz y respetada, y cuando todos me faltaron, has sido mi único amparo. Tarde conozco cuán cierto fué lo que me dijiste en aquel entónces, y á lo que por mi mal no atendí: CON MAL Ó CON BIEN, Á LOS TUYOS TE TEN!

A los pocos instantes aquella infeliz jóven era cadáver. Cuando la señora que habia amparado á

la niña, supo la muerte de su Madre, la recogió y crió con mucho cariño en su casa, y despues de ser una linda y bien criada jóven, la casó con un dependiente de su casa, sugeto hábil, modesto y honrado, que la hace feliz.

Sebastian puso todo el cariño de su corazon en el niño; le crió con esmero y dedicó á la carrera de la marina mercante; le embarcó temprano en un barco, perteneciente á uno de sus favorecedores, al que habia interesado por el huérfano. Este es en el dia un jóven y entendido piloto de la carrera de Manila: su capitan, que le quiere mucho, pronostica al buen marino una lucida carrera y un rico porvenir.

Todo lo referido prueba que en esta alternativa de opuestos principios, que se disputan el corazon del hombre y el predominio del mundo, si muchas veces triunfa el mal, otras tantas triunfa el bien. Puesto que si vemos al vicio abandonar á sus hijos, vemos á la caridad recoger á los desamparados.

FIN.

JUN
1
1987

MAR 7 1988

cm 17.3.88

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6509
U53
1856
c.1
ROBA

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 11 03 05 008 8